

PARANORMAL

RELATOS DE ANDAR POR CASA



DANIEL FENOLL MEDINA

Paranormal

Relatos de andar por casa

Daniel Fenoll Medina



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: diciembre de 2019
Copyright © 2019 Daniel Fenoll Mediana
Publicado por Editorial Letra Míñuscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Este manuscrito se encuentra registrado en la oficina del Registro de la Propiedad Intelectual de Alicante con el número: A-536/2019 046514116070-5.
Para cualquier consulta puede dirigirse a:
danifenollmedina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Si lo que estás buscando es leer esa clase de libro: perfectamente estructurado, con palabras muy rebuscadas, escrito con mucha fuerza y talento, lamentablemente tengo que decirte que este no es tu libro. Pero si por el contrario buscas algo nuevo y fresco, firmado por alguien cualquiera, repleto de historias que quizás se podían haber contado mucho mejor, pero que no te dejaran indiferente, te invito a que sigas leyendo y que puedas comprobar que no te voy a defraudar.

ÍNDICE

[Introducción](#)

[8 de agosto de 2019, 2 de la madrugada](#)

[El gigante de la túnica blanca](#)

[Fuera calzoncillos](#)

[Güija](#)

[Mi querido tío](#)

[Un nuevo hogar](#)

[Una experiencia en altura](#)

[Buscando piso... sin muerto](#)

[La casa de mi sueño](#)

[Luces, cámara y... ¡agua bendita!](#)

[Las señales de mi padre](#)

[Mi primera psicofonía](#)

[¿Pura coincidencia o señal?](#)

[Una última señal: 1 de Noviembre 2019, 04.18 de la madrugada](#)

[Para terminar](#)

[Nota](#)

Introducción

Ni te imaginas lo agradecido que estoy de que hayas llegado hasta aquí. El saber que alguien tan especial como tú, está a unas cuantas páginas de descubrir la clase de persona que soy y de conocer todas esas extrañas experiencias que a lo largo de mi vida me han acompañado, me hace sentir ser el hombre más afortunado de este mundo. Sería imposible describir lo feliz que ahora mismo me siento, al ver que tantas horas de trabajo, quizás unas cuantas de más debido a la impeditiva mezcla que existe entre mi delicada salud y las escasas nociones de gramática que tengo, han podido servir para algo. Más aún sabiendo que llevo unos cuantos años de retraso, como es costumbre en mí, y que en estos momentos es prácticamente imposible competir con los cientos de fantásticos libros que se publican a diario. Pero aún más difícil todavía, si cabe, el intentar alejarte por un momento de la cantidad de distracciones tecnológicas que nos rodean hoy en día, y que desgraciadamente apartan al ser humano de una parte muy importante de la cultura, que no toda, en los tiempos tan complicados para las bellas artes en los que ahora mismo nos encontramos. Sí, has leído bien, eres alguien muy especial, y probablemente te sentirás muy identificado con alguna de las historias que, en esta primera y arriesgada aventura de intentar escribir un libro, aquí expongo. Por qué solo alguien como tú, con esa misma característica sensibilidad que a mí también me envuelve, es capaz de comprender a la perfección la verdadera intención de lo que cuento en estas letras. Pero si por el contrario y para mi grata sorpresa, el que ahora mismo está leyendo, es uno de esos tantos curiosos que investigan para rebatir e intentar desmontar cualquier argumento, al igual que lo hago yo, cuando con toda la cabezonería del mundo creo firmemente estar en posesión de la absoluta verdad, también tengo que darte las gracias por saber que he podido despertar ese especial interés en alguien como tú.

La mayor parte de las personas que escriben suelen hacerlo por vocación, por talento o por ambas cosas. Yo, desgraciadamente, como ya habrás podido descubrir, carezco de las dos anteriores, y solo escribo, como comprobarás mucho más adelante si finalmente consigo engancharte, para intentar mantenerme vivo. Aunque me gustaría compartir contigo ese pequeño pero magnífico pensamiento que apareció de repente en mi cabeza, para terminar de convencerme, mientras me debatía entre si seguir o no con esta desconocida y atrevida “locura” de intentar plasmar sobre el papel algunos de los pequeños pero importantes capítulos de mi vida. Un sabio consejo que nos recuerda que no toda obra ha de ser perfecta, y que la imperfección, siendo esta la mayor de todas, forma parte de las numerosas e inimaginables virtudes que abundan entre todo ser humano.

Este es uno de esos libros que, a diferencia de otros tantos que nos hemos visto obligados a devorar, nos guste o no, en solo unos pocos días para así llegar bien preparados a un examen, se puede ojear tranquilamente cuando a uno le venga en gana; puedes asomarte a él entre algunos de esos tantos ratos perdidos en los que a diario nos encontramos; en alguna de esas aburridas e interminables esperas de la consulta del médico; mientras te comes el bocado de media mañana en cualquiera de los lugares en los que obligadamente te encuentres; en esos ratitos que estamos en la cama justo antes de empezar a dormir y sin saber muy bien que hacer; o bien puedes tenerlo a mano para distraer un poco la cabeza cada vez que tu naturaleza te obligue a la soledad de esos minutos que todos le dedicamos regularmente a ir al baño. Pero lo más importante que me gustaría que recordaras durante el preciado tiempo que le dediques a leerlo, es que no tienes necesidad

alguna de entender o creer todo lo que aquí escribo. Y que lo único que me propongo es hablarte de mi vida, de pequeños e increíbles trozos de ella, en los que he podido experimentar todos y cada uno estos sucesos sobrenaturales que, dentro de mis limitadas posibilidades, aquí comparto. Si bien es verdad que por razones ajenas a mi voluntad he tenido que adulterar ligeramente algunas de las situaciones o identidades de personas que formaron parte de estas experiencias, para así poder evitar cualquier inconveniente o indeseado malentendido, tengo que decirte, que he tratado de ser lo más fiel posible a la verdad en cuanto al contenido de los hechos paranormales que sucedieron. Así es que no podrás encontrar el nombre real de persona alguna y a penas podrás reconocer las ciudades donde ocurrieron todas estas cosas. Y esta es la razón por la que me he visto obligado a calificar este escrito como basado en algo real. Aunque, a diferencia de muchas de las conocidas y talentosas obras que se adulteran casi en su totalidad para ser más comerciales, y que para causar un mayor impacto y mucha más repercusión siguen manteniendo que están completamente basadas en hechos reales, he seguido cuidadosamente siendo lo más fiel posible en cuanto a la verdad de lo ocurrido, como ya he mencionado antes.

Es conveniente recordar que no todo lo que se escribe se hace desde la más absoluta objetividad del autor. Y que a veces, se suele dejar en este tipo de obras, una notable influencia de la asombrosa e increíble imaginación de la que disponen todos estos grandes escritores. Aunque también tenemos que reconocer, que cuando diferentes personas son testigo de un mismo hecho, la mayoría de las veces podemos encontrarnos con diversas versiones e incluso grandes contradicciones entre sí, siempre provocadas por la libre interpretación de cada uno de los individuos implicados. Por poner un ejemplo: sería muy probable que alguien bajo la influencia de unos fuertes sentimientos religiosos, fuese capaz de jurar con su mano derecha sobre la biblia, que una mancha oscura que aparece repentinamente en una de las paredes de su habitación es la cara de una virgen. Mientras que un mismo miembro de la familia, que también ha podido comprobar la forma natural de esta extraña mancha, se empeñara en demostrar que se trata de una pequeña y simple filtración de agua, que proviene de una de las tuberías del baño que está detrás de la pared afectada. Sin ir más lejos, podemos ver casi a diario muchas notables diferencias entre algunas de las mismas noticias que nos llegan desde los distintos medios de comunicación: televisión, radio, periódicos... que como es muy frecuente, dependiendo de la afinidad al partido político que estos tengan o no, nos darán una versión totalmente diferente de un mismo hecho, que será la más apropiada posible a sus oportunos intereses. Y es que estar en posesión de la verdad es algo tan enrevesado, que a veces ni nuestros propios ojos consiguen sacarnos de esa maraña que se genera en nuestros intelectos, a consecuencia de la manera en que podamos percibir una situación. Pero cualquiera puede saber con total seguridad que está lloviendo, cuando al salir a la calle se encuentra con las aceras y los coches que hay aparcados repletos de pequeñas gotas de agua. Y esto es algo tan cierto que no debería generar ningún tipo de duda entre nosotros. Por mucho que alguno de los listillos de turno, se empeñara en tratar de convencernos, que lo que parecía ser una lluvia natural en realidad se trataba de una ridícula confusión, provocada por la fortuita pérdida de la carga de uno de esos hidroaviones cuando se encontraba de camino a sofocar un incendio. Aunque muchas veces es algo realmente difícil poder demostrar que nos encontramos en posesión de la verdad, haciéndonos valer de la posición desde la que hemos apreciado un determinado suceso. Y que después, cuando nos ponemos en el lado opuesto del que nos encontrábamos, podemos ver otra situación absolutamente diferente, que nos hace abandonar nuestra primera percepción inicial. Podemos verlo en este claro ejemplo: si nos encontramos mientras paseamos por un parque, con una pintada de tiza en el suelo, que parece indicar que

refleja el número seis que algún niño hizo mientras jugaba, dependiendo por qué lado lo miremos, podemos afirmar que estamos delante de un seis o un número nueve, siendo las dos afirmaciones totalmente válidas. Y es que hoy en día saber la verdad es realmente complicado. Más aún cuando tenemos que recurrir al particular testimonio de terceras personas porque no hemos sido testigos directos de los hechos. En cualquier caso a mí me gusta decir, sin ánimo de ofender a nadie, que la objetividad se perdió el día en el que nació el todopoderoso dinero. Y este es el único culpable de todas las cosas malas que en este perfecto y maravilloso mundo suceden a diario: con dinero se puede comprar la verdad, la libertad, la razón, la salud, la honradez, la religión, la vida... ¿Todo? Nos hemos pasado cientos de años intentando saber quién es el diablo, buscando ponerle una cara o darle un nombre, cuando lo único que teníamos que hacer era mirar en nuestros bolsillos o en nuestras cuentas corrientes para encontrarlo. Pero este es otro tema que nada tiene que ver con lo paranormal, y que espero que entiendas, que en estas páginas que terminas de leer haya querido reflejar algunas de mis tantas inquietudes, que solo son el envoltorio de esta obra imperfecta. Y ahora que me doy cuenta me veo en la obligación de pedirte perdón, por esta y por las futuras veces en las que volverás a ver, si es que consigues soportar a este escritor pez, que me he perdido o desviado de la idea original de este libro, que he escrito con más trabajo que talento, con más empeño que vocación, pero con todo el cariño y el amor que hay encerrado en este cuerpo de metro setenta... y que espero que te guste.

...y si algún día me echas de menos que sepas que:

Yo estaré vivo en cada gota de agua,
Yo estaré contigo en cada soplo de viento,
Yo seré el abrigo que te caliente en invierno.

Y yo estaré vivo en cada ave que vuela,
Yo estaré contigo cuando el sol te amanezca,
Yo seré esa flor que nace cada primavera.

Y yo estaré vivo en cada espiga del campo,
Yo estaré contigo con cada canto del gallo,
Yo seré el trigo que te alimente cada año,

Y yo estaré vivo en cada nota que suena,
Yo estaré contigo en tus días de tormenta,
Yo seré el camino que hacia la calma te acerca.

D. Fenoll

8 de agosto de 2019, 2 de la madrugada

Haciendo *zapping*, que es lo que toca cuando te conviertes en un puto zombi por culpa del insomnio y el dolor crónico, me detengo por unos minutos en uno de esos programas americanos que recrean toda clase de historias sobre fenómenos “para-normales” (lo escribo así porque soy de los que piensan que hay que estar muy cuerdo para creer en todos esos sucesos que son tan difíciles de contar cuando algo no se puede explicar). Y casi sin darme cuenta mi mente se embarca como en forma de un sueño, pero con los ojos bien abiertos, en lo que fue hace ya casi cuarenta años mi primera experiencia paranormal. ¿Alguna vez te ha pasado que te embobas de tal manera en tus recuerdos, que eres capaz incluso de sentir el tacto de esa cortina que apartabas mientras mirabas por una ventana? ¿Y qué me dices de los olores? todos los recuerdos saben a algo, tienen un olor y un color especial, que cuando volvemos a encontrarlos nos transportan de manera instantánea a un momento concreto en el pasado.

Antes de seguir con esta atrevida experiencia tengo que decirte que no soy escritor. Ni tan siquiera tengo estudios superiores, y que después de hace ya más de veinte años que cursé sin poder acabar la antigua E.G.B, finalmente he conseguido terminar el ciclo de educación secundaria en la escuela de adultos. Eso sí con una nota global de solo 5,5, lo que viene siendo por los pelos y dando gracias. Es por esto que cada vez que puedo me gusta soltar mi frase de: empecé a estudiar con don Juan Carlos y me gradué con Felipe de borbón...

Tampoco es que yo sea un gran apasionado de los libros. Es más, normalmente, por no decir siempre, me cuesta muchísimo engancharme a uno, y si me decido a leer alguno es porque trata de un hecho real o bien es el típico manual de autoayuda. Aunque cuando plenamente me entrego a ello, es cuando tengo entre mis manos los que verdaderamente me gustan: todos esos libros que hablan de religión, cualquier tipo de religión, ¡eso sí que me pone! Me encanta analizar a fondo todos esos confusos pasajes bíblicos para intentar descifrar sus mensajes ocultos, o todas esas parábolas que no se pueden entender a simple vista. Me gusta estudiar las líneas que unen a las distintas religiones para intentar encontrar los puntos que hay en común entre ellas. Y no es que yo sea un ferviente católico o un creyente de esos tan fanáticos que no hablan con nadie por no pecar, más bien todo lo contrario. Soy de los que piensan que las religiones están inventadas por el hombre para el propio beneficio de algunos hombres. Es más, te diré, que si analizas a fondo la santa biblia, que es la que generalmente usan casi todas las congregaciones cristianas, no encontrarás en ella afirmación alguna sobre cuál es la verdadera iglesia, por mucho que lo intenten demostrar muchos de esos “pastores” fanáticos de las diferentes congregaciones que “predican” bajo la libre interpretación. Ni tan siquiera el mismo Jesucristo mencionaba en sus discursos el nombre de iglesia alguna. Porque a mi entender Jesús es la propia iglesia. Y no todos esos negocios JERÁRQUICOS que han creado a su alrededor, utilizando desafortunadamente su nombre para enriquecerse, después de hacer todo lo contrario de lo que él nos enseñó. Aunque por otro lado también puedo decir, que muchos de estos consejos escritos, que no todos, de algunos de estos sabios anteriores a nosotros, que tocados por la gracia del universo nos dejaron plasmados en el santo libro, ejercen sobre mí una terapia mental que me es de una gran ayuda para poder afrontar toda clase de problemas. Una terapia a veces más efectiva incluso que las tradicionales y aburridas consultas de muchos psicólogos (Esta es una apreciación personal y tengo que aclarar que soy de los que aconsejan acudir siempre a un profesional de la medicina para tratarnos ante

cualquier dolencia). Y afortunadamente, un día mientras buscaba una de las tantas escrituras que tengo por imprescindibles para poder entender mejor el sentido de la vida, casi por casualidad, me encontré con un escrito que me hizo abrir los ojos como nunca antes lo había hecho, y que me llevó a la fatal conclusión de que el mundo va justo hacia el lado contrario del que nos enseñaron. Uno de esos antiguos escritos que están cargados de grandes consejos muy provechosos para todo ser humano, y que hoy podemos conocer, gracias a las distintas escrituras que estas personas dotadas de una excelente pureza humana y una gran belleza espiritual nos dejaron en herencia. Y es ahora, después de tantos años de una continua búsqueda de la verdad, cuando he podido entender que da igual a que religión pertenezca uno, que no importa si somos creyentes o en lo que podamos creer, porque al final, lo que verdaderamente cuenta, es la clase de persona que somos y nuestras acciones en este mundo.

Para concluir esta parte en la que has podido ver, como ya dije antes, algunas de las cosas que me preocupan tanto, pero que no tiene nada que ver con el tema del libro, tengo que decir que: uno puede creer en Dios, en el universo o como quiera llamarlo, sin necesidad de pertenecer a ninguna congregación. Y desde mi posiblemente equivocado punto de vista, todo lo que hay que hacer se resume a un par de consejos tan difíciles como: ser lo más íntegro posible en la vida y no hacer a los demás lo que a uno no le gustaría que le hicieran, intentando agradar a Dios, que siempre será mucho más fácil que intentar agradar al resto de los mortales.

Nada más volver de este pequeño viaje al pasado, en el que la verdad me cuesta muy poco enrolarme, me ha dado por pensar, que a lo largo de mi vida me han ocurrido demasiadas cosas inexplicables que no podía permitir que quedasen solo en mi recuerdo. Y es ahora en este mismo momento donde empiezan a surgir en mi cabeza montones de interrogantes como: ¿Escribir yo?, ¿a quién le puede interesar?, ¿cómo empiezo?, ¿lo leerá alguien?, ¿me creerán? ¡Puede que me llamen loco! Pero qué más da, sé que hay muchos como yo y miles de libros que están escritos por personas muy importantes del mundo de la investigación. Incluso médicos de renombre que a lo largo de su carrera han podido vivir en su propia carne toda esa clase de fenómenos tan extraños, que desde el punto de vista de la ciencia y la medicina carecen de explicación lógica alguna. Uno de los libros que me impactó muchísimo, que habla entre otras cosas de la teoría de la reencarnación, su autor, además de ser un fantástico escritor, es nada más y nada menos que: Doctor en medicina en la rama de psiquiatría por La Universidad Complutense de Madrid, tiene un master en Psicología Médica y es un reconocido Psiquiatra forense.

Apariciones, regresiones, vidas múltiples, almas que salen de sus cuerpos y pueden verse desde lo alto... Yo puedo contar y contaré en este libro un poco de todas estas cosas, ya que soy afortunado de haber vivido muchos de estos extraños sucesos. Afortunado sí, muy afortunado, y creo que puedo dar las gracias por ser una de esas personas a los que llaman sensibles. Es decir, esa clase de personas que sin saber por qué pueden percibir lo que para otros mortales es completamente inapreciable. Me considero un verdadero privilegiado. Incluso tengo sentimiento de culpa de poder contar con una pequeña ventaja sobre los demás. Y a consecuencia de haber vivido en primera persona estas increíbles experiencias, he podido cambiar mi vida, para alejarme cada vez más de las cosas materiales de este mundo. Y digo esto por qué, ¿No crees que cualquier persona que supiese a ciencia cierta que hay vida después de esta vida cambiaría instantáneamente su comportamiento? ¿No intentarías ser lo más justo posible pensando en que tus decisiones y tus acciones pueden influir de una manera positiva o negativa en esa otra vida que nos espera? Imagínate que fuese cierta la teoría de que vivimos en un mundo paralelo a otro, en el que a veces, por motivos desconocidos, hay puntos en los que se puede coincidir con entes, almas,

espíritus o cualquier forma de vida incorpórea, y tú lo hubieses podido comprobar, ¿Influiría esto en algo sobre tu comportamiento hacia los demás? ¡Ya lo sé!, sé lo que estás pensando. No pasa nada si formas parte de ese 79% de los españoles que según una encuesta realizada por el Centro de Investigaciones Sociológicas no creen en la existencia de los espíritus (estudio realizado en 2002) y eres de los que piensan que esto es infumable y que puede que el que aquí escribe necesite atención médica (Para aquellos que lo pensáis deciros que sí, qué hace ya unos años que acudo a un buen psicólogo una vez al mes, pero como digo al principio es para tratarme de mi dolor crónico). Y es ahora cuando llegados a este punto tendrás que decidir, si continuas leyendo para ver si te sorprende con lo que he vivido y ves que te puedo aportar nuevo, o renuncias a leerme y utilizas este libro para calzar ese mueble viejo, medio cojo, que casi todos tenemos por casa. Solo espero que decidas lo primero y que estas increíbles experiencias reales que aquí escribo te puedan hacer reflexionar sobre lo que somos, que hacemos aquí y hacia dónde vamos.

El gigante de la túnica blanca

¿Cuál es el recuerdo más antiguo que existe en tu cabeza? Y si haces memoria, ¿Hasta dónde serías capaz de llegar a recordar?, ¿cuál sería el primer recuerdo de tu infancia?

Muchas veces, en reuniones familiares o cuando estamos con amigos, al final siempre terminamos hablando de esos primeros años de nuestras vidas que hace ya algún tiempo dejamos atrás. Hablamos de cuando éramos tan pequeños que al sentarnos en el sofá nuestros pies quedaban muy lejos del suelo. Recordamos con cariño cada una de esas fantásticas series de televisión que te enganchaban a la pantalla de tal manera, que incluso te olvidabas de ir al baño. O alguna de esas antiguas películas en blanco y negro que nos quedó grabada a fuego en lo más profundo de nuestro corazón. Sin poder dejar de emocionarnos, al repasar todos esos tan esperados e irrepitibles dibujos animados que veíamos cada tarde al volver del colegio con el bocadillo de nocilla en la mano. Pues bien mi primer recuerdo, creo que por los datos que tengo, puedo situarlo a la edad de entre dos o tres años. No podría decirlo exactamente, pero el que yo no tenía más de tres años es algo de lo que estoy totalmente seguro. La verdad es que a mí también me sorprendería que alguien con esta edad pudiera recordar algo con tanta exactitud. Pero a mi favor tengo que decir, que hay algunas personas con las que he hablado sobre esto, que me han contado recuerdos suyos de incluso cuando estaban todavía en la cuna, y que han llegado a recordar a la perfección una cantidad de precisos detalles como: el color de las paredes de su habitación, distintos sonidos, formas y colores de algunos de los juguetes que por entonces tenían, dibujos que podían ver sobre el papel que adornaba algunas partes de las paredes, peluches que colgaban desde los laterales de su cunita y que veían mientras estaban acostados boca arriba...

Recuerdo especialmente el relato de un buen amigo mío que por culpa de un trágico accidente de tráfico no pudo conocer a una de las dos personas que le dieron la vida. Según me dijo él, por lo que sabe por boca de su madre, su padre, cuando tenía tan solo treinta años recién cumplidos, salió de casa muy temprano para ir al trabajo como un día cualquiera, solo que aquella mañana de otoño había empezado a llover, aunque no con mucha fuerza, pero si lo suficiente como para que en una curva que conocía perfectamente y por la que pasaba cada día dos veces con su motocicleta, perdiese el control al resbalar y acabara desgraciadamente chocando con un camión que circulaba en el sentido contrario. Me contó, limpiándose las abundantes lágrimas que no dejaban de recorrer su cara durante buena parte de la historia, como su madre le había contado tantas veces a lo largo de su vida, que cuando él era muy pequeñito la agarraba de la mano para llevarla por el pasillo hasta la entrada de la casa, y mientras balbuceaba toda clase de palabras inentendibles para ella, le señalaba insistentemente una de las fotos de entre tantas que tenía sobre el típico recibidor color caoba de la época, de esos que tienen encima una pesada losa de mármol con forma rectangular. Apuntaba una y otra vez con su pequeñito dedo hacia la única fotografía en la que se podía ver a su padre, medio descamisado, con un cigarro en los labios y unas grandes gafas de sol, sentado sobre la motocicleta que con tanta pasión montaba cada día, y que al final terminó por privarle de conocer a lo que él más quería en este mundo. Lo increíble de esto es que mi amigo, que dejó de ver a su padre con apenas ocho meses de vida, puede recordarlo con total claridad. Según me dijo, tiene un perfecto recuerdo de cómo algunos días se acercaba hacia su cunita y se agachaba para propinarle una ráfaga de sonoros besos, que le repartía cariñosamente entre todas las partes de su cara.

¿Puede que este sea un recuerdo real y que tenga una gran capacidad mental para retroceder hasta ese mismo momento de su vida?, ¿o más bien te hace pensar en la posibilidad de que esos recuerdos podrían ser posteriores a la muerte de su padre y que sucedieran cuando él seguía siendo un niño pero un poco más mayor?

También, hay algún que otro libro que he leído sobre las sorprendentes técnicas de regresión, en el que explican con todo detalle, como una persona siendo previamente guiada por un experto terapeuta, ha sido capaz de llegar a recordar incluso el mismo instante de su propio nacimiento. Estos hipnoterapeutas son capaces, mediante una de estas sesiones de hipnosis regresiva, de hacer retroceder en el tiempo a cualquier persona, hasta llegar a ese momento exacto en el que por primera vez dejamos atrás la más absoluta oscuridad de una barriga, para pasar a ver la intensa luz de la sala de un paritorio.

Una de estas tantas e increíbles experiencias que me impactó muchísimo fue la de una mujer, que tras someterse a una sesión de hipnosis regresiva para tratar de llegar al origen de los males que padecía, fue capaz de llegar a describir las caras de sus padres y como la miraban a través del cristal que los separaba de donde aíslan a los niños que nacen prematuramente. Esta mujer, que a lo largo de su vida había tenido que arrastrar una serie de diversos problemas de salud debidos a un nacimiento tan complicado como prematuro, en una de estas sesiones hipnóticas pudo describir con total exactitud, uno de esos días de los muchos en los que sus padres se pasaban las horas rezando mientras la miraban impotentes y sin apartar sus ojos ni un solo momento de ella, como se debatía entre la vida y la muerte en aquella fría soledad de una incubadora.

Esta clase de libros a los que hago referencia, están escritos por profesionales de la ciencia y la medicina, por lo que a mí personalmente, siendo un testigo directo de toda clase de hechos de lo más increíbles que alguien pueda imaginar, me transmiten una total y absoluta credibilidad. Aunque hay que puntualizar y volver a recordar que en el mundo del libro, al igual que en el periodismo, no todo lo que se lee tiene porque ser totalmente cierto, y que a veces el escritor deja volar su imaginación para llegar a conseguir enganchar un poco más a sus lectores. Y yo, que como ya he dicho antes, soy un testigo directo de diferentes acontecimientos a los que llamamos para-normales, me gusta aconsejar siempre, que ante la presencia de cualquier suceso que nos pueda parecer que esté relacionado con el más allá, lo primero que tenemos que hacer es intentar descartar cualquier tipo de explicación lógica. Ya que en la mayoría de los casos aparentemente inexplicables que se dan, al final, cuando los analizamos más detenidamente, terminan por ser uno más de los tantos malentendidos que, después de resolverse con una pequeña explicación lógica o una sencilla aplicación de la física, nos hace partirnos de la risa.

A continuación puedes ver un claro ejemplo:

“En 1921 un reconocido oftalmólogo, que era uno de los doctores más distinguidos de la época, publicó una curiosa investigación sobre una casa encantada en una de las más prestigiosas revistas de América (A.J.O). Este médico, investigó una antigua vivienda en una zona apartada de la ciudad, en la que todos los miembros de la familia aseguraban que escuchaban toda clase de golpes y ruidos inexplicables que les perturbaba el sueño por las noches, haciendo del descanso una tarea imposible. Según le contó la dueña de la casa a este doctor, cuando acudió a él desesperadamente para pedirle ayuda, sufrían a diario toda clase de sucesos extraños; las puertas eran fuertemente azotadas, ollas y sartenes arrojadas al suelo, podían oír fuertes crujidos de pisadas de algo que parecía subir por las escaleras... Además, todos los miembros de la familia sufrían de cansancio, depresión, falta de apetito, y algunos de ellos aseguraban haber visto en repetidas ocasiones espíritus que deambulaban por la casa de un lugar a otro. También, por alguna

extraña razón, todas las flores y plantas del interior de la casa morían enseguida. El distinguido doctor, después de poder comprobar el estado de salud de los niños, le aconsejó a la familia que no pasaran ni un minuto más en aquel lugar, pidiéndoles a su vez que le dejaran unos días solo en la casa para poder investigar lo que estaba ocurriendo. Después de inspeccionar a fondo cada rincón de la casa, decidió revisar también en el sótano, que era uno de los sitios de donde provenían la mayor parte de los ruidos. Nada más bajar las estrechas escaleras de este sótano y después de llegar hasta la enorme caldera que calentaba la vivienda, se dio cuenta enseguida de lo que verdaderamente estaba sucediendo allí; la combustión era defectuosa y los gases de la caldera en vez de subir por el conducto de la chimenea se estaban dispersando por todas las habitaciones, causando un severo y peligroso envenenamiento a toda la familia (La exposición a grandes dosis de monóxido de carbono es letal, pero en pequeñas dosis puede provocar alucinaciones). Tras reparar la caldera dejaron de escuchar aquellos sonidos y todo volvió a la normalidad” (Fuente: diferentes webs que recogen la publicación de A.J.O.com)

Fallos como este podrían explicar el verdadero origen de numerosas historias sobre fantasmas: En 2008 una mujer canadiense fue atendida por los servicios médicos delirando y con una fuerte hiperventilación, después de asegurar que había visto un fantasma en su ducha. Poco después se descubrió que el calentador de agua de la casa había sido mal instalado y estaba contaminándolo todo con monóxido de carbono. Al reparar el calentador terminaron las visiones por completo. Estos dos sucesos, en los que finalmente se pudo demostrar que habían sido producidos por sendos fallos mecánicos que suelen ocurrir con bastante frecuencia, de no haber sido investigados, habrían pasado a formar parte de esa extensa lista de innumerables casos paranormales que abundan en los libros.

He querido llamar EL GIGANTE DE LA TÚNICA BLANCA a esta primera experiencia, no porque se tratara de un gigante ni de alguien que fuese tan alto como para considerarlo, sino por como yo lo he recordado durante tantos años y hasta que tuve la suficiente capacidad de poder entender mejor que es lo que yo había podido ver aquella mañana.

Los primeros recuerdos de mi vida comienzan en la vieja casa de un pequeño municipio de Alicante, situado en la Comunidad Valenciana, en la que mi humilde familia estuvo viviendo unos cuantos años de alquiler. Humilde es una forma elegante de decir que éramos pobres, y que por lo que es sabido, íbamos dando tumbos de un lado a otro según el trabajo que pudiese encontrar mi padre en aquellos años tan duros. Yo soy el segundo de siete hermanos. Siete por qué dios por alguna razón no quiso que viniesen al mundo otros dos hermanos más de sendos embarazos que tubo mi madre, y que al final, tristemente, no terminaron de gestarse. De los siete tengo una sola hermana, que es la que hace cinco en el orden de nacimiento, y la que desmonta la teoría que siempre nos contaba mi madre, que decía que tuvieron tantos hijos porque buscaban tener una niña y siempre nacían varones. En esta casa solo llegamos a vivir cinco de los nueve que finalmente acabamos formando la unidad familiar.

Los recuerdos que tengo del que sería mi primer hogar no son muchos pero si muy claros, a pesar de la corta edad que yo entonces tenía. Recuerdo que era una casa muy vieja, con las estancias principales en la parte de abajo y una sola habitación que tenía una gran terraza (a mí me parecía enorme) situada en la parte de arriba, dando a la calle de atrás, y por la que se podía ver, si te asomabas entre los barrotes de la oxidada barandilla, una calle empinada de piedra sin asfaltar. En aquella terraza teníamos un perro enorme, o al menos así lo veía yo, que le encantaban las raspas de las sardinas. Tengo un recuerdo muy claro de mi padre lanzándole las cabezas de pescado y el animal cogiéndolas al vuelo para tragárselas inmediatamente y sin llegar a

masticarlas. Teníamos allí también una gran tortuga que hacía varios días ya que no veíamos por casa y que al final terminé encontrando ensangrentada y boca arriba en aquel camino de piedra. Siempre creí que lo que le pasó a mi pobre tortuga fue un accidente; que pudo caerse por el balcón al vacío. Más tarde comprendí que probablemente aquel perro, que comía pescado seguramente por el hambre que pasaba, quiso intentar averiguar a qué podía saber aquella cosa tan dura.

Recuerdo que una mañana me desperté muy asustado al oír un ruido. Me imagino que fue el golpe de la puerta de la calle al cerrarse después de salir mi madre, que como cada día iba a llevar a mi hermano mayor al colegio. Vi la luz encendida de lo que podía ser un recibidor y me dirigí corriendo hacia allí en busca de ella. Al no encontrar a nadie me fui rápidamente a la habitación de mis padres, donde se encontraba mi hermano pequeño, con el que me llevo quince meses, dormido profundamente en su cuna. Recuerdo que intenté tocarle con mi mano alargando mi brazo entre los barrotes de la cuna, seguramente, así lo creo yo, con la única intención de despertarle para no sentirme tan solo. No podía llegar hasta él, apenas mis ojos alcanzaban a ver por encima suya, era demasiado pequeño como para que con mi brazo pudiera llegar a tocarle. Sentí mucho miedo. Aquel fue sin ninguna duda mi primer contacto con el miedo. Desesperado por el pánico y llorando como loco me puse a correr hacia una ventana. Me subí encima de algo que me parecía ser una silla con forma de sillón, y que ahora sé que se trataba de la típica butaca que había antiguamente en las habitaciones, que servía para dejar la ropa al acostarse o también sentarse en ella para calzarse los zapatos. Desde esa altura pude llegar a la parte de debajo de la enorme ventana que había y miré a través del cristal, para enseguida ver en la lejanía la silueta de mi madre y de mi hermano que caminaban hacia el colegio. Por más que lloraba y gritaba nadie me contestaba, no podían escucharme. No recuerdo si al oírme gritar con tanta fuerza lo hiciera también mi hermano. Creo que él siguió plácidamente dormido a pesar del tremendo escándalo que yo estaba formando. Cuando ya no me alcanzaba la vista para continuar viendo a mi madre, volví corriendo lo más rápido que pude otra vez hacia el recibidor. Pienso que el ver la luz encendida me hizo creer que allí estaría mucho más seguro. Fue entonces cuando le vi, ¡allí estaba él! Un hombre gigante de piel muy morena y largos cabellos dorados. Vestía como una especie de vestido largo, totalmente blanco de una sola pieza y su cabeza estaba mucho más arriba del marco de la puerta. ¡No tenía pies!, el final de su cuerpo lo tapaba esa reluciente túnica de un blanco inmaculado, que no llegaba a tocar el suelo. Tampoco pude llegar a ver sus manos, que al igual que los pies estaban escondidos detrás de su peculiar ropa. La verdad es que fue algo muy extraño, pues apenas pude verle dejé inmediatamente de llorar. ¡Ya no tenía miedo! Me miraba sonriendo y yo le miraba también. No me dijo ni una sola palabra, no me hizo falta para saber que lo que él quería es que yo dejara de estar asustado. Lo siguiente que recuerdo es a mi madre abriendo la puerta y ya no estaba allí. No tengo ni idea de a donde pudo ir o de qué manera se fue. Desde que pude verle hasta que regresó mi madre a casa el tiempo pasó muy rápido para mí. Sentí que fueron solo unos segundos, pero en realidad, el trayecto andando de casa al colegio y volver podía ser perfectamente como una media hora, sino algo más. Aquel espíritu, el gigante de la túnica blanca, que es así como yo lo llamé durante muchos años, era un ser de luz con forma de persona que emanaba paz, amor y serenidad. Alguien que increíblemente estaba suspendido en el aire y que nunca más en toda mi vida he vuelto a ver.

Si bien es verdad que muchas veces he hablado de este día con mi madre, nunca le he dicho nada sobre “El gigante”, ni tampoco dije a nadie lo que vi aquella mañana. Recuerdo que se quedó boquiabierta mientras yo le relataba parte de esta historia. A día de hoy le sigue pareciendo increíble que yo recuerde todas estas cosas con tanto detalle, y le parece algo imposible de

recordar por lo pequeño que yo era entonces.

¿Por qué no he hablado de esto con nadie hasta la fecha? No lo sé. Al principio, al ser tan pequeño no le das mucha importancia. Es algo que pasa sin más, algo de lo que te acuerdas de vez en cuando pero como que ya no va contigo. Después, a medida que pasaban los años y empezaba a tener un poco más de consciencia, surgían muchísimas preguntas en mi cabeza a la vez que me seguían sucediendo más fenómenos tan extraños como este. Es ahora con el paso del tiempo cuando llegas a una edad en la que empiezas a sentir que te da un poco igual lo que piensen de ti los demás, y decides, que no tienes que esperar que todo el mundo tenga que creerte, que te basta con saber que eres tú quien lo ha vivido y el único que sabe que dices toda la verdad, porque no hay razón alguna para hacer lo contrario, ¿no crees?

Siempre he sido muy tímido y reservado, aunque la mayoría de la gente que me conoce no me ve así. Hace unos años que cambié mi manera de ver la vida, quizás por la madurez, y he podido perder un poco el miedo a hacer o decir algo que pudiese incomodarme o hacerme sentirme un poco avergonzado, por lo que he empezado a contar algunas de las cosas tan raras que me han ido sucediendo. Quizás este primer encuentro que tuve con lo sobrenatural sea el que me parezca más difícil de compartir con los demás. Al final, casi todos guardamos pequeños secretos para nosotros mismos, algunos pueden ser tan extraordinarios como inimaginables, otros son tan dolorosos que decidimos enterrarlos para siempre.

Durante todos estos años he estado intentando averiguar el porqué de todas estas cosas. Buscando toda clase de información sobre estos fenómenos, el motivo de esta visión, pero sobre todo y lo que más contradicciones provocaba en mí, ¿por qué a medida que fui creciendo dejé de poder seguir viendo estos fantasmas para tan solo tener que conformarme con presenciar luces o algunos raros sonidos? Después de una intensa búsqueda, finalmente he podido averiguar, que existen una serie de trabajos y de estudios científicos que están basados en la teoría de la capacidad extrasensorial que poseen los más pequeños. El cerebro infantil tiene una serie de capacidades especiales que superan a las de un cerebro adulto. Un claro ejemplo lo encontramos en los niños que son capaces de aprender a hablar perfectamente dos idiomas simultáneamente con tan solo oírseles hablar a sus padres, algo que para los mayores resultaría prácticamente imposible. Esto es debido a que en el cerebro de los más pequeños se generan muchas más conexiones neuronales que en cualquier otro cerebro adulto. Estos expertos afirman que entre los 5 y 10 años de edad el cerebro infantil sufre un corte neuronal. Es decir, el cerebro suprime todas aquellas conexiones neuronales que considera de poca utilidad, y que a medida que el niño comienza a dominar el lenguaje y el pensamiento lógico, se produce un cambio desde el hemisferio derecho predominante del cerebro hacia el hemisferio izquierdo. Según varios estudios realizados por miembros de la parapsicología científica, este cambio sería el principal motivo por el que dejamos a un lado esa percepción extrasensorial; esa especie de sexto sentido que se encarga de una serie de dones psíquicos, que a medida que crecemos se desactivan, coincidiendo con la edad de la educación, en la que se suspende toda clase de intuición e imaginación. Este sexto sentido sería el responsable de una posible comunicación psíquica entre algunos niños y el mundo de los espíritus. Y que en los casos de reencarnación, durante los primeros años de vida, algunos niños sean capaces de recordar hechos de sus vidas anteriores, describir lugares en los que nunca antes estuvieron con total exactitud, e incluso contar acontecimientos históricos del pasado que finalmente han sido corroborados tras consultar los libros de historia.

Un claro ejemplo lo encontramos en la historia de un niño alemán que aseguraba ser un soldado de la Primera Guerra Mundial. Este increíble suceso comienza cuando el pequeño, de tan

solo cuatro años de edad, comenzó a sufrir una serie de frecuentes pesadillas, en las que una y otra vez podía ver como un buque en llamas se hundía, y que los hombres que había en las calderas del barco no podían salir. Un día, mientras estaba jugando con los barcos de guerra que tanto le gustaban, su padre se acercó para jugar con él. Entonces el niño se puso a explicarle con todo detalle en qué consistía el “zafarrancho de combate”. Cuando apenas tenía seis años, la profesora del colegio quedó totalmente fascinada por los relatos que el niño contaba, que además de utilizar toda clase de complicadas palabras, demostraba tener un amplio y perfecto conocimiento de la Historia. Ante la continuidad de estos hechos y la insistencia del niño, que afirmaba una y otra vez que su nombre era el de aquel marinero de su sueño, decidieron llevarle a visitar a un reconocido terapeuta, que defendía la teoría de que los muertos a veces pueden renacer en otros cuerpos. La terapia comenzó a tener un efecto inmediato y el niño dejó de tener esas angustiosas pesadillas al mismo tiempo en que empezó a contar todo lo relacionado con su vida anterior como marino. Lo primero que mencionó fue que su buque era el S.M.S Scharhtun, que había sido alcanzado por la flota inglesa el 14 de agosto de 1914. Además reveló el nombre de uno de sus compañeros, y que ambos sirvieron juntos en este barco. Los padres del pequeño, después de una serie de investigaciones, pudieron comprobar que aquellos nombres que mencionaba su hijo durante las historias que les contaba eran totalmente reales. El S.M.S Scharhtun, construido en 1908 en Hamburgo, había sido un barco de guerra que combatió victoriosamente durante la Primera Guerra Mundial contra la flota Inglesa al sur de Chile. Además, los nombres de los marineros que había mencionado su hijo aparecían entre la tripulación y uno de ellos todavía estaba vivo. Así es que decidieron llegar hasta el final y fueron a donde vivía el viejo militar para preguntarle sobre el marinero ya fallecido. El anciano excombatiente les contó que Humbert (así se llamaba casualmente también el niño) había sido compañero suyo en el S.M.S Scharhtun y que habían sido alcanzados por el fuego de las baterías inglesas el 14 de agosto de 1914, cuando realizaban una misión. Afortunadamente él se había salvado al ser rescatado en el agua por las tropas enemigas. Unas semanas después, estando ahora sus padres muy atentos a todo lo que el niño hacía o decía, se dieron cuenta de que su hijo siempre pintaba un mismo dibujo, en el que se podía ver unas literas y sobre ellas los nombres y apellidos de cinco hombres, además del suyo propio. Tras indagar en los registros de la tripulación que conformaba aquel barco de guerra, pudieron descubrir que aquellos nombres no habían sido puestos al azar y que correspondían a cinco marineros que habían formado parte del camarote al que el fallecido soldado pertenecía, que también se encontraban entre las víctimas mortales del S.M.S Scharhtun. Al preguntarle al niño el porqué de estos nombres, este les respondió sorprendentemente: “Porque ellos estaban también allí, en el cielo”

(Esta historia está contada desde mi apreciación personal después de consultar varios artículos, mucho más detallados, entre las diversas fuentes de internet).

Fuera calzoncillos

Seguro que te estarás preguntando qué tiene que ver este título con un hecho para-normal. No te preocupes, si continuas leyendo podrás ver más adelante lo importante que son estas dos palabras en esta historia.

La verdad es que me cuesta mucho colocar cronológicamente este suceso en el lugar que le corresponde, y tengo muchas dudas de si ocurrió antes o después de los siguientes capítulos. No consigo recordarlo muy bien, pero en cualquier caso lo importante es contarlo, independientemente de en qué tiempo sucedió. Como he mencionado anteriormente, mi familia solía vivir allí donde estuviera el trabajo. Esto, sumado a que mis padres consiguieron por fin una vivienda de protección social, nos hizo cambiar de casa una vez más, y nos mudamos a un barrio de nueva construcción en una ciudad que estaba a unos once o doce kilómetros de la casa donde vivíamos.

El cambio fue tan rápido que fuimos de las dos o tres primeras familias en llegar para vivir en este nuevo barrio. Recuerdo que estuvimos unos días sin corriente eléctrica en nuestra casa, y que ni tan siquiera se había instalado aún el alumbrado público de la calle, por lo que las noches eran totalmente oscuras. Silenciosas y muy oscuras.

Según me dijo mi padre, para la entrega de llaves tuvo que pagar mil quinientas de las antiguas pesetas, y el alquiler social con derecho a compra le suponía otras quinientas pesetas mensuales, que era ocho veces menos de lo que pagaba por el alquiler de la anterior casa. Esto debía de ser como a quien le toca la lotería a día de hoy; algo comparable a un alquiler en 2019 por solo cien euros.

Esta nueva casa se encontraba justo enfrente del colegio donde yo más tarde empezaría a estudiar. Las ventanas de la cocina, que había como unas ocho alineadas formando una media luna en posición horizontal, daban justo al patio de ese colegio, y al ser un cuarto piso en altura teníamos unas espectaculares vistas de casi toda la ciudad. Recuerdo que me pasaba las mañanas mirando desde mi ventana hacia el patio de recreo para ver a los niños jugar, mientras contaba los días que me faltaban para poder estar allí con ellos. Solo tuve que esperar unos meses más. Después de ese mismo verano, y ya con cuatro años, empecé en el parvulario. Un tiempo más tarde nació mi tercer hermano, ahora ya éramos cuatro.

De mi etapa en el colegio y siguiendo con el tema del libro, he querido reflejar dos sucesos, que a pesar de no haberlos vivido en primera persona, conseguí recabar bastante información al ser un testigo directo de los hechos. Estos dos sucesos ocurrieron con bastantes años de diferencia entre ellos, y aunque cronológicamente serían posteriores a la historia que seguidamente contaré, me ha parecido que podía ser muy interesante incluirlos.

Recuerdo que un día después del recreo subíamos las escaleras formando una fila india, como se solía hacer en el colegio, y justo cuando pasábamos a la altura de la puerta de los aseos de la primera planta, escuchamos unos fuertes gritos aterradores que venían del lavabo de las chicas. Acto seguido salieron corriendo hacia nosotros tres niñas que eran de un curso superior y que estaban a punto de terminar la enseñanza obligatoria. Una de ellas tenía en la cara una marca de arañazos profundos que le sangraban, y llorando con un fuerte ataque de nervios empezó a contarle a mi profesora, como algo que no pudo ver la había golpeado con tanta fuerza que le había dejado esas singulares marcas. Contaban las tres hablando a la misma vez, que mientras se encontraban

todas ellas metidas en el mismo baño haciendo el peligroso juego de la güija, el vaso salió disparado contra la pared y algo o alguien atacó a la niña, causándole esas profundas heridas en la cara. Hasta ahí es todo lo que pude escuchar. Rápidamente se llevaron a las niñas al director y a todos nosotros nos metieron en nuestras aulas.

El segundo caso que presencié fue ya casi al final de mi etapa escolar. Estábamos muy cerca de la primavera y yo ya era mucho más mayor. Cursaba séptimo de E.G.B con lo que ya me encontraba en más condiciones de analizarlo todo y de andar por ahí preguntando en busca de más información. Estábamos jugando el típico partido de fútbol del recreo de después de comer, que siempre terminaba con el sonido de la sirena de las tres de la tarde. Pero ese día la sirena que nos hizo terminar el partido antes de hora no sería la que hacía sonar siempre el conserje. De repente, empezaron a llegar varios coches de policía seguidos por una ambulancia a la puerta del cole. Los monitores y profesores del patio del recreo nos llevaron corriendo hacia otro patio interior techado que había antes de subir a las clases, y cuando ya estábamos allí, el conserje abrió las puertas grandes de la valla del colegio y seguidamente entraron las dos patrullas de policía acompañados de aquella ambulancia. Muchos de los niños lloraban muy asustados. Las caras de asombro e incertidumbre en los profesores no ayudaban mucho que digamos. ¿Qué es lo que podía estar pasando? Nos subieron rápidamente a las clases y ya no pudimos ver nada más. Al terminar la clase y ver que los vehículos policiales estaban todavía dentro del patio, corrí hacia mi casa, pensando que desde mi ventana podría tener una mejor visión de todo lo que pudiera acontecer. Recuerdo que la ambulancia y los coches de patrulla tardaron en marcharse del cole como unas tres horas después de finalizar las clases, cuando ya era de noche. No pude averiguar nada más hasta el día siguiente. Al final, según pudimos escuchar de algunos profesores (los mayores no somos conscientes de que los niños lo escuchan todo, que están pendientes de todo aunque parezca que juegan y que nunca se enteran de nada) nos enteramos de que al parecer, un niño de octavo que era tan buen estudiante como persona, se había vuelto loco, y se puso a agredir con un objeto punzante a todo el que se cruzaba en su camino. Después, cuando llegó la policía e intentaron acorralarle, empezó incomprensiblemente a autolesionarse. ¿Qué es lo que le había podido pasar a este chico para llegar a tal ataque de locura? Según dijeron, fue un caso más del juego que por aquel entonces estaba tan de moda entre los jóvenes, la güija. Finalmente, tuvieron que llamar a un sacerdote para practicarle un “exorcismo” allí mismo.

Puedo asegurar que este no es el típico bulo de críos, y que los mismos profesores del centro hablaban sobre lo sucedido muy aterrados en cada uno de los corrillos que formaban durante los patios de recreo. De esta manera conseguí averiguar todo lo que había pasado. Después de este día, nunca más volvimos a ver a este chico por el colegio.

Volviendo al principio de esta segunda historia y entrando ya a contar lo que toca, el día que me ocurrió este angustioso encuentro con lo sobrenatural yo tendría unos seis años. Era verano y hacía muchísima calor, así es que me encontraba tumbado encima de mi cama con la ventana del dormitorio totalmente abierta y con tan solo unos calzoncillos puestos. La casa, como ya he mencionado antes, tenía tres dormitorios, y sus puertas junto con la del baño formaban un cuadrado. De hecho nosotros le llamábamos “el cuadrado” al espacio de suelo que había en el medio que separaba la entrada de las cuatro estancias, y que cuando nos dejaban, utilizábamos como campo de fútbol para jugar un partidillo, usando como porterías los marcos de las puertas. ¿Puedes imaginarte lo que es jugar un partido de fútbol en tan solo tres metros cuadrados? ¡Una locura! Pero a esa edad todo se veía muchísimo más grande.

Creo que padezco de insomnio desde que tengo uso de razón. Me cuesta muchísimo dormir y

no consigo nunca desconectar y relajarme. Por muy temprano que me levante por las mañanas, aunque duerma solo unas horas y trabaje otras doce, eso de cerrar los ojos y dormir para mí siempre fue algo imposible. Así es que cuando llegaba la noche, encendía un aparato viejo de radio tan grande como una maleta, que me regaló mi abuelo, y me lo pegaba a la oreja. Hacía esto todas las noches y se me iba la vida en ello porque no quería seguir escuchando esas voces tan raras, que inmediatamente aparecían cuando los demás dormían y todo quedaba en silencio. Sin ningún lugar a dudas, aquello que cada madrugada sin faltar a su cita me visitaba para perturbar mi descanso, eran voces de persona. Pero no eran voces normales de gente corriente hablando de algo, no. Eran unas voces escalofriantes que me atormentaban con toda clase de sonidos y gemidos muy extraños, que jamás había oído antes ni volvería a escuchar fuera de aquellas paredes. Recuerdo perfectamente que eran varias voces a la vez susurrándome muy bajito, haciendo ruidos muy raros y toda clase de sonidos de ultratumba. A veces entendía perfectamente lo que me decían, pero otras veces, sobre todo cuando hablaban entre ellos, lo hacían usando una especie de idioma ininteligible por nadie (eso es lo que parecía por que hablaban fluidamente). Primero empezaba a oír como de lejos unas risas, que cada vez se acercaban más y hasta llegar a mí, para seguidamente susurrarme casi dentro de mis oídos la repetida y terrorífica frase de —¡ya estamos aquí!—. Después se alejaban, y podía escuchar lo que entendía que era una discusión entre ellos, aunque por más que lo intentaba no conseguía descifrar palabra de lo que decían. Quizás esto me asustaba muchísimo más. Entonces volvían otra vez hacia mí y podía sentir que me rodeaban dando vueltas, como si se tratara de uno de esos ataques indios de las películas del oeste, a la vez que uno por uno, alternándose entre ellos, dejaban en mis tímpanos toda clase de sonidos de lo más aterradores. Siempre repetían la misma manera de atormentarme. Tanto es el miedo que pasé escuchando aquellas voces, que en este mismo momento, según escribo estas líneas, el bello se me pone de punta y el corazón se me acelera. Cada vez que lo recuerdo siento un verdadero terror, que por muchos años que hayan pasado y por muy mayor que uno sea no es posible controlar.

Aquella noche la cosa fue a más. Y mientras intentaba dormir con mi radio encendida, algo que no pude ver tiró fuertemente de mis calzoncillos, sacándome los con tanta violencia que casi me tira al suelo a mí también. Aquella cosa levantó por completo todo mi cuerpo, y fue tanta la fuerza que empleó, que mis piernas quedaron fuera de la cama y el resto del cuerpo a los pies de ella. Quedé desnudo, acurrucado encima de mi cama, cagado de miedo, tapándome mis partes íntimas con las manos, con los ojos medio cerrados, haciéndome el dormido pero intentando ver a donde habían ido a parar mis calzoncillos. Sudaba y tiritaba de terror. No sé cuánto tiempo estuve así, pero al final conseguí reunir el valor suficiente para levantarme e ir a por ellos. Estaban justo en el medio del pasillo, enfrente de la puerta del baño, los cogí, salí corriendo hacia mi cama y me los volví a poner tan rápido como pude. Luego llegaron esas risas, risas y más risas. No dejaban de reírse de mí de una manera maligna. Cuando peor lo estaba pasando, para mi salvación, alguien se levantó para ir al baño. No recuerdo quien fue, no lo pude ver, yo estaba encogido boca abajo con los ojos cerrados y muy apretados. Rezaba para que todo aquello terminara, y al encenderse la luz, inmediatamente las voces desaparecieron y todo volvió a quedar en silencio.

Después de aquello no puedo recordar que me pasara algo tan escalofriante en esa misma casa, aunque nunca dejé de escuchar toda clase de malvados sonidos noche tras noche. Aquellas voces desaparecieron para siempre en el mismo instante en que volvimos a mudarnos de casa. ¿Quién o qué me había sacado con aquel fuerte tirón los calzoncillos?, ¿qué podían ser aquellas voces?, ¿por qué solamente yo las podía oír?, ¿qué intenciones tenían?, ¿por qué cuando me

quedaba a dormir en casa de mis tíos allí nunca las escuchaba?

Soy de los que creen en las energías. Hay energías buenas, como es el caso del gigante de la túnica blanca, pero también energías malas como estas. Espíritus burlones que algunos lugares pueden retener entre sus paredes. ¡Pero esta casa era nueva! Nadie había muerto allí y no había podido suceder ninguna desgracia en ella que hiciese retener o atraer esas malas energías de las que hablo.

Hay un dato más que creo que es importante contar y que a mí me ha hecho pensar mucho durante todos estos años. Es algo que me resulta muy difícil de afirmar por dos razones, pero que puede explicar lo de las voces y que es lo que aquella noche sucedió. La primera, aunque sería lo más lógico, no tengo la total seguridad de que se realizara ninguna practica esotérica en mi propia casa. La segunda, no sé si a alguien de mi familia además de incomodarle leer esto pudiera llegar a molestarle. Pero tengo que seguir siendo fiel a la verdad y contar las cosas tal y como yo las viví. Recuerdo que al poco tiempo de vivir allí y empezar a llegar más vecinos al edificio, mis padres hicieron una estrecha amistad con un matrimonio, que al igual que ellos eran demasiado jóvenes para ser padres. Solían quedar en una casa u otra para cenar y jugar alguna partida de cartas, mientras tomaban unos cubatas. Lo que se suele hacer con los amigos, hasta ahí nada fuera de lo normal. Pero también me acuerdo de una tarde en la que algo raro parecía estar pasando. Los mayores andaban un poco nerviosos entrando y saliendo de las casas, en lo que parecía ser una discusión entre vecinos. Luego escuche esas frases: “¡Ves, ha sido él! ¡Lo ha dicho el libro y las tijeras!”.

Tengo entendido que mis vecinos eran bastante aficionados a esos juegos tan arriesgados como extraños que estaban muy de moda y gustaban tantísimo en los años ochenta. Parece ser que realizaban todas esas prácticas que tienen que ver con el peligroso mundo del ocultismo y la adivinación mediante espíritus, y de alguna manera esto pudo llegar a salpicar a mis padres, contaminándolos para alterar la paz y la armonía que en mi casa existía. No creo que mis padres participaran nunca en estas cosas, pero es muy probable, o al menos eso pienso yo, que alguna vez presenciaran en otra casa uno de estos rituales, arriesgándose así inconscientemente a quedar impregnados de estas malas y oscuras energías.

No somos lo suficientemente conscientes de lo peligrosos que pueden llegar a ser este tipo de juegos, que igual de arriesgado es participar en ellos, como el quedarse a un lado aunque solo sea para observarlos. Las malas energías circulan libremente por las estancias donde son invocadas, en busca de cuerpos con niveles de frecuencia realmente bajos y portadores de pensamientos muy negativos. Jamás he practicado, presenciado o participado en ninguno de estos, ni voy a hacerlo en mi vida. Siento un gran respeto hacia todas estas prácticas que casi siempre suelen terminar por causar serios problemas a todos los que las realizan. Aunque yo haya terminado por llamarlo erróneamente “juego”, que es así como lo llaman en general, tengo que advertir que no se trata de ningún tipo de entretenimiento, más bien todo lo contrario, algo tan peligroso que no deberíamos ni tan siquiera mencionar.

Güija

Siguiendo con el capítulo anterior, en el que has podido ver algunos de los peligros que conlleva el participar en estos imprevisibles juegos, me veo en la obligación de contar tres sucesos de los que tengo un completo y detallado conocimiento.

Mi hermana, que es la única de entre todos mis hermanos que al igual que yo tiene una sensibilidad especial, vivió en primera persona dos de estos escalofriantes sucesos. Le ocurrieron durante su adolescencia, y dada la importancia del resultado final de estos hechos, me ha parecido muy interesante reflejarlos aquí.

Una tarde de julio, cuando mi hermana hacia tan solo unos días que acababa de cumplir los doce años, una de las amigas del grupo de chicas con las que salía casi a diario se encontraba un poco enferma, y tenía que quedarse sola en casa, mientras que sus padres llevaban a su hermano pequeño a jugar con su equipo de fútbol a uno de esos trofeos de verano. Así que esta chica le ofreció a ella y al resto del grupo de amigas subir a su casa para que le hicieran compañía, al mismo tiempo que las invitaba a una pequeña merienda. Después de merendar entre las risas provocadas por los chismes de la edad, una de ellas propuso al resto del grupo estrenar un nuevo juego que llevaba en su mochila, que había comprado ese mismo día a escondidas de sus padres y con la ayuda de su hermano mayor, en una de esas tiendas que venden toda esa clase de artículos esotéricos. Se trataba de un tablero de madera, con el que si se seguían unas simples instrucciones se podía comunicar con toda clase de entes espirituales, haciendo de esto una fantástica herramienta para la adivinación (Así es como se vendía este peligroso “juego” llamado güija). Después de cerrar todas las ventanas del salón, dejando así la estancia completamente a oscuras y siguiendo al pie de la letra con todos los consejos que aparecían en las instrucciones de este nuevo juego, encendieron una vela blanca al lado del tablero. Seguidamente, formando un círculo a su alrededor, se agarraron todas fuertemente de las manos, y tras realizar las tres respiraciones profundas que en las instrucciones se aconsejaba, recitaron una oración en la que invocaban a un ser de luz para que las protegiera durante la sesión. Algunas de las chicas, entre ellas mi hermana, estaban un poco asustadas. Pero como todo aquello era tan nuevo como intrigante, que les producía unas fuertes ganas irresistibles de ver hasta donde podían llegar, decidieron seguir adelante. Una a una comenzaron a poner uno de sus dedos, el índice, sobre el borde de un vaso de café, que previamente habían colocado boca abajo en la casilla de salida del tablero, para seguidamente preguntar: -¿hay alguien ahí? Tras varios intentos en los que no obtuvieron respuesta, decidieron que fuese otra de ellas la que probase fortuna, encargándose de realizar una vez más la repetida pregunta. Fue entonces cuando, apenas había terminado de formular la primera pregunta, el vaso se dirigió deslizándose rápidamente hasta ir a parar a la casilla que contenía en su interior la palabra **SÍ**. El nerviosismo mezclado con la incertidumbre se apoderó de algunas de las niñas, mientras que otras no dejaban de reírse a la vez que se preguntaban entre ellas quien había movido el vaso. La siguiente pregunta que decidieron hacer, que les serviría para averiguar con quien habían contactado, fue respondida con una serie de palabras que no recuerda muy bien, pero que me asegura que eran tan raras que parecían formar parte de algún idioma extranjero. Al seguir insistiendo una y otra vez, el vaso fue deslizándose por cada una de las letras hasta completar la espeluznante palabra que decía **MATAR**. Al parecer no le hizo demasiada gracia

aquella insistencia, mezclada con todo tipo de frases cargadas con tremendas faltas de respeto de varias de las niñas hacia el espíritu con el que habían contactado. Casi a la misma vez que el vaso llegaba a la última letra de aquella terrorífica palabra, el armario del salón, que contenía una vitrina en la que en su interior se guardaba una antigua y cara vajilla de porcelana, comenzó a temblar, de la misma manera que tiemblan los muebles cuando se encuentran sometidos al intenso zarandeo de un fuerte movimiento sísmico, rompiéndose el cristal a la vez que caían al suelo varias piezas de la vajilla. En ese mismo momento las chicas empezaron a correr como locas hacia la salida de la vivienda, haciendo oídos sordos ante la insistencia de una de ellas que les gritaba muy asustada que debían despedirse de la malvada entidad antes de terminar con el juego. Las dos últimas chicas que salieron de la casa, una de ellas mi hermana, fueron testigo del fuerte y repentino golpe que propinó aquella oscura energía a una de las ventanas, causando una gran grieta en el cristal. Las niñas salieron de allí tan despavoridas que durante la huida se encontraron con un toxicómano, que tras haberse inyectado una dosis estaba recostado sobre un escalón en medio de la escalera, al que sacaron por un momento de su dulce viaje al tener que esquivarle entre empujones y saltándolo literalmente por encima.

Unos días después de esta experiencia tan desagradable, algunas de las niñas que habían participado en esta primera sesión, junto con mi hermana, decidieron repetir la misma experiencia en la habitación de una de ellas. Después de haber construido manualmente, con la ayuda de unos cartones y algunas pinturas, uno de esos tableros de güija, comenzaron con la sesión. Mi hermana, que había pasado mucho miedo, decidió esta vez quedar fuera de aquel círculo, y se sentó muy cerca de la puerta de salida de la habitación para simplemente observar, estando así bien preparada por si tenía que echar otra vez a correr. Esta vez tuvieron mucha más suerte, y en la primera pregunta que realizaron al comenzar con el juego recibieron una extrañísima respuesta. Con todas las letras que el vaso previamente había señalado dispuestas en el orden de aparición se formaba la palabra **ENTRA**. Esta palabra, que no respondía a ninguna de las preguntas formuladas, seguiría repitiéndose unas cuantas veces más. Hasta que a una de ellas se le ocurrió preguntar quién debía entrar. Esta vez la respuesta fue más explicativa, pues se trataba del nombre de una de las chicas. Aquel espíritu repetiría una y otra vez el nombre de mi hermana hasta que esta accediese a participar en el juego. Ella, varias veces decidió negarse, pensando que sus amigas estaban moviendo voluntariamente el vaso para así engañarla y hacerla participar. Hasta que de repente, todas decidieron retirar por un momento el dedo del vaso, y este, ante el asombro de todas ellas, empezó a moverse rápidamente solo por todo el tablero y hasta terminar de completar las dos palabras que decían: **ENTRA, TATA**. ¿Tata? Aquello hizo que mi hermana muy intrigada se uniera inmediatamente a las otras, para empezar a realizarle una serie de preguntas que surgieron repentinamente en su cabeza. Para resumir este suceso: aquel espíritu afirmaba ser la niña que perdió mi madre mucho antes incluso de que yo naciera, y que parecía, por los datos que le aportaba aquella energía, que era el espíritu del primer aborto involuntario de los dos que mi pobre madre sufrió. Ninguna de las chicas que se encontraban en la habitación podía tener conocimiento alguno de que mi madre anteriormente había perdido dos niños, y mucho menos saber el sexo de alguno de ellos, o el orden en el que sucedieron. Ni siquiera mi pequeña hermana, que como es lógico, salió corriendo después de varios intentos de terminar con este juego, en los que se negaba rotundamente a acabar con la sesión de una manera peligrosamente amenazante la que afirmaba ser hermana nuestra. Finalmente, accedió a dejarla salir tras una pequeña mentira, en la que mi hermana le prometía que si la dejaba marchar, cada día durante el resto de su vida volvería a contactar para hablar con ella. Al revelarles toda esta historia a mi

madre, que quedó absolutamente desconcertada, esta le prohibió y le hizo jurar un par de veces que jamás participaría en ninguna sesión más de estas.

Al participar en estos “juegos”, de los que yo estoy totalmente en contra y puedo asegurar que traerán a tu vida más desgracias que beneficios, debemos tener en cuenta una serie de reglas que bajo ningún concepto podemos olvidar : nunca debemos dejar que el vaso o el puntero llegue hacia los extremos del tablero, evitando que pueda salirse de la tabla (esta es la manera que tienen las malas energías para liberarse y poseer a las personas); no practiques “el juego” si estas enfermo, ya que eres más vulnerable a ser poseído por algún espíritu; no se debe jugar en lugares como cementerios o casas viejas abandonadas, donde puede haber una fuerte actividad; hay algunos espíritus que deciden quedarse en las tablas para siempre, ten mucho cuidado con esto y busca información de cómo deshacerte de ella sin que esto pueda tener ninguna fatal repercusión en ti ; nunca se puede hacer preguntas relacionadas con la religión; y lo más importante: desconfía, no todo lo que te digan tiene porque ser cierto, sin olvidar que nunca se puede abandonar la sesión sin antes despedirse de la entidad con la que se halla contactado, además de ser lo más respetuosos posible en todo momento y medir muy bien nuestras palabras.

Es sabido que a estos llamamientos suelen acudir toda clase de energías y entidades. Algunos seres de vibraciones realmente bajas, como los espíritus burlones o malos espíritus, que son capaces de absorbernos toda la energía hasta el punto de hacernos entrar en un bucle de malos y extraños pensamientos, que pueden desencadenar en una grave enfermedad además de ser altamente destructivos para nuestra salud física y espiritual. Aunque hay algunos que afirman que esto depende mucho del tipo de vibraciones que desprenda en ese mismo momento el individuo que realice estas prácticas. De manera que si estas vibraciones son bajas y mezquinas, se acaba atrayendo a espíritus malos. Mientras que si por el contrario son vibraciones tan altas como positivas, podemos atraer a todos esos espíritus de familiares de los que se dice que nos acompañan para protegernos a lo largo de nuestra vida. Todos llevamos con nosotros a un ser querido que perdimos y que actúa como guía protector, pero para mí lo mejor es no hacer el más mínimo intento por contactar con ellos.

Si eres uno de los pocos que no conocen estas peligrosas prácticas, espero que entiendas bien lo que he querido transmitir en estas páginas. La güija es el medio más peligroso que yo conozco que jamás me atrevería a ni tan siquiera contemplar, aunque fuera muy de lejos. Pero si por el contrario eres de los que conoce perfectamente todo lo relacionado con este juego, sabrás lo peligroso que puede llegar a ser realizar estas sesiones de espiritismo. Y esto seguro que conocerás de primera mano muchas de las innumerables historias relacionadas con esta arriesgada afición, que finalmente acabaron de una manera trágica. Alguna de ellas, como es el caso de alguien muy conocido por mí, causando serios daños irreparables, llegando a permanecer en él para toda la vida.

Cristóbal, (aunque este no sea su nombre verdadero así es como le llamaré para proteger su identidad) era un chico de apenas veinte años con un comportamiento ejemplar, pero con todas las inquietudes que se pueda tener a esa edad tan complicada. La mayor parte del tiempo la pasaba trabajando, y en sus ratos libres se dedicaba a competir con sus coches de gasolina en esos circuitos cerrados donde se organizan carreras de vehículos de radio control. Tenía un par de modelos de carreras en los que había invertido muchísimo tiempo y dinero. Aunque gracias a esta inversión le habían gratificado en más de una ocasión con varios primeros puestos y algunos segundos, en muchas de las importantes competiciones en las que solía participar. Además de esos trofeos, que guardaba y exponía en una vitrina junto con algunos de sus mejores coches ya

retirados, había ganado una cantidad de dinero en premios que luego volvía a invertir en esta particular afición. Él es el segundo hijo, y el único hermano de otro chico dos años mayor, que desgraciadamente había nacido con una discapacidad psíquica, lo que le impedía y le sigue impidiendo llevar una vida normal. Así es que Cristóbal, además de su trabajo y esta única afición que tenía, ayudaba a su madre en el cuidado de su querido hermano. Era el hijo perfecto, el hermano completo, y una persona intachable.

Pero todo esto cambió repentinamente cuando una mañana de Halloween de hace ya casi diez años, una compañera de trabajo a la que él le había caído, y que a pesar de que se había dado cuenta, la angustiada timidez que le envolvía no le dejaba dar ese paso que en su cabeza fantaseaba una y otra vez, se le acercó, y con esa bonita sonrisa que a él tan nervioso le ponía, le invitó a la fiesta que todos los años se celebraba en la casa de unos amigos Irlandeses. Así es que aquella sería la primera vez que asistiría a una de estas fiestas. Como suele pasar cuando alguien te gusta demasiado, eres capaz de hacer cosas que nunca imaginarias qué harías. Y una vez en la fiesta, después de la cena y de escuchar algunas de las recurrentes historias que se suelen contar bien a oscuras, con la única luz que produce la llama de una de esas peculiares velas que al acercártelas a la cara hace que sea todo más terrorífico, decidieron animar un poco más la velada. Y como solían hacer cada año sacaron una tabla de güija. El no saber decir que NO para impresionar a la chica cambiaría su vida por completo. Nadie supo que es lo que pudo pasar. Lo que parecía ser una noche más de brujas se convirtió inesperadamente en una de esas noches que quedan grabadas a fuego en nuestros cerebros. A mitad de sesión Cristóbal quedó en silencio, inmóvil, con la mirada pedida. No respondía a ninguna pregunta. Tampoco reaccionaba al acercarle la mano y pasarla frente a sus ojos, que habían quedado fijos mirando hacia su propia frente. Enseguida empezó a brotar de sus labios un líquido blanco y espumoso, similar al que emana de la boca de un enfermo epiléptico cuando se encuentra en uno de esos terribles ataques. Pero él no convulsionaba. Seguía sentado y sin mover ni tan siquiera las pestañas. Tanto es así que al poco tiempo comenzaron a salir de sus ojos abundantes lágrimas, que recorrían su cara de manera continua y hasta llegar a mezclarse con las babas de la boca. Enseguida llamaron a los servicios de emergencias y la ambulancia que vino se lo llevó rápidamente.

Desde ese día, Cristóbal, ese chico ejemplar, quedó completamente privado de la vida. Hoy es un hombre que necesita unos cuidados especiales. Una vez al mes acude a la consulta de un psiquiatra para ponerle la inyección que necesita de por vida y que le calma esa extraña esquizofrenia que padece. Tal vez sus antecedentes genéticos tengan algo que ver con todo esto, pero yo estoy completamente seguro de que el único responsable podemos encontrarlo en aquella güija.

Mi querido tío

Este es uno de los recuerdos que más me gusta contar. Estoy casi seguro de que se lo he podido relatar al menos un par de veces a casi todas las personas de mi círculo más cercano. Es una de esas historias tan increíbles como melancólicas, que al terminar de leerlas acabas pensando que parecen estar inventadas para alguna de esas grandes películas de tanto éxito.

Como dije anteriormente, no consigo situar este recuerdo exactamente en el orden que sucedió. Sé qué hacía pocos años que vivíamos en nuestra casa nueva y que yo no tendría más de siete años en el momento del suceso. Por parte de mi madre y a diferencia de mi padre, que son ocho hermanos, yo solo tenía dos tíos: una tía que es mayor que mi madre, con la que no hemos podido tener mucha relación al vivir fuera y verla muy de cuando en cuando, y un tío que era el más pequeño de los tres hermanos y el único hijo varón que tenían mis abuelos. Así es que como os podéis imaginar, él era el niño mimado por mi abuela y el más querido por mi madre y mi tía. Además, por todo lo que he podido saber a través de mi familia, él era un ser muy especial; un tipo de esos que desprenden una gran luz. Esa clase de persona que siempre estaba dispuesto a ayudar a los demás a cambio de nada, que nunca decía una palabra mal dicha a nadie, que no sabía decir no, y siempre defendía a los más débiles luchando contra toda injusticia. Él era un héroe, nuestro héroe. Contaban mis abuelos, como un día en el que mi tío al volver del trabajo vio a lo lejos una columna de humo negro que salía de una de las casas del pueblo, y a mucha gente desde la otra acera mirando, mientras esperaban a los bomberos sin hacer nada. Entonces, sin pensárselo dos veces, fue hasta la casa, se quitó la camisa usándola para taparse la boca y empezó a subir las escaleras, sin hacer caso de las muchas personas que le gritaban que no lo hiciera. Al entrar en la casa en llamas encontró a una persona mayor tendida en el suelo que apenas podía respirar, y tirando de ella como pudo consiguió sacarla hasta la calle para ponerla a salvo. Después, en lo que yo considero un acto insensato, volvió a subir a la casa para sacar la botella de butano que estaba en la cocina, y que él se había empeñado en que tenía que apartar del fuego por que podía explotar. Mi tío se jugó la vida dos veces seguidas en ese mismo día. Mis abuelos presumían muy orgullosos de su valiente hijo con el recorte de prensa en las manos del periódico que a los pocos días recogía la noticia. Había salvado a un hombre que con total seguridad habría muerto esperando a que llegaran los bomberos.

Otra de las locuras de mi valiente tío, que pudo haber terminado en tragedia pero que al final terminó de una manera un tanto graciosa, sucedió a los pocos meses de aquel incendio. Mis abuelos por aquel entonces dirigían una perrera municipal y por lo tanto vivían en una casa de campo que estaba situada dentro de los límites de la perrera. Mi tío, siempre que podía, les echaba una mano con la limpieza y el cuidado de los animales que allí tenían. Recuerdo como se metía entre decenas de perros con una carretilla llena de pienso y a los animales rodeándole entre pequeñas peleas para ganar una posición más cercana a la comida. Amaba a los animales. Un día, mis abuelos empezaban a estar un poco preocupados porque mi tío no aparecía. Se hacía de noche y no había noticia alguna de él. Viendo que caía más la noche y seguían sin saber nada, decidieron salir a buscarle por las zonas que él solía frecuentar. Preguntaron a todo el mundo que conocían sin obtener respuesta alguna. Unas horas más tarde, un poco más asustados, decidieron volver a la perrera con la esperanza de encontrarle allí. Cuando estaban acercándose a la valla de la casa y alumbrando con las luces del coche hacia la entrada para poder abrir la puerta, pudieron ver que

dentro, felizmente, estaba la moto de su hijo. Al entrar en la casa le vieron sentado en una silla, cabizbajo, con la ropa hecha jirones y los brazos llenos de moratones y arañazos. Su cara estaba tan sucia que parecía como si volviera de trabajar de una mina. Después de decirles que se encontraba muy bien, empezó a contarles a mis abuelos lo que le había sucedido: Al pasar por un camino y escuchar los aullidos de un perro que procedían de un pozo seco, se le ocurrió la idea de intentar sacarlo de allí, con tan mala suerte que al final él también quedó atrapado dentro del profundo agujero. Por fortuna para él, un agricultor de la zona que iba de vuelta a casa después de un duro día de trabajo en sus tierras, al pasar por ese mismo lugar vio la motocicleta que estaba sola en el borde la carretera, lo que le pareció muy extraño, así que decidió parar su tractor y acercarse a comprobar que sucedía. Al escuchar los gritos de mi tío pidiendo auxilio y tras confirmar que había un hombre atrapado en el agujero, se acercó hasta el pozo con su tractor, y utilizando una cuerda con mucha destreza y paciencia, consiguió sacarle por fin de aquel oscuro y estrecho lugar. Eso sí, con el perro entre sus brazos.

¿Conoces a alguna persona capaz de arriesgar su propia vida por salvar a un animal? Afortunadamente nunca he estado ante una situación como esta, ni me gustaría. Aunque también soy un gran amante de los animales, me falta ese don que diferencia a unos pocos del resto de los demás, esa chispa interior que te hace tener la sangre fría y el valor suficiente para poder actuar ante esta clase de situaciones tan extremas. Podría seguir contando sobre él algunas cuantas más anécdotas como esta, pero creo que ya he relatado lo suficiente para que podáis entender lo que viene a continuación.

Entre los recuerdos más felices de mi infancia, que desgraciadamente no son muchos, se encuentran en primer lugar todos los que viví en la casa de mis abuelos maternos. Algunas veces, menos de las que queríamos, nos llevaba mi padre a la casa que tenían en el albergue, para dejarnos pasar unos días con ellos. Recuerdo especialmente cuando hacíamos el pequeño recorrido desde mi casa hacia la perrera, en ese pequeño pero entrañable ciento veintisiete de mi padre. Casi siempre, por no decir todas las veces, acababa mareándome tanto que tenían que parar el coche en un lado de la carretera, para evitar que el desayuno que había tomado unos minutos antes acabara encima de las piernas de alguno de mis hermanos. Cuando eres tan pequeño careces de noción en el tiempo o la distancia, y lo que antes parecía un largo viaje, ahora te das cuenta de que se trataba de tan solo unos minutos de trayecto. Unos minutos que se hacían interminables cuando sabías que a donde te dirigías era todo lo contrario a las odiosas prohibiciones sobreprotectoras de una joven madre. Teníamos un pequeño truco para saber que faltaba muy poco para llegar: Ese gran cartel negro en un lado de la carretera con la popular figura del toro de Osborne nos decía que ya estábamos muy cerca, alertándonos también, que inmediatamente venían esas cosquillitas de la risa que sentíamos en nuestras barrigas, al pasar por las subidas y bajadas tan pronunciadas de la carretera maltrecha que se encontraba justo antes de llegar a nuestro destino.

Lo que en principio parecía ser un fin de semana más de mucho amor y diversión, término siendo un punto y aparte en la vida de todos nosotros. Siempre he pensado que después de ese fatídico día mi madre se convirtió en una persona totalmente diferente, y que esto de alguna manera afectó muchísimo en la relación y en el estado emocional de toda la familia. Al mismo tiempo en el que llegábamos al campo, cuando aún no habíamos casi ni bajado del coche, recibimos la triste noticia que cambiaría por completo todos nuestros planes.

Mi tío, circulaba con su moto a una velocidad normal por una carretera recta con mucha visibilidad, cuando el conductor de un camión de una empresa de reparto decidió saltarse un stop

en el mismo momento en el que él pasaba. El golpe fue tan fuerte que se rompió el depósito de gasolina, con tan mala suerte, que una chispa provocada supuestamente entre la fricción del hierro del vehículo con el suelo de la carretera hizo que la motocicleta acabase envuelta totalmente en llamas, causándole quemaduras muy graves por todo el cuerpo.

Debido a este fatal accidente en el que mi tío quedó gravemente herido, mis hermanos y yo tuvimos que pasar los siguientes seis o siete meses dando tumbos de casa en casa. Todo ese tiempo en el que él permaneció ingresado en la unidad de cuidados intensivos. Cuando eres un niño que no puedes entender bien las cosas de los mayores, te cuesta muchísimo adaptarte a los cambios. Al ser tantos hermanos, nos repartían entre la casa de uno de mis tíos de parte de padre, mi padrino (en su casa dormía a pierna suelta y nunca escuché las voces) y la casa de los padres de mi padre, en la que tuvimos tan amargos recuerdos que no quiero volver a recordar. Aquellos meses fueron peor que una injusta condena.

Recuerdo que uno de esos días en los que mis padres habían venido a vernos, hablaban entre ellos muy animados, porque al parecer, lo que había sido para mí tío una lucha diaria entre la vida y la muerte, se había quedado atrás y empezaba por fin a dar signos de notable mejoría. Recuerdo también a mi madre contándole a alguien como esa misma tarde y después de tanto tiempo había conseguido ella misma darle lo que sería su primera comida; un yogurt, que según decía ella le fue muy incómodo de tragar, aunque con mucha paciencia pudo terminar de comerlo. Unos días más tarde, en la media noche, llamaron por teléfono a mi abuelo desde el hospital, para comunicarle que mi tío había fallecido. Tan solo tenía dieciocho años.

Después de esa llamada pasé los dos peores días de mi vida. Y no sería por culpa de las voces o los espíritus que durante toda mi vida me han acompañado, sino por otra clase de demonios que son mucho más difíciles de reconocer al estar escondidos en cuerpos de carne y hueso. Esto me lo quedo para mí.

Lo siguiente que recuerdo es ver a mi madre y a mis abuelos vestidos de un triste negro absoluto. Dolor, tristeza, llantos y más dolor, así transcurrieron los siguientes mil días. Pasaron las semanas y un día mi madre decidió que fuésemos a visitar a mis abuelos para saber cómo estaban, ya que por aquellos años tener un teléfono a mano era como hoy día pagar la factura de la luz, un artículo de lujo. Llegamos al campo, y mientras los mayores se sentaban en el salón con la televisión apagada y tapada con una sábana para hablar de sus cosas, nosotros salimos al patio como siempre hacíamos, en busca de los numerosos gatos que por allí merodeaban. Salí del patio y me alejé de mis hermanos. Me fui por lo que parecía ser un pequeño camino que conducía a un barranco que había detrás de la perrera. Entonces, mientras bajaba por aquel caminito de piedra por el que ya había pasado otras tantas veces, que me llevaba a lo que era un vertedero de escombros y enseres donde siempre que podía rebuscaba por si había algo con lo que poder jugar, sentí un dolor muy fuerte en la parte trasera del cuello. Esa sensación tan dolorosa que a veces sentimos cuando se nos monta un tendón, un musculo o lo que quiera que sea. Estaba llorando de dolor, cuando de repente, noté en mi nuca una mano que empezó a masajear la zona del cuello que tanto me dolía. Me di la vuelta y ¡allí estaba él!

¡Era mi tío!, yo no tenía ni idea de que había muerto. Era un niño, veía llorando a mis padres y a mis abuelos con esas ropas tan negras, pero aun así no sabía que es lo que pasaba. Nadie me lo dijo, nadie lo mencionaba delante de nosotros. Me miró sonriéndome, sin decirme nada y después, desapareció. No sabría decir cuánto tiempo tardé en decírselo a mis padres, pero lo que sí recuerdo es que al contárselo no podían creer lo que estaban escuchando. Hasta que les dije un detalle que yo jamás habría podido saber por nadie: Mi tío, desde aquel fatal accidente no volvió

a salir con vida del hospital. Nunca le vi en la U.C.I. Las visitas que él recibía eran siguiendo un horario estricto exclusivamente para adultos. No tenía ni idea de cuál era su estado, ni qué tipo de asistencia médica había necesitado durante el tiempo de su ingreso. Les dije, y es así como hoy en día lo recuerdo, que al mirarle a la cara vi algo muy raro en su cuello. Que tenía justo al final de la garganta y donde comienza el pecho, como una herida en forma de agujero. ¡Alucinaron!, no podían creerlo. Nadie excepto ellos sabía que a mi tío le tuvieron que practicar una traqueotomía y entubarlo para poder respirar, al tener que estar tanto tiempo sedado. ¿Qué podía saber yo con siete años sobre lo que era una traqueotomía? Solo sé lo que pude ver aquel día; era mi tío, con su mano alivio el dolor de mi cuello y esa fue su manera de despedirse de mí.

Si eres una de esas personas que como a mí, a lo largo de su vida le han pasado toda clase de acontecimientos parecidos a este, seguro que además de entenderme no te costará mucho creerme. Pero si por el contrario eres de los más escépticos, que no puedes llegar a confiar en la total veracidad de lo que aquí expongo, te puedo decir, que a pesar de todo lo que me ha pasado, siempre le he dado todas las vueltas posibles hasta llegar a la verdad, tratando de buscar cualquier explicación lógica, y no me atrevería a decir algo tan increíble si no estuviera completamente seguro de lo que aquel día pude ver. Y sé que aun así es un riesgo muy alto el compartir esto con cualquier persona sin que te tachen de loco. Pero te puedo asegurar, que son muchísimas las veces que al final he terminado riéndome de algo que en un principio parecía ser un hecho sobrenatural, y que después de analizarlo más detenidamente, ha resultado ser un simple y gracioso malentendido de lo más absurdo. Pero este suceso, que recuerdo perfectamente y que he contado tal y como sucedió, carece de explicación lógica posible. Creerlo o no es cosa tuya.

Un nuevo hogar

En cuanto a la totalidad de los recuerdos del tiempo que viví en la que fue mi primera casa nueva, tengo escasos destellos de vagas imágenes raras, respecto a muchos de los fenómenos que durante años continuaron sucediéndome. Y como no consigo entenderlos bien, por falta de datos más concretos, me es imposible de explicar sin faltar a la verdad. Aunque sí recuerdo perfectamente uno más que quizás no sea todo lo sorprendente como lo escrito anteriormente, pero que no deja de ser algo de lo más curioso.

Pocos años después de la muerte de mi tío y sin tener a día de hoy muy claro que es lo que pudo pasar, mis abuelos dejaron de hacerse cargo de la dirección de la protectora municipal y vinieron a vivir al mismo bloque de pisos donde vivíamos nosotros. Creo que fue un poco por la cantidad de años que ya empezaban a tener los dos, sumados a la tristeza, la soledad y falta de medios en la que les había sumergido la pérdida de su amado hijo. Y un poco también a modo de protección, al ver ellos que mi pobre madre no levantaba cabeza por no poder superar nunca la muerte de su hermano más pequeño, su único hermano. Por aquel entonces, lo que había sido durante algunos años un barrio obrero de gente humilde y trabajadora, se convirtió en un espacio muy corto de tiempo, en uno de esos lugares miserables donde suelen acabar todo tipo de personas a las que les gusta vivir al margen de la ley. Empezaron a llegar de todas partes de España, de muchos lugares, y especialmente de los barrios más conflictivos, esa clase de familias que tienen sus propias leyes y una forma despreciable para ganarse la vida. Al ocupar las viviendas vacías ilegalmente para destinarlas al tráfico de toda clase de sustancias prohibidas, convirtieron aquellas calles limpias y seguras, donde antes los vecinos cada tarde conversaban sentados en sus sillas mientras los niños jugaban, en focos de jeringuillas, basura y ratas, por el que a diario deambulaban esqueletos humanos sin rumbo alguno, como seres muertos en vida.

Poco a poco las gentes humildes empezaron a ceder el terreno a esta clase de parásitos indeseables. El miedo a que un hijo cayera en el despreciable mundo de las drogas o resultara muerto por apuñalamiento, tiroteado o degollado, recorría cada casa del barrio. Aquello se convirtió en una ciudad sin ley, en la que hoy en día prácticamente nada ha cambiado.

Mis abuelos, consiguieron obtener la cesión de la casa de un vecino mío haciéndose cargo mensualmente de la deuda que quedaba sobre ella. Así es que ahora los teníamos tan cerca, que con solo subir ocho escalones podíamos tocar su puerta para estar con ellos. Tanto es así que no pasaba ni un solo día en el que no comiésemos o cenáramos todos juntos. Siempre que mi abuelo, que tenía una pequeña cojera en su pierna derecha que le había quedado tras recibir un disparo en su juventud cuando era carabinero, bajaba a nuestra casa, solía golpear con su bastón para llamar a la puerta, en vez de tocar el timbre como hace todo el mundo. Todos nosotros conocíamos ese sonido tan peculiar, que cada vez que lo escuchábamos nos hacía comenzar una carrera entre empujones para ver quien llegaba el primero para abrirle la puerta. Era algo mucho más que un juego, toda una gran competición entre nosotros, que a veces nos hizo recibir algún palo de más por parte de nuestros padres. A todo esto ya éramos seis hermanos y mi madre quedó embarazada una última vez del que sería el más pequeño de todos.

Casi al mismo tiempo que quedó mi madre en estado, mi abuelo enfermó de esa enfermedad tan destructiva como temible que no quiero ni nombrar. Cayó en cama muy malito. Y mi hermano, el que nació justo después de mí, que era el ojito derecho de mi abuela, se pasaba los días enteros

junto a ellos a la espera de si podía ayudarles en algo. Cuando salía mi abuela a cualquier recado allí estaba él para hacerle compañía y cuidarlo. La verdad es que solo él tenía el valor que nos faltaba a todos los demás para hacerlo. Recuerdo que una mañana me hizo mi madre subir para pedirle algo de pan a mi abuela, y al oír toser de aquella manera a mi pobre abuelo salí corriendo muy asustado. Al final, justo antes de nacer el último de mis hermanos, mi abuelo falleció. Cuenta mi madre que unos minutos antes de morir se levantó de la cama pidiéndole a mi abuela que le pusiera los pantalones y los zapatos, porque decía muy alterado que estaban sus padres allí esperándole, que venían para llevárselo.

Pasaron los meses, llegó diciembre y con él la navidad. No había mucho que celebrar, más bien todo lo contrario. Pero como éramos unos niños y además, mi madre que nunca jugaba a ninguno de los juegos de azar, en el día anterior a nochebuena siguiendo el fuerte impulso de una corazonada, decidió comprar un número de la once con las últimas cien pesetas que le quedaban en el monedero, con toda la fortuna de acertar cuatro de los cinco números y llevarse un premio de cincuenta mil de las antiguas pesetas, decidieron hacer una cena muy especial para la noche de Navidad. Estábamos todos sentados a la mesa con caras muy serias y casi en silencio. Esa escena podía ser comparable a la sala de un velatorio. Apenas habíamos comenzado a cenar, cuando de repente escuchamos fuerte y claramente el peculiar sonido del bastón de mi abuelo tocando a la puerta. Nos quedamos todos mirándonos, incrédulos, sin poder reaccionar. Luego, alguien, no recuerdo muy bien quién, se levantó con la naturalidad más absoluta y abrió la puerta. Allí no había nadie, pero puedo asegurar que las ocho personas que estábamos en aquella casa escuchamos perfectamente los dos inconfundibles golpes del bastón con los que mi abuelo siempre llamaba a la puerta. Esa noche de navidad la pasamos recordando con cariño todos los momentos buenos que él había dejado en nuestras vidas. Todos esos chistes tan raros que nos contaba encarnándose en toda clase de personajes estafalarios que nos hacía morir de la risa, por muy malos que fueran.

Poco a poco el barrio fue a peor y la verdad que era ya imposible para una familia normal vivir allí. Muchas de las casas ocupadas las utilizaban los toxicómanos para consumir sus dosis, acumulando kilos y kilos de basura, que mezclados con el olor de las heces y el orín, hacían que el ambiente fuese irrespirable. Como es lo normal en estos lugares, casi todos los ocupantes de las viviendas de mi bloque tenían la luz de su casa enganchada ilegalmente. Así es que si te asomabas por cualquier ventana, podías ver montones de cables y más cables que cruzaban de un lado hacia otro, formando angostas marañas que imitaban perfectamente a esas típicas lianas que abundan en la selva. Una selva, así es como yo lo recuerdo. Un lugar realmente impracticable en el que cada día para ir al colegio tenías que andar de puntillas esquivando heces, jeringuillas, y toda clase de asquerosos residuos que salían por las bajantes rotas de los desagües. Nadie de fuera quería entrar en el barrio. No había cartero que se atreviese a llevar una carta, aunque la verdad no sé dónde la hubiera podido dejar porque no había ni rastro de los buzones, que se los habían llevado junto con las barandillas, las ventanas de los descansillos e incluso las puertas de los zaguanes, para sacar algún dinero después de venderlos al peso en la chatarra. Recuerdo un día en el que llegó un camión de butano cargado con esas pesadas botellas color naranja, y al bajar el conductor de su camión, mientras un par de muertos vivientes le cortaban con una enorme y afilada navaja la riñonera de cuero marrón donde guardaba el dinero de las botellas, al mismo tiempo que otro de ellos le inmovilizaba poniendo su jeringuilla ensangrentada en el cuello del asustado hombre, decenas de “personas” de todas las edades que te puedas imaginar sacaron las botellas del camión y se las llevaron a toda prisa. Todo esto a las dos de la tarde y ante la mirada de todos.

Las guerras y ajustes de cuentas entre clanes estaban a la orden del día. El ver a un juez con la policía levantando un cadáver se convirtió en una imagen de lo más habitual. Cuentan algunos, que al empezar los trabajos para derruir aquel edificio, que era solo una pequeña parte del barrio, llegaron a encontrar ocultos entre sus paredes unos cuantos cadáveres que llevaban varios años muertos.

Afortunadamente y cuando peor estábamos, el Ayuntamiento, que era el propietario de todo ese conjunto de viviendas, tras rehabilitar uno de los bloques que estaba situado a unas cuantas calles de allí, hizo una selección de entre todas las familias para reubicar a los pocos buenos vecinos que aún quedábamos. Así es que por segunda vez volveríamos a tener una casa nueva.

Aquella segunda casa, que habían reformado tan bien que parecía ser nueva, debería tener, como era normal, una historia. No sabíamos a quién había podido pertenecer anteriormente, ni creo que en ese momento fuese algo que a mis padres les preocupara en lo más mínimo. Por fin una escalera limpia y sin olores, y un patio donde poder jugar sin tener miedo a nada.

Para evitar que aquello terminara otra vez convirtiéndose en lo que anteriormente había sido, el Ayuntamiento se encargó de contratar y mantener allí unos vigilantes tanto de día como de noche, y hasta que fuesen asignadas y habitadas el total de las viviendas. Después, para seguir manteniendo la seguridad de los buenos vecinos, colocaron dos grandes rejas de hierro, una en cada una de las entradas, convirtiendo aquello en lo que parecía ser el patio de un correccional.

Me acuerdo perfectamente de ese justo momento en el que nada más atravesar la puerta de la entrada de mi nueva casa empecé a notar esa sensación tan rara en la barriga de angustia y tristeza; ese tan desagradable sentimiento que hoy en día sigo sintiendo cada vez que voy a algunos de esos lugares que están cargados de lo que yo entiendo que son energías oscuras. Curiosamente esto me suele pasar muy a menudo, por no decir siempre, cuando voy al cementerio. No suelo ir muchas veces, menos de las que quisiera, porque allí tengo varios familiares que visitar, pero cada vez que me atrevo a hacerlo me cuesta recuperarme un par de días. Es entrar en campo santo y mi estómago empieza a revolverse de tal manera, que puedo pasarme el resto del día eructando sin parar. Además, me absorbe la energía tanto que en ocasiones he podido llegar a sentir que aquello era el final para mí, y que mi vida se estaba apagando. Cementerios, tanatorios... todos esos lugares donde ha habido sufrimiento y dolor son realmente dañinos para alguien como yo.

Al margen de esa sensación de malestar que me generaba estar en aquella casa, los primeros días con sus noches fueron bastante buenos para mí. Ya no había voces ni murmullos que escuchar y todo parecía fluir de lo más normal, aunque yo seguiría durmiendo con mi radio bien pegada a la oreja durante los siguientes años. Pero una noche, no puedo recordar muy bien porque, (me imagino que todos dormían) me quedé completamente solo en el salón. Estaba viendo la televisión con la luz encendida del recibidor, que estaba justo entre el salón y la entrada a la cocina. De tal manera, que desde mi cómoda posición en el sofá tenía una total y completa visión de las tres estancias, a excepción de una pequeña pared de apenas un metro de ancho que me impedía poder ver también la puerta de la entrada de la casa. Me aterraba la oscuridad y más aún acompañado de esa soledad, así que esta pequeña luz me hacía sentirme un poco más seguro. Repentinamente un extraño nerviosismo empezó a recorrer todo mi cuerpo. Me sentía observado y no dejaba de mirar de un lado a otro en busca de quién o qué era lo que me hacía sentir esa amarga sensación. Cuando de repente, al girar la cabeza hacia la puerta, vi con toda claridad una sombra con forma de persona, que parecía cruzar rápidamente desde la cocina hacia la puerta de la calle. El terror se apoderó de todo mi ser en menos de lo que se puede tardar en pestañear. Pero a pesar de tener el miedo recorriendo todos mis huesos, me levanté con total decisión para ir en busca de aquella

cosa. Al llegar hasta la puerta de la entrada, que es donde pude ver que se escondía aquella especie de energía, me quedé parado, pensando durante unos segundos si estaba preparado o no para mirar. Cuando por fin me armé del valor suficiente, miré rápidamente detrás de la puerta, y afortunadamente para mí allí no había absolutamente nada. Dejé la luz encendida y después de apagar la televisión empecé a correr lo más rápido que pude hasta llegar a mi cama. No recuerdo cuanto tiempo tardé en dormirme esa noche, pero me pasé al menos un par de horas analizándolo todo, en busca de alguna explicación que me hiciera entender lo que acababa de presenciar. ¡Otra vez más!, ¡no podía ser! Pensaba que ya lo había dejado atrás y que nunca más volvería a sentir todo ese miedo y toda la angustia que había padecido en la anterior casa.

Poco tiempo después de este primer encuentro, una mañana bien temprano, en la que nos encontrábamos casi todos en la cocina desayunando, empezamos a escuchar unos gritos y llantos que provenían de la calle. Hacia un par de días que se había producido un ajuste de cuentas entre dos clanes rivales, con el fatídico resultado de la muerte de uno de los implicados. Por lo que pude saber poco más tarde, se trataba de uno de los hijos más pequeños de una de las familias que se dedicaban entre otras muchas cosas al narcotráfico.

Como era costumbre entre ellos velaban al muerto en su casa, mientras el resto de los familiares, que habían venido de todas partes del país, hacían guardia en la puerta de la calle calentándose al abrigo de una hoguera, que avivaban mientras conversaban durante toda esa noche. Al día siguiente y para cumplir con la tradición, recorrían las calles del barrio con el ataúd en los hombros, seguidos de una gran columna de familiares y amigos, para finalmente llegar hasta el vehículo que lo llevaría más tarde al lugar de su eterno descanso.

La verdad que solo con esa escena se te ponían los bellos de punta, y aún más siendo solo un niño. Pero lo que verdaderamente nos llenó de espanto sería lo que pasó a continuación. En el mismo momento en el que pasaba el difunto por delante de mi casa, en ese mismo instante en el que se escuchaba fuertemente el dolor y los gritos desgarradores de las mujeres llorando, las luces de toda la casa empezaron a encenderse y apagarse solas, de una manera tan rápida, que simulaban el efecto intermitente de las luces de una discoteca. A pesar de este extraño suceso, la mayor parte de nosotros nos dirigimos corriendo entre empujones hacia las ventanas, para así poder ver como portaban el féretro. Era un triste acontecimiento que ya habíamos presenciado varias veces anteriormente, pero que por alguna extraña razón, siendo algo tan aterrador, no podíamos dejar de volver a contemplar. Poco después las luces dejaron de parpadear, al mismo tiempo que perdimos de vista aquella tétrica escena.

A mi modo de entender lo que sucedió, era como si algo o alguien del otro lado nos mostrara: o bien respeto hacia el fallecido, o como una especie de impotencia mezclada con el dolor que le producía aquella muerte. Y esta era su forma de hacérselo saber.

¿Crees que existe alguna razón para que esas luces pudieran encenderse y apagarse solas? ¿Crees que esto puede tener algún tipo de explicación lógica? Yo no.

Algún tiempo después, a través de uno de los corrientes chismorreos que suelen circular de boca en boca entre vecinos, nos enteramos, que la familia que anteriormente ocupaba la que ahora era nuestra vivienda, era familia muy cercana de aquel joven que había sido tristemente ajusticiado. Lo que nunca pudimos llegar a saber, por más que lo intentamos, es si en aquella casa habría muerto alguno de sus miembros. Aunque todo parecía indicar que un suceso de extrema gravedad tenía que haberse producido en aquel lugar, dejando allí de una forma constante y notable una gran cantidad de esa clase de malas energías que yo puedo percibir.

Sombras y luego luces que se encendían solas. En un espacio muy corto de tiempo había sido

testigo de dos casos más de los clasificados como para-normales. Y estos no serían los únicos, ya que tuve que vivir allí los siguientes ocho años de mi vida. Ocho años tan intensos como amargos, en los que la armonía de la familia se había visto seriamente alterada. La energía negativa que la vivienda emanaba nos había impregnado por completo a todos nosotros. Las peleas y las discusiones eran tan frecuentes como inevitables. Aquella irritabilidad palpable fluía cada día en el ambiente. No había juego alguno que no terminase en una pelea. Mis hermanos y yo gritábamos por y para todo, mientras que nuestros padres nos reprendían de la misma manera. Un comportamiento despreciable que a mi modo de ver solo se le podía atribuir a la mala influencia que ejercía sobre nosotros aquella casa.

Para terminar esta parte en la que podría seguir contando numerosos extraños sucesos más, voy a hablar de uno que para mí fue el más significativo de los que allí ocurrieron, formando una parte muy importante de mis recuerdos, que junto con los anteriormente citados, me animan a seguir teniendo la total seguridad de que convivimos con seres que por alguna razón quieren y pueden dejarse ver, y que es tan cierto como el sol que sale cada día, que hay una vida después de esta vida.

Cuando era pequeño le tenía tanto miedo a la noche que siempre era de noche. Los días pasaban con la rapidez más absoluta, mientras que las noches llegaban enseguida y parecían nunca acabar. El mejor momento para mí sería, aun a día de hoy lo sigue siendo, cuando por fin empezaba a amanecer. Miraba hacia la ventana y poco a poco aparecían los primeros rayos del sol, al mismo tiempo que empezaban a cantar toda clase de pajarillos, y entonces mi cuerpo sentía la calma más placentera que alguien pueda sentir. Inmediatamente caía en un sueño profundo, que desgraciadamente no duraba mucho tiempo, ya que siempre lo interrumpía la voz de mi madre con ese brusco zarandeo que me propinaba al intentar despertarme para ir al colegio.

Una de esas largas noches, recuerdo que dormía con mi hermano mayor en una mini habitación que había construido mi padre, que era albañil de profesión. Mediante un tabique de ladrillo había dividido la mitad de la cocina, que era bastante grande, dándole así un dormitorio más a la casa. Aquella casa de escasos setenta metros cuadrados, aunque tenía tres dormitorios, tan solo uno de ellos era doble y por aquel entonces ya éramos nueve en la familia.

Al ser tantos hermanos y casi todos varones, teníamos que dormir en unas estrechas literas que ocupaban mucho menos espacio que las tradicionales camas de noventa. Yo siempre solía dormir en la cama de arriba, porque disfrutaba mucho de la soledad de las alturas y esa falsa sensación de seguridad. Además, al estar mirando hacia arriba, pudiendo ver todo el techo del cuarto, me hacía creer tener mucho más espacio de lo que en realidad tenía. Pero aquella noche y durante las siguientes cuarenta noches más, que fue el tiempo que duró mi recuperación de una fractura de tibia y peroné que sufrí en la pierna derecha, después de caer al suelo desde casi tres metros de altura intentando saltar de un árbol a otro al más puro estilo del rey de los monos, tendría que dormir obligadamente en la cama de abajo. Como todas las noches, tenía como siempre mi antigua y vieja radio encendida pegada en la oreja, para poder escuchar cualquier programa de música que pudiese estar emitiéndose a esas altas horas de la madrugada. De pronto, sin ningún tipo de explicación, la radio dejó de sonar tan limpia y claramente, para empezar a salir de ella ruidos muy extraños e igual de similares a las voces y susurros que escuchaba en la anterior casa, que tanto miedo y angustia me producían. Aquel inesperado sobresalto me hizo incorporarme rápidamente para sacar con mis brazos el aparato de radio hacia fuera de la cama, en busca de captar algo de la poca luz que se filtraba entre las cortinas y que provenía de una pequeña farola de la calle que había justo debajo de la ventana de mi dormitorio. Mi vieja radio tenía el típico

plástico en la zona donde se encuentran los números para sintonizar los canales, y yo buscaba desesperadamente y muy asustado devolverla a cualquier canal que me librara de seguir escuchando aquellos ruidos tan aterradores. Sin saber muy bien cómo pudo pasar, el botón que giraba para cambiar de frecuencia se había girado por completo, hasta llegar al final de la banda de búsqueda. Entonces, al encontrar una pequeña visión de los números y mientras movía la ruleta para resintonizarla, quedé totalmente petrificado al ver reflejado en el viejo y gastado plástico del aparato, que actuó a modo de espejo durante unos largos e intensos segundos, el perverso rostro de un hombre que me miraba fijamente. Lo tenía justo detrás de mi espalda, no me atrevía a volverme para mirarle, y aquello, que vio que yo pude verle también, en vez de desaparecer continuó mirándome desafiantemente. Sus ojos conectaron con los míos de una manera instantánea, a pesar de la escasa luz que había en la habitación. Aunque me encontraba casi totalmente a oscuras, por alguna extraña razón pude verle con bastante más claridad de la que podía ver cualquiera de los otros objetos que se encontraban a mí alrededor. Era un hombre de mediana edad, aproximadamente tendría unos treinta y pico años, (o al menos es lo que a mí me parecía) tenía el pelo muy oscuro, muy rizado, medio largo y una barba tan poblada como descuidada. Su cara no me gustaba lo más mínimo. Podía ver en él y en esa mirada a un ser malvado; un tipo de esos que termina tristemente haciéndose famoso por ser el protagonista de numerosos asesinatos. Tenía la mirada que suelen tener esa clase de hombres que les gusta hacer daño sin razón alguna y gratuitamente a cualquier persona con la que se crucen en su camino, y que al contrario de lo que es normal, en vez de estar arrepentidos se enorgullecen de ello. Después de observarlo fijamente durante unos segundos, metí todo mi cuerpo debajo de las sabanas, agarrándolas con ambas manos con mucha fuerza, intentando evitar que aquel ser pudiese destaparme, al mismo tiempo que repetía una y otra vez interiormente en mi cabeza un padre nuestro, como si de un mantra se tratara.

La verdad es que ahora que lo pienso aquellas finas sabanas poco podían hacer por mí. Si este tenebroso espíritu hubiese querido volver a verme la cara, no creo que nada ni nadie lo hubiera podido evitar. Pero aquella manera de defensa que adopté instintivamente me hizo sentir una gran seguridad, comparable a la del abrigo de las robustas e impenetrables paredes de uno de esos refugios antinucleares. Tanto es así que pasé toda la noche sin moverme, y al día siguiente desperté exactamente en la misma posición, en la que después de una intensa lucha con el miedo acabé sucumbiendo, para finalmente rendir mis parpados y todo mi cuerpo a los dulces brazos de Morfeo.

Esa noche fue la única vez que le pude ver. Durante los siguientes años que estuve allí, a pesar de escuchar toda clase de sonidos y golpes de lo más extraños e inexplicables, nunca más volví a ver algo parecido a lo de aquella madrugada. Algunos de mis hermanos más pequeños, que vivieron mucho más tiempo en aquel piso, han coincidido en lo mismo que yo. Y cuando al reunirnos en comidas familiares sale el tema, suelen contar historias de cómo en repetidas ocasiones habían podido sentir un brusco zarandeo mientras estaban sentados en el sofá viendo una película. También me llegaron a decir, que muchas madrugadas se despertaban entre medio de fuertes golpes que provenían de la cocina, y que al levantarse para comprobar que pasaba, se encontraban con algunas puertas de los armarios abiertas y partes de la vajilla tiradas por el suelo. Ninguno de ellos afirma haber visto nunca aquella malvada cara. Aunque para mi sorpresa, casi todos fueron testigos de numerosos sucesos extraños. Pero todas estas cosas que ellos vivieron y que ahora me han contado, yo no puedo asegurar que así sucedieran, ya que no pude presenciarlas por mí mismo. Y a pesar de que tenga la certeza absoluta de que son totalmente

verídicas, no podría contemplar como sucesos para-normales, al no haber investigado y descartado toda posibilidad lógica.

Una experiencia en altura

Desde muy pequeño el sueño que más se repetía en mi cabeza era poder llegar a ser algún día soldado. Contaba los días que faltaban para poder empezar a hacer carrera militar. Tenía todas las paredes de alrededor de mi cama llena de fotos y recortes de prensa de la terrible guerra que por aquel año enfrentó, a una coalición de más de treinta países liderados por Estados Unidos, en respuesta a la repentina invasión de Kuwait por parte de las tropas iraquíes, contra la “peligrosa” Irak. No me perdía ni una sola noticia y coleccionaba todos los recortes de periódicos que informaban a diario sobre los acontecimientos de la denominada Operación Tormenta del Desierto.

Con apenas cumplidos catorce años, que es esa edad tan difícil de la adolescencia en la que creemos saberlo todo y ser la persona más fuerte del mundo, empecé a escribir un gran número de cartas pidiendo información a los distintos cuerpos de grupos especiales que por aquel entonces había; a la antigua G.O.E, que era el grupo de operaciones especiales del ejército; a un cuartel de la Legión que conocía a través de mi hermano mayor, ya que este se encontraba realizando el servicio militar obligatorio en una de sus dos compañías, y a unos cuantos cuarteles más de Infantería de Marina.

Ninguno de ellos me contestó. Pero un buen día, cuando ya me había hecho a la idea de que los ruegos de mis cartas no habían servido de nada, llegó a casa un cartero con un paquete a mi nombre, que para mi sorpresa, contenía un enorme póster de un soldado francotirador acostado entre unos arbustos perfectamente camuflado, acompañado de una carta escrita y firmada a mano por un alto mando del ejército de tierra. En este escrito me agradecía el interés demostrado por servir a mi país, al mismo tiempo que me invitaba a seguir con esa misma ilusión durante al menos dos años más y hasta cumplir los dieciséis años, que era la edad mínima en aquel entonces para poder presentarme voluntario en el servicio militar.

Durante esos dos largos años, yo calmaba mis ansias militares vistiéndome con algunas de las ropas de campaña que mi hermano me regalaba cada vez que venía de permiso, para así formar junto con otros amigos tan fanáticos como yo, una especie de “comando”, y poder simular las maniobras militares que realizábamos entre las montañas y barrancos de los alrededores de un pantano que no quedaba muy lejos de nuestras casas. Vestíamos con el típico pantalón de camuflaje, y nos los sujetábamos con esos prácticos cinturones militares color verde, que además nos permitía portar en la cintura una cantimplora de agua y un gran machete comprado en el “todo a cien”, que tardaba bien poco en desprenderse de su empuñadura color negra hecha de plástico barato, y que además del “afilado” filo de la hoja, tenía en la parte superior una serie de muescas que formaban una sierra, con la que no se podía ni cortar un blandísimo taco de mantequilla, pero que te hacía creer que eras más peligroso que el mismísimo Rambo. También llevábamos puestas las propias botas negras militares de piel, por las que metíamos los camales del pantalón al más puro estilo de los hombres de Harrison. En la parte de arriba nos poníamos la tan famosa y distinguible camiseta verde con el aguilucho, y para protegernos del sol en la cabeza el característico chambergo de las tropas de asalto.

Subíamos por pendientes muy peligrosas cruzando todo tipo de puentes medio derruidos. Atravesábamos antiguos túneles que hoy en día están protegidos por ser la herencia viva de la indeseable Guerra Civil Española. Patrullábamos abriéndonos paso a machetazos entre la

vegetación que se entrelazaba de un extremo al otro del río, y que en algunos puntos era especialmente densa, mientras que al mismo tiempo luchábamos por hacer pie en algunas de las zonas en las que nos cubría el agua casi por completo. Parecíamos ser la típica patrulla de asalto en medio de una operación especial. Creíamos ser unos auténticos soldados.

Pero toda esta ilusión se vio truncada poco antes de cumplir los dieciséis años. Apenas unos meses antes hubo un nuevo cambio de ley en el que se aumentaba la edad mínima para acceder al ejército a los dieciocho años. Una amarga noticia que me llegó cuando casi acariciaba el sueño más preciado de mi vida. ¡No podía ser!, una vez más el destino se reía de mí. No te puedes hacer una idea de lo lento que pasaron todos esos días que estuve ansiosamente esperando hasta cumplir los dieciocho años.

Después de malgastar otros dos años más de mi vida, (eso es lo que yo pensaba), haciendo toda clase de “trabajos basura,” pero manteniéndome firmemente con la misma ilusión que siempre había tenido de alcanzar mi objetivo, por fin llegó el momento que tanto había esperado. En el mismo día del mes de mayo, que es cuando yo cumplía la mayoría de edad, me fui corriendo y sin perder ni un solo segundo más a las oficinas de un cuartel que se encontraba a solo unos kilómetros de mi casa, en busca de rellenar la solicitud para poder por fin inscribirme en el servicio militar voluntario.

No sé si fue por el ansia y la excitación que tenía o que es lo que pudo pasar, pero al final, después de rellenar y mandar los papeles a su correspondiente lugar de destino, al cabo de unas semanas recibí una carta acompañada de un billete de tren, en la que formalmente se me comunicaba que en ocho meses debía incorporarme a una Comandancia de Marina de una ciudad del sur de España. ¡Marinero no, por dios!

Yo había pedido ir a cualquiera de los grupos especiales de tierra que existían, no me importaba el destino por muy lejos que estuviera, pero al rellenar los papeles con tanta urgencia elegí el primer remplazo disponible, y este no era otro que en La Armada. Odiaba todo lo relacionado con un barco y no me gustaba ni lo más mínimo esos uniformes tan blancos. Tampoco me gustaba mucho el mar, en el que no era capaz de meterme ni en verano. Yo quería pegar barrigazos y hacer maniobras de guerra terrestre, pero al final acabé muy desilusionado limpiando y sacándole brillo a plata de los marcos de los cuadros y al coche oficial de un comandante de la marina.

Aquella decepción tan grande me devolvió a la realidad, abriéndome bien los ojos para quitarme de un guantazo y por completo las ganas que tenía de seguir haciendo carrera en el ejército. En los nueve meses de la mili tan aburrida que tuve, solo viví uno de esos fenómenos extraños. Aunque este fue tan increíble, que a día de hoy no tengo ni idea de su significado ni el porqué de lo que aquella noche sucedió.

No era muy tarde, serían menos de las diez de la noche cuando decidí acostarme a dormir, después de haber cenado algo. Allí la verdad no había mucho que hacer y los días eran interminables, por lo que teníamos demasiado tiempo para pensar en toda clase de fechorías. Pero esa noche me encontraba especialmente cansado, e inmediatamente al terminar de cenar me fui hacia mi rancho, (así se les llamaba a las habitaciones) y me subí a la litera. Había tres compañeros más sobre una cama jugando una partida de cartas, que nada más verme me invitaron a unirme a ellos, pero me sentía tan mal que les dije que prefería dormir. Al poco tiempo, alguien entró en la habitación para avisar que en el rancho de al lado iban a empezar a celebrar con alcohol y cigarros el cumpleaños de un abuelo (así es como se les llamaba a los veteranos que estaban a punto de licenciarse) entonces todos se fueron y me dejaron allí a oscuras, después de

apagar las luces.

Lo siguiente que recuerdo es que me desperté en medio de una fuerte luz blanca, tan brillante como cegadora, y que al mirar a mí alrededor todas las literas estaban ocupadas por mis compañeros, que dormían profundamente. Podía escuchar fuertemente, como si provinieran de un gran altavoz, los latidos acelerados de mi corazón, a la vez que oía entremezclado un pitido muy molesto, parecido a los que se suelen escuchar tras salir de estar unas cuantas horas en cualquier discoteca. Entonces empecé a elevarme hasta alcanzar casi a tocar el techo (los techos de los ranchos en los cuarteles militares suelen ser realmente altos) Era como si de alguna manera mi cuerpo estuviese flotando en el aire. Luego, el miedo se apodero de mí, cuando al mirar desde allí arriba hacia mis compañeros, intentando gritar para poder despertarles y que me ayudaran, se me ocurrió mirar hacia donde estaba mi cama. ¡Allí estaba yo!, ¡no podía ser!, ¡estaba mi cuerpo tumbado boca arriba y podía verme desde lo alto! Pero esa luz tan brillante que veía me atraía de la misma forma que atrae un potente imán a un gran trozo de hierro. Me deslizaba poco a poco flotando por alrededor de la estancia, a pesar de que luchaba con todas mis fuerzas por volver hacia mi cama. Me resistía a seguir avanzando hacia esa luz, haciendo toda clase de gestos inútilmente con todas mis extremidades para intentar regresar a mi cuerpo. Estaba desesperado, no sabía qué hacer, estaba seguro de que no era un sueño, quería gritar y no podía emitir sonido alguno. Lo siguiente que recuerdo es que me puse a rezar una y otra vez como hacia siempre que tenía miedo. Repetí en mi mente un padre nuestro tras otro, hasta que decidí hablar con aquella luz que yo entendía que debía de ser el mismo Dios. Le hablé como a día de hoy lo sigo haciendo, con esa naturalidad y confianza que se tiene hacia cualquier ser querido, con toda la sencillez y el cariño que se le puede tener a un padre. Le dije, en lo que yo creía que era el camino hacia la otra vida, que no podía ser, que no me podía ir así, que quería vivir, que me ayudase a volver a mi cuerpo. Casi instantáneamente, sin saber por qué, comencé el regreso lentamente hacia mi cama, hasta volver a reposar dentro de mí. Pude sentir lo que era unir mi energía interior con la carne y los huesos; una rara sensación que hoy en día no encuentro palabras para describir exactamente. Me incorporé muy asustado mientras lloraba y pude ver que aquella luz iba disminuyendo su tamaño muy lentamente, de la misma forma que se apaga poco a poco la bombilla de una linterna tras quedarse sin batería y hasta llegar a desaparecer totalmente. Seguidamente me invadió por completo un sentimiento muy fuerte de paz que me acompañó durante las siguientes dos o tres horas, en las que no volví a pegar ojo hasta que aparecieron las primeras luces de la mañana. La calma y la serenidad recorrían todo mi ser al mismo tiempo que intentaba digerir todo lo que me había pasado. Quedé tan extremadamente exhausto que no pude levantarme de la cama en los siguientes dos días. Me encontraba muy cansado, me sentía muy enfermo y ni el médico del cuartel, que vino a verme enseguida, supo decirme que es lo que me pasaba.

Ni yo mismo podía creer lo que me había sucedido. Desde muy pequeñito había sufrido toda clase de encuentros de lo más inexplicables, pero aquello era mucho más complicado de entender. Imposible de contar a nadie sin que te trataran como a un loco. Una experiencia tremendamente irracional a la altura de una de esas grandes películas de ciencia ficción. Es por esto que nunca me he atrevido a decir a nadie nada sobre aquel único e increíble suceso que pude experimentar durante todo el periodo del servicio militar. Así es que ahora no tengo ni la menor idea de cómo reaccionarán las personas de mí alrededor, si es que son capaces de llegar hasta estas páginas del libro para conocer esta increíble experiencia.

Después de cumplir los treinta años y empezar a sentir toda clase de inquietudes, comencé a leer una serie de libros que me hicieron emprender el camino hacia la persona en la que hoy me he

convertido. Decidí de una vez por todas dejar atrás a ese muchacho intrépido, chulesco y arrogante en el que me había escondido a modo de protección durante todos estos años. Fue entonces cuando descubrí aquel libro que me haría por fin entender parte de lo que me había sucedido entre mi infancia y la adolescencia. Ese libro al que me he referido al principio de estas páginas, pero del que no voy a dar su nombre por no tener conocimiento de si puedo o no hacerlo, y de carecer por falta de recursos el poder solicitar el permiso del autor. De esta manera pude saber que yo no era el único bicho raro al que le pasaban estos fenómenos tan singulares. Que había muchísimas más personas como yo, que al contrario de mí, podían hablar con total naturalidad y desde mi punto de vista con una grandísima valentía, de todos esos sucesos tan extraordinarios que en sus propias carnes habrían experimentado.

Hoy, afortunadamente, soy uno de ellos.

Buscando piso... sin muerto

Encontrar un piso para vivir puede ser algo de lo más difícil del mundo. Además de tener en cuenta el estado en el que se encuentra y los años que pueda tener, hay factores igual de importantes y tan determinantes como: su precio, la situación, la distribución, los vecinos, si hay o no ascensor, y una larga lista más de ventajas e inconvenientes. En mi caso, además de todo esto, necesito comprobar con total exactitud que la casa se encuentre limpia de cualquier tipo de energía negativa. Estoy seguro que a muchos de vosotros os parecerá algo de lo más ridículo preguntar, si en la casa que queréis comprar o en la que queréis vivir, ha llegado a morir alguna persona. Para mí no, y sabiendo todo lo que hoy sé, esta es la primera pregunta que suelo hacer antes incluso de negociar el precio. ¿Para qué voy a perder el tiempo en otras cosas sin antes estar totalmente seguro de que me encuentro en un hogar limpio de mal alguno, que rebosa de la paz y armonía que yo necesito?

Siempre he pensado que debería de haber una ley (no estoy al corriente si la hay o no) que obligara a los vendedores a informar de toda clase de sucesos que hayan podido ocurrir en sus viviendas. Porque, ¿Compraría una casa a mitad de precio en la que hubiese habido un homicidio? Yo ni loco, pero sé que hay gente a la que esto no le importa lo más mínimo, y que además hay un gran número de especuladores que se dedican a comprar para alquilar o revender, pasándoles el muerto después a otros, nunca mejor dicho. Esto debería estar severamente castigado por la ley.

Aunque también es verdad que frecuentemente se suele vivir donde han podido fallecer otras personas anteriormente, y que se puede hacerlo con la más total y absoluta tranquilidad del mundo. Todo esto depende también en gran parte como sea uno de sensible, o la importancia que le dé o no a lo que pueda percibir en el lugar.

Si finalmente nos encontramos sin quererlo ante una situación tan complicada como esta, la mejor manera de combatir e invertir una mala energía, a mi modo de entender los consejos que he ido recogiendo de diversas fuentes durante todos estos años, sería: lo primero y lo más importante, no prestar atención a ninguna clase de manifiesto; las malas energías se harán tan grandes y poderosas como nosotros mismos les permitamos. Hay que recordar que su combustible es nuestro miedo y que al ser este uno de sus principales alimentos, cuanto más miedo sentimos más grandes se harán y más poder tendrán para seguir perturbando nuestros hogares. Para empezar a combatir las hay que llenar nuestras casas con toda la positividad del mundo posible, pintando las paredes con colores muy alegres y con mucha luz. También es aconsejable limpiar y ordenar cada día todas las estancias de nuestras viviendas (a las energías malas les encanta lo que está sucio, oscuro y desordenado). Un vocabulario amable y educado es perfecto para alejar todo lo malo de nosotros (las palabrotas, gritos y peleas son la atracción y el otro alimento de las sombras). También es muy importante subir cada mañana las persianas y abrir todas las ventanas de la casa para que pueda reciclarse bien el ambiente (para que entre la alegría del señor, como decía mi abuela). Además, como bien se menciona en muchos escritos budistas, las esquinas de nuestros hogares pueden acumular grandes cantidades de energía negativa, por lo que recomiendan que, tanto al comprar una casa usada como cualquier otro lugar donde tengamos que vivir durante algún tiempo, echar en cada uno de sus rincones un puñado de sal gorda y dejarla allí durante unos días (esto se debe hacer nada más entrar en el nuevo hogar, tal y como lo hayan dejado los

antiguos propietarios, y por supuesto, antes de limpiar nada). Luego, una vez transcurridos tres o cuatro días, ya puedes limpiar la sal para seguidamente hacer sonar una campana y dar palmadas por cada uno de los rincones. Es recomendable mantener esta rutina cada cierto tiempo, pues según sus creencias, repetir este ritual ayuda a impedir que se vuelva a acumular otra vez cualquier tipo de energía negativa. Quemar incienso, a la vez que escuchamos alguno de los numerosos mantras tibetanos que podemos encontrar fácilmente en internet, es otra buena manera de atraer la felicidad a nuestros hogares. También nos puede servir cualquier tipo de música relajante tipo Tao, o cualquiera de las melodías relajantes que te hagan sentir la armonía que existe entre tu cuerpo y el universo. Existen varias clases de incienso: para el bienestar físico y espiritual; para quitar toda clase de maleficios o mal de ojo; para atraer la buena fortuna; para gozar de buena salud en general y otros tantos beneficios más, que de acuerdo con los componentes del aroma que desprenden, influye tanto en el cuerpo como en la mente de una manera altamente positiva. Sobre el incienso es sabido que el material que lo compone proviene de numerosas plantas con propiedades altamente curativas. Algunos de los que yo uso frecuentemente son: El incienso de romero; que se utiliza para atraer el dinero y la buena suerte, además de destruir toda clase de maleficios, el almizcle; que magnetiza las estancias de forma positiva, el incienso de mirra; está indicado para combatir todo mal, brujerías, mal de ojo, y especialmente el incienso de Benjuí; símbolo de la pureza que se emplea tradicionalmente para alejar espíritus malignos y limpiar cualquier clase de malvadas energías.

Continuando con estas peculiares historias de mi vida y después de llevarme una gran decepción, tras descubrir que lo que había creído durante todos estos años que podía ser la mejor forma para ganarme la vida, en realidad era la rutina más aburrida que un hombre podía tener, decidí regresar a mi casa. Tan solo tuve que hacer nueve meses de “mili”, ya que mi reemplazo fue el penúltimo antes de que desapareciera el servicio militar, y el primero en acortar en tres meses menos la duración del compromiso. Al volver otra vez a la prohibitiva casa de mis padres, después de haberme sentido durante todos estos meses tan libre como el mismísimo viento, con una autonomía y una total decisión sobre mi persona, no terminaba de encontrarme a gusto bajo una serie de normas, que como es lógico ellos me imponían. Y como yo ya me sentía bien preparado para emprender el vuelo definitivo hacia la peligrosa realidad de esta impredecible vida, empecé a buscar un lugar donde poder vivir acatando únicamente mis propias normas.

El asunto no era tan fácil como yo suponía. Pero por suerte, al final, después de tanto buscar y buscar, encontré en un periódico local un alquiler que en principio encajaba a la perfección con lo que yo estaba buscando. Enseguida llamé para concertar una visita a la vivienda y al instante me atendió una señora mayor muy amablemente, con la que quedé citado justo al día siguiente. Al llegar a la cita, casi media hora antes de lo acordado, porque entonces era y sigo siendo un desesperado, que cuando me propongo conseguir algo lo quiero para antes de ayer, tras presentarme a la casera sin dejarla hablar y al mismo tiempo en que esta se acercaba hasta mí, pude comprobar muy de pasada el buen estado en el que se encontraba la entrada de la portería y la escalera. Seguidamente subimos hasta la segunda planta, que era donde estaba situado el piso que íbamos a visitar. Me encontraba totalmente emocionado, pues tanto el precio de aquella vivienda que estaba ubicada en una de las zonas de la ciudad en la que siempre había deseado vivir, como todo lo que hasta ahora por el momento estaba viendo, me hacía pensar que tenía delante de mí una gran oportunidad que no podía dejar escapar. Algo tan realmente bueno como toda esa clase de cosas a las que llamamos vulgarmente un auténtico “chollazo”. Pero este excesivo entusiasmo acabaría por completo en tan solo unos segundos. La señora abrió la puerta

del piso, y nada más poner mis pies sobre la primera losa del suelo de la entrada, mi estómago comenzó a revolverse de una manera comparable a la de un calcetín dando tumbos dentro del tambor de una lavadora, al mismo tiempo que me sentía tremendamente mareado. ¿Qué es lo que me podía pasar?

La casa estaba recientemente reformada. El olor a pintura mezclado con el reconocible olor a pino que desprendía la madera de las puertas nuevas se podía percibir incluso mucho antes de entrar en ella. Pero la experiencia de haber sentido aquella inconfundible y desagradable sensación durante todos estos años me hizo ponerme inmediatamente en alerta, activando instintivamente el modo búsqueda y todos esos otros sentidos que tenía el joven cazafantasmas que había crecido en mí. A pesar de ese angustioso malestar que corría libremente por cada célula de mi cuerpo, intenté mostrarme de una forma natural, forzando la mejor de mis sonrisas, para poder disimular mientras la simpática anciana me conducía por cada una de las estancias, enseñándome orgullosamente una por una todas las mejoras que había realizado en la vivienda. No era un piso muy grande, tenía solo dos dormitorios y una pequeña cocina abierta justo enfrente del salón. Cuando entramos en el último dormitorio, que era el principal, sentí una extraña sensación muy parecida a la que noté al principio nada más entrar en la casa, pero esta vez con tanta intensidad, que me hizo ir directamente buscando no sé el qué, hasta el baño que había en la habitación. Una vez dentro, tras cerrar tan solo unos segundos mis ojos para poder percibir mucho mejor aquella intensa energía, que yo entendía que quería decirme algo, pude ver en lo que fue el flash de una rapidísima visión, aquello que desafortunadamente había acontecido allí: La figura de un pobre anciano yacía en el suelo con los pantalones medio bajados a la altura de las rodillas, en medio de un gran charco de sangre que se encontraba en un avanzado estado de coagulación, debido al tiempo que habría transcurrido entre aquel fatal accidente y la llegada de los servicios sanitarios de urgencias. Casi sin pensarlo le formulé una primera e incómoda pregunta, que más tarde se convertiría en una pregunta obligada en cada una de las siguientes visitas a las distintas viviendas que visitaría.

Le dije educadamente que por favor no se ofendiera, pero necesitaba saber, corroborar, si allí mismo en ese cuarto de baño había ocurrido alguna muerte. Me respondió rápidamente a la vez que me afirmaba con el movimiento de su cabeza que sí. Seguidamente, para mi sorpresa y al contrario de lo que yo me esperaba, con la más absoluta naturalidad del mundo continuó diciéndome, que efectivamente en ese mismo baño su marido había sufrido una fatal caída, mientras ella se encontraba fuera de casa haciendo unas compras obligadas, con tan mala suerte que al caer y golpearse fuertemente la cabeza contra el bidé murió en el mismo acto.

Nos pasamos hablando un rato más sobre todo aquello, mientras yo insistentemente intentaba animarla de lo que para mí podía ser la más terrible de las desgracias que alguien de su edad podía sufrir. Pero finalmente terminé por entender que era algo que ella tenía ya más que asimilado, y que había superado a pesar del corto espacio de tiempo que había transcurrido desde la gran pérdida. Estaba muy sorprendida, y no dejaba de preguntarme cómo podía yo haber sabido de aquel trágico suceso. Frente a tanta insistencia y a pesar de que por aquel entonces, seguramente por la edad que yo tenía, me costaba muchísimo hablar sobre todas esas increíbles experiencias, le conté que por alguna extraña razón al entrar en su casa me sentí fatal, y que a medida que me acercaba a esa última habitación empecé a sentirme muchísimo peor. Que el resto era pura intuición.

Al final, después de seguir conversando un rato más con ella, en el que me relató unas cuantas historias que conocía sobre algunos extraños sucesos, me acompañó hasta la puerta y me preguntó

muy sonriente y para mi sorpresa, si quería finalmente que me hiciera el contrato de alquiler. Salió de mí una espontánea y sonora carcajada al mismo tiempo que con la cabeza le indicaba que no. Me dijo que era una lástima que no me quedara. Que a diferencia de la anterior visita, que era una pareja de esas que visten con ropas de negro cuero, que combinan obligadamente con los tonos verdes de los tatuajes que decoran cada trozo de su piel, (gente de lo más extraña para ella) yo le había causado una grata impresión y le parecía una buena persona, y que si en los siguientes días lo pensaba más detenidamente y cambiaba de opinión, la llamara lo antes posible.

Como puedes ver, hay personas que no le dan la más mínima importancia a algo tan relevante para mí, como puede ser que alguien muera en la casa donde uno quiere pasar una gran parte de su vida. Y no es que yo pueda siempre percibir toda clase de espíritus o que me afecten todo tipo de muertes, eso no siempre es así. En algunas ocasiones me he quedado a dormir en casa de un amigo aun sabiendo que un familiar suyo había muerto en ella, y he podido dormir igual que un oso polar cuando se encuentra hibernando; tan plácidamente y sin llegar a sentir nada de nada.

Así que es muy posible que en todo esto pueda influir considerablemente la causa de la muerte. Y que no tenga la misma repercusión en mí, si el difunto exhaló por última vez de una manera dulce e indolora, como si por el contrario le llegó su final tras una larga enfermedad muy dolorosa y con mucho sufrimiento, pudiendo llegar a absorberse en el lugar de la muerte todo el dolor y esa energía tan negativa, que más tarde se libera en repetidas ocasiones de forma realmente dañina. De esta manera, muchas veces en las que me he encontrado con algún caso como los descritos anteriormente, he podido llegar a sentirlo todo en mi propia carne, de una forma tan desagradable como intensa.

Después de este primer intento fallido de conseguir independizarme, y continuando con la intensa búsqueda de ese ansiado lugar donde poder empezar a vivir mi propia vida, a través de un amigo mío que por aquellos años estaba trabajando en una gran inmobiliaria de la ciudad, concerté una segunda cita para ver un pequeño apartamento, o mejor dicho un estudio, que estaba muy cerquita de mi casa, pero lo suficientemente lejos de la dañina imagen que aquel barrio marginal le producía a mis ojos. Aunque el precio de aquel alquiler, si finalmente terminaba por quedármelo, me suponía casi una tercera parte de los ingresos que por aquellos años yo percibía, estaba tan decidido a salir de allí, que no me importaba tener que pagar todo mi sueldo para poder independizarme, incluso arriesgándome a que no me quedara prácticamente nada para comer.

El estudio que íbamos a ver se encontraba situado en un edificio de siete plantas de reciente construcción, en una zona rodeada de todos los servicios que se podía necesitar, y lo mejor de todo, tenía unas magníficas vistas despejadas que te permitían tener al alcance de tus ojos una extraordinaria y privilegiada vista de toda la ciudad. Todo parecía perfecto excepto el precio tan elevado que tenía... Aunque este no sería el motivo por el que nunca llegaría a mudarme a vivir allí.

Después de tomar un café muy cerca del estudio que íbamos a visitar con mi gran amigo, del que llevaba algunos meses sin apenas saber nada, al mismo tiempo que le ponía al día de lo que había sido mi "aventura" en el ejército, nos dirigimos hacia el punto de encuentro con el propietario. Teníamos ya pactada una estrategia de negociación entre nosotros, que me permitiría poder conseguir un precio más asequible de la vivienda y hacer frente a los pagos de una manera un poco más holgada, por lo que mi nivel de entusiasmo aumentaba con cada escalón que subía y que me acercaba a la que creía que iba a ser mi futura casa. Tenía que subir cuatro pisos por la escalera, que a esa edad no costaban mucho de subir, y que a pesar de que aquel edificio tenía ascensor, me vería obligado a hacer cada día una y otra vez si finalmente llegábamos a

entendernos, por culpa de la maldita claustrofobia que padezco. Soy tan claustrofóbico que tengo dicho a todos mis familiares que cuando me muera me den sepultura en un ataúd, pero sin poner encima la tapa, por si acaso.

Cuando llegué al rellano de la última planta allí estaban los dos mirándome, entre las risas que les producía el verme subir un poco fatigado por aquellas escaleras, cuando podía hacerlo cómodamente en ese nuevo y lujoso ascensor. Hay algunos hombres que esto de las fobias no lo pueden entender muy bien, y el propietario, que era un anciano de esos que han trabajado toda su vida en una huerta, con una notable apariencia de ser más bruto que un arado, era uno de ellos. Al abrir la puerta de la entrada al piso, un fuerte olor a rancio, como de podredumbre, imposible de respirar sin que te produjera arcadas, se metió en mi nariz y mi garganta de tal manera, que lo llevé conmigo durante los siguientes dos días. El abuelito ni se inmutó. Parecía que debía de tener un embozamiento profundo en las fosas nasales, porque era totalmente imposible que no notara aquel insoportable hedor. Mi buen amigo se quedó mirándome con esa expresiva cara que se le queda a cualquier jugador de póker, cuando después de apostar todo su dinero convencido por la seguridad que le infunden esos dos ases, que le hace creer tener el triunfo bien asegurado, ve que en la última carta que sale de las manos del habilidoso crupier y que cae sobre el verde tapete, es un simple dos de corazones, que le concede un desafortunado trio al único de sus oponentes, que después de encomendarse al duende de la fortuna y ante la gran sorpresa de todos los de la mesa, le vence la mano y la partida .

-¡Por dios que peste a cementerio!- Me salió del alma, y seguidamente el anciano se disculpó mediante una explicación de lo más escalofriante. Nos dijo que no sabía que más podía hacer para quitar ese angustioso olor de allí. Que había contratado incluso una empresa de limpieza que se había pasado todo un día trabajando en aquella casa, pero ni por esas.

Lo que ocurrió para que quedara en la casa aquel irrespirable olor nauseabundo, según nos relató con una voz débil y entrecortada, provocada por una mezcla entre la pena y la incomodidad que le producía aquella situación, fue lo siguiente: en el año anterior le había alquilado el estudio a una señora mayor de nacionalidad alemana, que padecía entre otras muchas cosas de azúcar, y esto le hacía tener un poco de sobrepeso. La señora tan amable estaba completamente sola. Su marido, que era doce años mayor que ella, recientemente había fallecido en un hospital alemán, después de padecer una larga enfermedad, y el único hijo que ambos tuvieron había muerto hacía muchos años durante la adolescencia, ahogado en el mar mientras la familia se encontraba de vacaciones en una playa de Galicia. La pobre señora necesitaba un alquiler de corta duración, pues en esta ocasión se encontraba en la España que ella y su marido habían recorrido de punta a punta durante casi todas las vacaciones de su vida, para poder operarse en una prestigiosa clínica, que un buen doctor amigo suyo en Alemania previamente le había recomendado. Por esta razón, acordaron que le pagaría el alquiler de cuatro meses en un solo montante, que era el tiempo estimado que tardaría en recuperarse de la cirugía y la posterior rehabilitación del implante de cadera al que tenía que someterse, para así después poder volver a su país. De esta forma el propietario no tendría que volver a pasar por allí hasta los próximos ciento veinte días siguientes, a menos que por alguna otra cuestión ella antes le llamara. Al final, el casero no tuvo que esperar hasta la fecha para volver a verla, ya que cuando aún faltaban más de veinte días para que se cumpliese el contrato establecido, recibió la llamada de un vecino de la finca que casualmente resultaba ser el presidente de la comunidad, que le exigía que fuera hacia allí lo antes posible, tras haber recibido las repetidas quejas del vecino que vivía justo al lado de su casa. Este vecino, al llegar una noche a casa tras finalizar un exclusivo crucero de ochenta y ocho días recorriendo

varios lugares del mundo, estaba muy molesto por el fuerte olor que salía de la puerta de al lado y que achacaba a que algún inquilino había podido dejar alguna bolsa de basura en su interior olvidada. Al llegar el propietario del piso alquilado, después de previamente efectuar varias llamadas telefónicas a la señora alemana en las que no había podido obtener respuesta alguna, tras abrir la puerta, se encontraron con la escena más horrible que alguien pueda presenciar jamás en la vida. Lo que parecía ser el cuerpo de la señora se encontraba tirado en el suelo junto al sofá que había en el salón, encima de un apestoso charco de toda clase de fluidos corporales y repletos de unos bichitos de color blanco que se agitaban con movimientos circulares. ¡Pobre señora! Al parecer y según reflejaron en la autopsia, la anciana tenía una serie de problemas de salud y tomaba entre otros medicamentos un potente anticoagulante para la sangre. Sus piernas hinchadas llenas de grandes varices, habrían rozado mientras dormía en algún tipo de saliente cortante que tenía el sofá sobre el que descansaba, lo que le habría producido un corte profundo en alguna de esas frágiles e hinchadas venas de la pierna, que habría propiciado que su sangre emanara fluidamente del cuerpo, causándole una muerte lenta por hemorragia. Por las marcas del suelo y la posición en la que se encontraba el hinchado cuerpo, habían deducido que se desangró intentando llegar hasta el teléfono para pedir ayuda. No pudieron saber cuánto tiempo habría pasado la pobre mujer en el suelo intentando levantarse hasta terminar de desangrarse. Por lo visto, se había filtrado en el suelo toda esa podredumbre y esos apestosos fluidos entre las juntas de las laminas del parqué, que después de penetrar entre las grietas se habrían esparcido por una gran parte de la estancia, incrustándose en el cemento de una manera imposible de limpiar sin antes retirar todo el parqué. De ahí aquel olor tan insoportable.

Hoy en día, después de pasar unos cuantos años de aquella trágica historia, cada vez que paso por delante del edificio y miro hacia su ventana, sigo viendo los carteles de las distintas inmobiliarias que gestionan su venta. Durante estos años parece que nadie ha vuelto a vivir allí y han sido muchos los que han intentado vender sin éxito la propiedad. El de boca en boca tan utilizado por los vecinos para divulgar toda clase de cotilleos, actúa de una forma tan rápida como eficaz, comparable incluso a las distintas redes sociales que utilizamos hoy en día para compartir toda esa cantidad de chismes que a los españoles nos gustan tanto. Cuando entras en la web de las distintas inmobiliarias que tienen el anuncio de la venta del inmueble, y miras las fotos detenidamente, puedes ver con toda claridad una especie de aura de color rojizo oscuro justo en el mismo lugar donde quedó por tanto tiempo acostado el cadáver.

Durante todo este tiempo en que la curiosidad me ha hecho seguir muy de cerca la venta de esta propiedad, he podido comprobar cómo se ha ido modificando a la baja y progresivamente el precio de su venta entre las distintas inmobiliarias, hasta alcanzar un valor descaradamente inferior y muy por debajo de los precios de mercado registrados en el punto más bajo de la pasada crisis inmobiliaria. Lo último que he podido saber gracias al socorrido de boca en boca, que el propietario, que empieza a entrar ya en una edad un poco peligrosa, desesperado por deshacerse de una vez por todas de aquella “casa maldita”, ha llegado incluso a ofrecerla a varios interesados aceptando cualquier forma de pago. Aun así no ha logrado encontrar ningún comprador... Creyente o no creyente.

La casa de mi sueño

La suerte no estuvo nunca de mi parte, más bien todo lo contrario. Siempre que me propongo algo o quiero tener alguna cosa, al final termina pasando cualquier hecho de lo más inesperado que me hace quedarme sin ello. Es como si el destino intentara burlarse mí, de una manera a veces un tanto graciosa, a cada paso que intento dar. Al final te acostumbras y haces tuya esa frase de la canción que dice; estoy tan acostumbrado a perder que cuando gano me enfado.

La suerte es un duendecillo que se acerca, te roza, te reta y te convence, te desafía en cada momento para terminar burlándose de ti. Este juega con muchísima ventaja, sabe siempre el resultado final, siendo capaz de utilizarte a su conveniencia para hacerte formar parte de un juego, su juego, que siempre gana él y que solo sirve para alimentar con tus derrotas su insaciable diversión (D. Fenoll). Y yo tengo que ser una de esas personas de las que se dice de ellas que son muy afortunadas en el amor, porque la verdad es que nunca en toda mi vida he ganado nada de nada. Ni tan siquiera un insignificante sorteo de esos en los que te inscribes por tan solo un euro para poder llevarte una succulenta cesta de Navidad.

Después de continuar, una vez más, con la desesperada búsqueda de un lugar donde poder independizarme, me ofrecieron la oportunidad de quedarme con una vivienda en aquel mismo barrio donde vivía con mis padres, pero a una distancia considerable de donde se encontraba el foco principal de las drogas. Pensé que podría dar ese primer paso como algo temporal, a la vez que seguiría con el mismo empeño pero sin toda aquella presión a la que yo mismo me estaba sometiendo, de una manera un poco más tranquila. Aquello se había convertido para mí en una peligrosa obsesión que estaba empezando a afectar seriamente a mi salud.

Un matrimonio de un pequeño pueblo de Andalucía, que años atrás en su juventud se mudó a la ciudad en busca de trabajo y una mejor vida que ofrecerles a sus dos hijas, habían vivido en el barrio durante los últimos quince años contando los días que faltaban para poder dejar atrás aquellas desagradables vistas, y esa amarga sensación de inseguridad que tanto les angustiaba, esperando ansiosamente a alcanzar la edad de la jubilación para poder regresar al lugar de donde procedían. Entonces me ofrecieron la posibilidad de quedarme con su casa a cambio de una simbólica cantidad de dinero, que les serviría para cubrir los gastos del viaje y poder pagar el porte de la mudanza.

Apenas les quedaban cinco años más de las comodísimas mensualidades que pagaban, para poder ser propietarios de la vivienda que anteriormente pertenecía al ayuntamiento, y que recientemente habría pasado a formar parte de una promotora inmobiliaria, dedicada entre otras cosas a la administración de viviendas en venta y alquiler social.

Así que decidí arriesgarme, para más tarde y una vez dentro de la casa, conseguir como finalmente pasó, la adjudicación legal de la vivienda. Aquello era una práctica en teoría ilegal pero que se producía entre los vecinos con bastante regularidad y éxito. Las gentes humildes renunciaban a la propiedad de sus casas cediendo el terreno a los ocupas y las mafias del lugar, y en el barrio empezaba a ser cada vez más difícil ver a esa clase de familias trabajadoras que durante tantos años conformaban el lugar. Aunque en el edificio que se encontraba este piso, los vecinos a modo de jueces, mantenían a raya analizando todo al detalle para dar el visto bueno o no, a cualquiera que quisiera entrar a vivir allí. La verdad es que me acogieron enseguida y sin ningún impedimento u objeción. Incluso varios de los vecinos me ayudaron mediante la recogida

de firmas, que tras aceptarme unánimemente, me daban la conformidad para poder formar parte y ser un vecino más del edificio. Firmas que más tarde presentaría en la promotora y que fueron totalmente determinantes para poder invertir la ilegítima situación en la que me encontraba y así conseguir firmar mi contrato de alquiler.

De la etapa en la que estuve viviendo en aquella casa no tengo nada extraordinario que contar, todo lo contrario. La casa era un remanso de paz en la que te podías quedar dormido incluso estando de pie. Nunca llegué a ver o sentir ningún tipo de energía negativa durante los años que viví en aquel lugar. La única anécdota curiosa que me sucedió viviendo allí, retomando la anterior mención a mi suerte, la comparto a continuación:

Por aquel entonces, y tras quebrar la empresa de suministros en la que yo trabajaba como mozo de almacén con un sueldo realmente agradecido, muy por encima del salario que se podía cobrar haciendo el mismo trabajo durante aquellos años en cualquier otra empresa, empecé a trabajar en un lavadero de coches de lunes a sábado. Unas once horas al día por un mísero salario, que únicamente me permitía pagar el insignificante recibo del alquiler del piso (siete mil pesetas), los recibos de suministros de la casa, y una pequeña cantidad de dinero (hoy sería calderilla que solo daría para unas cervezas) para comer.

Un día tras otro lavando a todo trapo montones de vehículos con las manos hinchadas y repletas de grietas ensangrentadas, que nunca terminaban de curarse al estar tantas horas en contacto con el agua. Encima no disponía ni de tan solo unos segundos para ir al baño. El jefe era el tío más pesetero que pueda haber en el mundo, con menos conversación que un sepulturero y unas ganas de querer morirse que no te puedes ni imaginar. Un auténtico sargento que solo rompía el silencio de cuando en cuando para maldecir y mandar.

Como cada mañana mi día empezaba muy temprano en el bar donde solía tomar café y comprar cigarrillos (por aquel entonces inconscientemente yo fumaba) antes de ir a trabajar. Al igual que cualquier otro día de los cien anteriores a este triste desenlace, después de pagar al camarero, que además era amigo mío, este volvió a ofrecerme un décimo de lotería de navidad, que una vez más y en otras tantas repetidas ocasiones volví a rechazar. La Navidad estaba muy cerca, apenas faltaban dos días, hacia un frío que te congelaba hasta las pestañas y yo tenía que trabajar con el agua y sin guantes durante las siguientes diez horas. Al llegar al trabajo pusimos la radio como siempre hacíamos. Pero en esta ocasión, en vez de escuchar los aburridísimos canales que solo hablaban de sucesos y política que tanto le gustaban al avaro ogro que tenía por jefe, sintonizamos la retransmisión en directo para seguir con especial atención el sorteo extraordinario de Navidad. Yo tan solo tenía comprado un número, que había tenido que pagar obligatoriamente en dos veces, y que vendía mi jefe a los clientes en el lavadero con trescientas pesetas de recargo. A los clientes y a todo el mundo porque a mí también me hizo pagar aquel recargo. Tras la pequeña parada para el almuerzo que hacíamos cada día de un exacto cuarto de hora, sin rebasar ni una sola milésima de segundo, cuando apenas habían transcurrido unos cuantos minutos desde que nos habíamos reincorporado para continuar con la faena, la dulce voz de uno de los niños que cantan los premios de la lotería de Navidad nos dejó totalmente paralizados, mientras mirábamos fijamente hacia la radio. Acababa de salir el tan esperado gordo de Navidad. En aquella ocasión no se hizo de esperar como en años anteriores, y para mayor sorpresa nuestra, “el marrano,” que es como se les llama comúnmente a los décimos terminados en setenta y nueve, se había vendido íntegramente en mi ciudad. Mientras escuchaba toda clase de palabrotas procedentes de la boca del animal que tenía por jefe, porque estaba muy cabreado de haberse gastado una fortuna comprando decimos entre las distintas ciudades de España, y aun así no le había tocado nada, me

llamó por teléfono uno de mis mejores amigos, con el que quedaba a tomar algo cada vez que podía para contarnos nuestras batallas, haciéndome unas preguntas que en los veinte años que han pasado desde entonces no he conseguido arrancar de mi cabeza. ¿Lo tienes verdad?, ¿te ha tocado?

De los catorce vecinos que vivíamos en el edificio, trece se habían despertado siendo millonarios, el otro ya os podéis imaginar de quien se trataba. Ese bar que se encontraba justo debajo de mi casa, en el que no había día en que yo no entrara para algo, ese mismo decimo que durante varios meses veía delante de mis narices cada vez que tomaba un sorbo de café, y que había rechazado incomprensiblemente cada una de las veces en las que me lo ofrecieron, era el número agraciado con ¡cincuenta millones de las antiguas pesetas! El dueño del bar se quedó “con el mío” y cuatro más de ellos, que hasta última hora anduvo ofreciendo sin conseguir colocárselos a nadie.

¿Crees en el destino?, ¿cómo me podía haber pasado esto a mí? Con lo grande que es el país, los tantos puntos de venta y la cantidad de vendedores que hay en toda España, ¿quién iba a pensar que lo tenía tan cerca? Me sentí como la personita más pequeña del mundo. Y aunque cuando se lo contaba a la gente que conocía siempre soltaba la típica frase de: “si no me ha tocado es que no era para mí”, una vocecita interior aparecía instantáneamente en mi cabeza para atormentarme mientras me repetía una y otra vez: ¡Serás burro!, ¡más que burro!

Aunque han pasado muchos años desde ese día, aún hay noches en las que me gusta imaginar que finalmente lo compré, y me entretengo soñando con todo lo que podía haber hecho yo con tanto dinero. Pero ahora, tras meditarlo más detenidamente, ya con unos cuantos años más de recorrido en esta intensa vida, que me han aportado toda la sabiduría y la experiencia que en aquellos años me faltaba, he podido comprender el daño que seguramente me habría causado tanto dinero entre mis irresponsables manos. Quizás la forma de vida que tenía, además de la persona tan decidida que yo entonces era, habría hecho que probablemente hoy yo no estuviera aquí para contarlo. Al final, tenemos que pensar que todo en esta vida tiene un por qué, que cualquier cosa que nos sucede, por muy mala que sea, tiene siempre detrás un buen motivo, y que a veces no todo lo que deseamos es lo mejor para nosotros. Así es que vuelvo a recurrir para seguir conformándome a mí mismo, a uno de esos tantos prácticos refranes que sabiamente nos recuerda que: “No hay mal que por bien no venga”.

Después de seguir unos años más en aquel mísero trabajo, un buen amigo me propuso inscribirme en un programa de empleo juvenil de una agencia de colocación, en la que nos enseñaron varias técnicas de búsqueda de trabajo. Con la interesante novedad que por aquel entonces acababa de nacer, o así lo creo yo, de poder confeccionar un currículum laboral, que podías enviar mediante un simple correo electrónico a las distintas páginas web de empleo que en aquellos años comenzaban a surgir. Así fue, como en el mismo día en el que me redactaron aquel currículum y me enseñaron a como se mandaba a las diferentes empresas, me fui a un cibercafé para bombardear con mi perfil cualquier clase de trabajo que se pusiera a tiro. Ni me fijaba, ni me importaba lo más mínimo, si en la descripción de la oferta pedían algún tipo de titulación o experiencia. Pensaba, al igual que hoy día sigo pensando, que si uno tiene ganas puede hacer cualquier cosa que se proponga, mientras me apoyaba en una buena frase que viene a decir: Si alguien es capaz de hacer algo tú también puedes, por imposible que pueda parecer.

A la mañana siguiente me llamaron para concertar una entrevista para un puesto de peón de jardinería. Un trabajo nuevo para mí del que yo no tenía ni la más mínima idea, pero que finalmente se convertiría en lo que más me gustaba hacer, siendo este hasta día de hoy mi último

empleo. A esta primera selección nos presentamos veinte personas para tan solo cuatro puestos, en los que nos ofrecían, como algo excepcional para los tiempos que corrían y que estaba solo al alcance de unos cuantos privilegiados, una jornada intensiva de solo ocho horas, con las tan codiciadas cuarenta horas semanales, además de un buen salario. Si finalmente yo resultaba ser uno de los agraciados tendría derecho a: doce pagas al año por un importe mensual que estaba muy por encima del sueldo mínimo establecido; un mes entero de vacaciones; dos pagas extra adicionales; y un plus por peligrosidad que ascendía a casi una mensualidad más. Unas formidables condiciones de trabajo casi a la altura de los tan envidiados funcionarios del estado.

¡No me lo podía creer! No pude pegar ojo en toda la noche haciéndome a la idea del cambio que habría en mi vida si al final yo era uno de los afortunados. Al día siguiente, sobre las nueve de la tarde, recibí la ansiada llamada que había estado esperando impacientemente durante todo el día, en la que se me comunicaba que había pasado una primera selección y se me emplazaba para una siguiente y definitiva entrevista. Después de esa segunda entrevista, esta vez un poco más extensa que la anterior en cuanto a las preguntas que tuve que responder, y a la que fuimos sometidos los ocho que quedábamos de entre esos veinte primeros, me fui a casa sabiendo que tenía un cincuenta por ciento de probabilidad de ser uno de los seleccionados. Durante las primeras horas del día siguiente, mientras preparaba el desayuno, recibí la tan esperada y definitiva llamada en la que me confirmaban que el puesto ya era mío.

Aquel trabajo, además de ahorrar una importante cantidad de dinero todos los meses, me permitía seguir formándome por mi cuenta durante las tantas horas libres que por las tardes ahora si tenía. A todos los cursos de jardinería que salían allí que iba yo. En solo un año logré ascender desde el puesto más bajo de mi oficio hasta la posición más alta a la que podía llegar. Siendo ya encargado de jardinería y reconociéndome la entrega y el esfuerzo con el que desempeñaba mi trabajo a diario, me trasladaron a un importante centro privado, a la misma vez que alcanzaba la nómina más alta que se podía cobrar dentro del gremio.

Por fin la vida me sonreía y me brindaba la oportunidad real de salir de una vez por todas de aquel inhabitable y destructivo lugar para no volver jamás. Ahorré todo lo que pude con el mayor de los esfuerzos, privándome incluso de toda clase de cosas que son tan necesarias para la vida. Hasta el punto de que algunos de mis más allegados llegaron a tratarme como a un enfermo del dinero; uno de esos tantos tacaños que no hablan por no gastar saliva. Gracias a este descabellado empeño, en un espacio realmente corto de tiempo, logré conseguir finalmente la gran cantidad de dinero que necesitaba para la entrada de un piso. Y cuando ya lo tenía, empecé a buscar un buen lugar donde asentarme de una vez por todas y para siempre.

Mucho antes incluso de tan siquiera pensar en querer comprar una casa, una noche tuve un sueño realmente extraño. Soñé que un señor que parecía ser un ministro más que un asesor inmobiliario, por las ropas que vestía, abría la puerta de un piso y me invitaba a pasar. Al entrar en aquella casa tan bonita como nueva, empecé a sentir una tristeza inexplicable, que iba en aumento con cada estancia que este me mostraba. Y al llegar a una parte del pasillo que conducía a un pequeño trastero que se encontraba en la zona más interior de la vivienda, me detuve enfrente de una pared para mirarla de una manera casi hipnótica, sintiendo un dolor en lo más profundo de mi alma, a la misma vez que lloraba desconsolado como el que llora cuando pierde a la persona que más quiere de este mundo. Aquella pared que estaba muy bien pintada, con un color gris oscuro de una tonalidad antracita, ejercía sobre mí un potente magnetismo que me obligaba a no dejar de mirarla, impidiéndome así avanzar hasta el final de la casa. Luego, esa angustia descomunal me hizo despertarme de un sobresalto, empapado en un frío sudor que me provocó una

serie de repetidos e incontrolables espasmos por todas las partes de mi cuerpo. Y mientras intentaba reponerme de aquella pesadilla, quedé por un tiempo sentado en el borde de la cama intentando analizar todo lo que había percibido en ese extraño sueño. Al día siguiente me dije a mi mismo que solo se trataba de un mal sueño y al cabo de unos días lo había olvidado por completo. No le di toda la importancia que con el tiempo descubriría que aquel sueño tendría.

Cuando terminaba mi jornada laboral corría a casa a ducharme y comer alguna cosa rápidamente, para sin perder demasiado tiempo dedicarle el resto del día a la ardua tarea de buscar un nuevo hogar. Solía ir a un cibercafé que en aquella época era de los pocos que había, y que afortunadamente se encontraba a tan solo unos minutos andando desde mi casa. Mirando y remirando encontré un piso que parecía reunir las condiciones que yo buscaba. Aunque no pude ver apenas casi nada de su interior, porque incomprensiblemente la gran cantidad de fotos que contenía el anuncio mostraban en su mayor parte las imágenes de la fachada y del interior de la escalera, pude ver que en la descripción de la vivienda decía, que aunque el piso tenía ya algunos años, le habían hecho recientemente una reforma integral y que se encontraba en perfectas condiciones para entrar a vivir.

La primera fotografía del piso que mostraba la web, como he dicho antes, era de la fachada, que estaba recién pintada y reformada, mostrando aparentemente un estupendo estado de la misma. En ella se podía ver las ventanas exteriores de la casa que daban a dos calles, ya que era un piso con casi todas las piezas al exterior, que se encontraba en la segunda planta de un edificio de seis alturas. Las ventanas del salón y de dos habitaciones de las tres que tenía daban a la parte de la cara principal del edificio. En una de sus ventanas había pegado el cartel con el número de teléfono del banco al que pertenecía. Me quedé mirando fijamente a la otra, que tenía la persiana a media altura y en la que yo creía ver lo que parecía ser la silueta de una persona, como si estuviera sentada en una silla y mirando a través del cristal. Era algo muy extraño, porque al ampliar la foto para poder ver la imagen mejor dejaba de apreciarse aquella forma humana, así que supuse que podría tratarse de un reflejo exterior en el cristal. A pesar de este pequeño inconveniente y de que la distribución no era de lo más atractiva, el hecho de que con tan solo una limpieza pudiese empezar a vivir en ella, hizo que la colocara rápidamente entre los primeros puestos de mi lista. Concerté varias visitas con las distintas inmobiliarias, en las que había rastreado haciendo una estricta selección de las viviendas que más se acercaban a mis posibilidades económicas, pero ninguna de ellas terminaba totalmente por convencerme; algunas por su ubicación, otras por la antigüedad o por su excesiva altura.

Por fin llegó el día en el que me tocaba ver este piso, después de tener que esperar casi dos semanas desde que había contactado con el comercial. Al ser una vivienda de banco, el proceso para concertar una visita resultó ser un poco más lento que en el resto de las demás inmobiliarias. La zona era de lo más favorable que podía encontrar, y aunque más o menos sabía dónde estaba ubicada, no me había parado ni a mirarlo, llevándome después una grata sorpresa al descubrir lo bien comunicada que se encontraba y todos los servicios de los que disponía a su alrededor: en la calle de detrás había un gran parque con numerosas cafeterías y unas estupendas terrazas; en cuanto a transporte se refiere, tenía muy cerca de allí, justo enfrente de ese parque, una parada de autobús por la que pasaban varios de los autobuses que recorren casi toda la ciudad; también, muy cerca de ese parque tenía una parada de taxi, y justo alado de esa parada, un servicio de alquiler de bicicletas muy económico que gestionaba el ayuntamiento. En cuanto a comercios, podía contar con todos los que se pueden necesitar para el día a día a tan solo unos minutos de la puerta de casa.

Al llegar al número setenta y siete de la calle donde estaba el piso que iba a visitar, me encontré con un señor de unos cincuenta y pico años cuidadosamente trajeado, que más que ser un asesor inmobiliario parecía ser el director de una gran multinacional. Vestía con un traje azul oscuro de corte italiano y unos zapatos de piel tan brillantes como caros, que podías utilizarlos perfectamente a modo de espejo y que combinaban de una manera exquisita con un grandioso maletín de el mismo color que portaba en su mano izquierda y que seguidamente perdía protagonismo frente al reluciente reloj de oro que asomaba entre una de las mangas de la chaqueta. Al verle la cara sentí lo que seguramente habrás podido experimentar en más de alguna ocasión en tu vida. ¡Le conocía!, ¡le había visto antes!, estaba de ello totalmente seguro. No podía recordar dónde, ni cómo, ni cuándo, pero había coincidido con él en algún sitio. Esa voz tan grave como arrogante me era muy familiar, esa manera de acentuar repetidamente cada palabra terminada en ese, con esas pausas tan marcadas entre frase y frase que te hacían fijar en él toda la atención, eran muy recientes para mis oídos. Algo verdaderamente extraño que estaba a tan solo unos pocos segundos de resolver.

Nada más llegar a la puerta de la casa sentí como si aquel lugar hubiese formado ya antes parte de mi vida. Pero la gran sorpresa para mí llegó en el mismo instante en el que se abrió la puerta para dejarme ver que ¡era la casa de mi sueño! Instantáneamente pude reconocer al señor que había visto meses atrás en aquel sueño. Las puertas color cereza, las ventanas de aluminio de doble cristal, el color mostaza de los muebles de la cocina, la pintura tan rebuscada que habían utilizado en el salón, con esa pared tan bien empapelada del final que imitaba a un antiguo muro de ladrillos, dándole ese toque tan romántico a la estancia, todo lo que veía era exactamente igual a lo que vi aquella noche en mi sueño. Y luego llegué hasta aquella hipnótica pared del pasillo en la que me detuve al igual que en mi sueño y sentí toda la tristeza del mundo que un hombre pueda llegar a sentir.

Al terminar la visita, el vendedor me advirtió repetidas veces, que si verdaderamente estaba interesado en la vivienda tenía que hacer un pequeño depósito de unos quinientos euros, para poder tomar parte en la subasta que se celebraría en apenas dos semanas más. El piso tenía un precio de salida de setenta mil euros, que era un precio treinta mil euros inferiores al valor de mercado del momento. Como frecuentemente suele pasar con este tipo de viviendas “chollo”, esta casa había sido requisada por el banco judicialmente, como parte de pago del préstamo que recaía sobre el anterior propietario, y que ascendía a la mareante cantidad de ciento treinta mil euros. De esta manera, el banco que nunca quiere perder, al venderlo a través de una subasta tendría asegurada la competencia entre los varios postores, que con cada una de sus pujas aumentarían el precio de la vivienda, hasta llegar a alcanzar la mayor parte del dinero prestado, e incluso superarlo.

Durante los siguientes días estuve a diario debatiéndome entre si participaría en aquella subasta o la dejaría pasar y seguiría mi camino en busca de otro lugar donde vivir. No entiendo por qué razón y a pesar de la amarga experiencia que había vivido en aquel sueño, esta casa ejercía sobre mí una fuerte atracción, que finalmente terminó por convencerme cuando apenas faltaban tres días para el comienzo de la subasta. Decidí estar pendiente del inicio para ser el primero en efectuar la primera oferta. Tan solo estaba dispuesto a subir los dos mil euros de la puja mínima, y si me sobrepujaban, la daría por perdida y me olvidaría completamente de todo.

Como era de esperar, solo una hora después de realizar mi oferta, alguien aumentó esa cantidad sospechosamente en diez mil euros más. Estaba seguro de que detrás de todo aquello no podía haber ninguna persona que como yo quisiera comprar la casa, y entendí que podía ser una

sucia estrategia del banco para poder inflar un poco más el precio. Además, como así lo había decidido anteriormente, no iba a subir ni un euro más, por lo que me rendí por completo y di por perdida la vivienda.

Poco tiempo después, apenas había trascurrido unas semanas, yo seguía obsesionado con la búsqueda de un nuevo hogar y ya ni tan siquiera me acordaba de la subasta en la que había participado, ni tenía la menor idea de su resultado. Fue entonces cuando me volvieron a llamar desde la entidad bancaria, para mi sorpresa, comunicándome que el supuesto ganador había renunciado a ejercer la compra, y que como yo era el siguiente en la lista tenía el derecho a adquirirla por el importe de la única oferta que yo había efectuado. Así es que a pesar de la indecisión que rondaba en mi cabeza, la idea de hacerme con un piso en una zona muy buena, a un precio que encajaba perfectamente en mi presupuesto y que resultaba ser realmente bajo, era mucho más fuerte que la extraña sensación que me generaba todas esas dudas producidas por la sorprendente visión que había tenido en aquel singular sueño.

Después de dos meses más o menos, que fue el tiempo que tardamos en arreglar la cantidad de papeles y toda clase de gestiones que había que hacer, acompañado por la pareja que por aquel entonces tenía nos dirigimos al notario, para finalmente y tras cumplir con los últimos rutinarios trámites, hacernos la entrega de las tan esperadas llaves. Ese mismo día empezamos a preparar todo para limpiar la vivienda lo antes posible y así poder comenzar con la costosa mudanza. Al llegar a la casa, después de haber sentido otra vez esa indescriptible sensación que me producía el recorrer cada una de esas estancias que eran tan familiares para mí, decidí utilizar la primera habitación que había para situar allí lo que yo llamaría el cuartel general, que sería el sitio elegido estratégicamente y que utilizaríamos para guardar todos los materiales, utensilios de limpieza, ropas de trabajo y de más cosas. Al entrar en ella con el único objetivo de cambiarme de ropa para empezar a limpiar, sentí un gran malestar acompañado de un espeluznante escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Aquella habitación me hacía sentirme tan incómodo que quería salir de allí lo antes posible. Al ser la primera estancia después del salón y lo conmocionado que me sentía de haber visto aquel lugar mucho antes en mi sueño, me hizo que pasara de largo en esa primera vez en que la visitaba, sin prestarle demasiada atención. Tremendo error mío imperdonable el no llegar a entrar en ella; había mirado muy por encima desde fuera de la puerta, e inmediatamente continuado con la visita por el resto de la vivienda, a la misma vez que luchaba contra esas raras sensaciones que me invadían y que intentaba disimular para poder seguir conversando con el vendedor. En cuanto a mi repetida pregunta de si hubo alguna muerte en el lugar, la respuesta del asesor fue contestada con un NO tan inmediato como rotundo, para seguidamente añadir y terminar de convencerme, que los dos anteriores propietarios habían sido un matrimonio portugués, que tras quedar ambos en paro casi al mismo tiempo y estar pasando por una serie de problemas más que nada tenían que ver con la mala salud financiera en la que estaban sumergidos, terminaron desesperadamente con todo lo que les podía unir, para acabar finalmente cada uno por su lado. Así es que saber esto me dio la tranquilidad que necesitaba para poder seguir adelante en la compra.

Los siguientes días los pasé intentando convencerme a mí mismo que tan solo era una habitación. Y como me sentía realmente a gusto en el resto de la casa, que además era más grande de lo que yo necesitaba, siempre podía usarla para guardar los tantos trastos que perpetuamente me acompañan a donde quiera que voy, y así condenarla a estar la mayor parte del tiempo cerrada. A todo esto, casi al mismo tiempo en que íbamos a empezar a vivir allí mi pareja y yo, el hermano de ella, que estaba casado pero no tenía ningún hijo, arrastraba sobre él una orden de desahucio

que llevaba ya varios años aplazando, pero que esta vez, ya sin más recurso que hacer, se haría efectiva al comienzo de la siguiente semana. Como ellos solo cobraban una pequeña pensión de cuatrocientos euros por un proceso de invalidez total, les era imposible hacer frente a la cuota de la hipoteca que tenían por un importe mensual de casi setecientos euros. Así es que para que no quedasen en la calle, acordamos que me darían cien euros mensuales por el alquiler de una de las habitaciones, que a mí me servirían para poder pagar buena parte de los gastos de suministros, que como era lógico al ser ahora dos personas más aumentarían considerablemente.

De los tres dormitorios que disponía la casa, dos de ellos eran lo suficientemente grandes para acoger una habitación de matrimonio: el primero, que era el más amplio, estaba en el interior de la vivienda, mirando su ventana al patio de luces y por descarte de los otros dos decidí adjudicármelo; el segundo, en el orden en cuanto a tamaño, era el cuarto del escalofrío, que quería llenar de enseres para más tarde cerrarlo; en el tercero apenas cabía una cama de noventa con un pequeño armario, así es que después de mostrarles las dos habitaciones a mis cuñados no les hizo falta mucho tiempo decidir la que querían.

A la mañana siguiente trajeron sus cosas y se instalaron tan rápidamente que esa misma noche se quedaron a dormir. Yo me encontraba expectante, como si de un experimento se tratase, por ver cómo les iría la estancia en aquella habitación y si serían capaces de conciliar el sueño sin ningún tipo de inconveniente, o empezarían a notar cualquier cosa extraña como yo intuía que pasaría.

Me pasé toda la noche en vela esperando a que pasara algo, pero finalmente amaneció y lo único que pude sentir fue la pesadez de mis párpados hinchados y cansados por no haber dormido nada. Era la mañana de un sábado cuando nos sentamos por primera vez a la mesa para desayunar los cuatro juntos. En el transcurso de aquel largo desayuno estuvimos animadamente conversando de lo más normal. Hablamos de varias cosas y entre tanto, de lo triste que se sentían por tener que perder su vivienda de aquella manera, pero lo agradecidos que estaban a la vez por haberles ayudado. Todo parecía fluir de la manera que yo durante tantos años había anhelado. En esos primeros días la paz, el amor y la armonía corrían libremente por cada rincón de la casa, o al menos eso es lo que yo creía.

Lentamente, muy poco a poco, mi cuñada parecía estar cada vez más cansada, y empezó a quedarse en cama hasta casi la hora de comer, para después de la comida volver otra vez de una manera inmediata hacia su cuarto. Dejó de salir a la calle repentinamente y a malas penas se relacionaba con nosotros. Todo esto, como es normal, causó serios problemas en la pareja, que desgraciadamente oíamos discutir una y otra vez aparentemente sin ninguna razón. Parecía estar muy enferma. Su cara cambió por completo, y en muy poco espacio de tiempo pasó de tener una cara gordita, rosada y simpática, a poder verse en ella esa extrema delgadez pálida más propia de un cadáver. Yo podía saber perfectamente que es lo que estaba pasando, así que decidí sentarme a hablar con ellos para intentar explicarles lo que a mi modo de entender les ocurría, y aconsejarles, que por el bien de todos debían de marcharse inmediatamente de allí. Después de aquella conversación tan difícil para mí, en la que lo único que buscaba era poder ayudarles, al final lo que conseguí fue hacerles creer que molestaban, y que de alguna manera les estaba invitando a que se marcharan. Apenas unos días más tarde, después de esa difícil e incómoda charla, afortunadamente, dejaron por fin aquella destructiva habitación.

Esto, como era de esperar, desencadenó en un malestar y una serie de discusiones entre mi pareja y yo. Además, y lo peor de todo, ahora tenía que enfrentarme a un gran problema que no sabía cómo resolver. Investigando por internet practiqué siguiendo al pie de la letra toda clase de ritos de limpieza de los que encontré, y que pensaba que servirían para algo; desde limpiar cada

centímetro de cada una de las losas del suelo de la casa con sal gorda, barriéndola desde el interior hacia la puerta de la entrada para así, supuestamente, arrastrar toda esa energía fuera de la vivienda, hasta utilizar la única luz de una de esas grandes velas blancas al mismo tiempo que, mediante una serie de oraciones repetidas en voz muy alta pero con todo el amor del mundo, intentaba conducir a esa pobre alma en pena hacia la brillante llama, que supuestamente actuaría como una puerta de entrada al más allá. Desgraciadamente nada de esto funcionó y no conseguí expulsar de allí a esta oscura energía.

Como último recurso y volviendo a la idea inicial, condenaría aquella siniestra habitación a estar cerrada para siempre. Creyendo que si dejaba en paz a aquella cosa y no entraba más en lo que yo entendía que era su espacio, el problema estaría en parte resuelto. Pero esta medida apenas dio resultado unos cuantos días. Y una madrugada, en la que no podía dormir, mientras repasaba en mi cabeza todo lo que había pasado, (soy de los que le dan muchas vueltas a las cosas) tan solo restaban dos horas más para irme a trabajar, se había consumido prácticamente la noche sin darme cuenta mientras yo no dejaba de preguntarme una y otra vez: ¿Por qué a mí?, ¿cómo me podía pasar esto? Tenía que hacer frente a una hipoteca que se había llevado todos mis ahorros, ¿qué podía hacer?, ¿intentar vender? Fue entonces cuando escuché justo enfrente de mí, a los pies de mi cama, que es donde estaba el armario, un fuerte golpe como si alguien hubiera abierto y cerrado bruscamente una de sus puertas. Sentí todo el miedo que puede sentir un niño al despertarse solo y a oscuras en su cuarto tras tener una de las pesadillas más terroríficas que alguien pueda imaginar. Después de respirar muy profundamente para poder calmarme, meditando cuidadosamente que podía hacer, intentando buscar respuesta alguna a lo que acababa de ocurrir, finalmente conseguí tranquilizarme un poco. Entonces decidí desafiar, haciéndome el valiente, a lo que fuera que estuviera allí, que yo podía sentir que rondaba mi cama de la misma manera que un perro nervioso recorre la valla de su amo. Le dije interiormente, que es la manera telepática que tenía entendido que se debía utilizar para hablar con cualquier espíritu, que yo era más fuerte que él, que aquella era mi casa y que no le tenía ningún miedo, que volviera a repetir lo que había hecho si es que se atrevía. Aquella medida que adopté como defensa, que estaba seguro de que funcionaría porque lo había leído en alguna parte, no hizo otra cosa que empeorar la situación muchísimo más. Seguidamente, un segundo golpe pero esta vez con mucha más fuerza resonó en toda la estancia. Mi novia, que estaba durmiendo profundamente a mi lado, se despertó del fuerte ruido preguntándome muy desconcertada que era lo que había pasado. No supe que contestarle, entre otras cosas porque el miedo que sentía no me dejaba emitir sonido alguno. Me di la vuelta hacia su lado intentando fingir que no pasaba nada, mientras me agarraba fuertemente a ella y lo más pegado posible a su cuerpo en busca de algo de protección. Estaba completamente confundido y muy aterrorizado. Tras unos minutos de incertidumbre en los que todo se había quedado en silencio, mientras yo esperaba en alerta y muy atento a que pasara algo de nuevo, empecé a escuchar, o al menos eso es lo que parecía, como si alguien estuviera caminando por el pasillo muy lentamente de un lado a otro. Después de pensarlo durante varios minutos, en los que me preguntaba a mí mismo el que podía hacer yo si me levantaba y me topaba con lo que fuera que hubiera en aquel pasillo, armándome de valor, decidí salir para ver qué es lo que estaba pasando. Me levanté muy despacio de la cama y empecé a andar hacia la puerta del dormitorio, mientras escuchaba como aquellos pasos se acercaban cada vez más hasta mí. El corazón me latía tan fuerte que parecía que de un momento a otro saldría disparado por mi boca, mientras me preparaba para girar hacia el pasillo pensando en que sería lo que me iba a encontrar. Finalmente, asomé primero mi cabeza para mirar y allí no había nadie. Ahora ya un poco más tranquilo pero con todos los

sentidos en alerta, inspeccioné cada rincón encendiendo todas las luces de la casa. Después de comprobar que todo estaba en orden, volviendo a dejar otra vez toda la casa a oscuras, regresé hacia la habitación para meterme de nuevo en la cama. Creo que fue casi peor el andar por aquel oscuro pasillo, sintiéndome observado y con esa angustiada sensación de tener algo en mi espalda, que todo lo anterior acontecido. Un rato después, al estar otra vez metido en la cama muchísimo más tranquilo y relajado, hasta el punto en el que por fin empezaban a cerrarse mis parpados, noté unos suaves golpecitos en el lateral de mi lado del colchón. Yo dormía en la parte de dentro del cuarto, y al lado mío, a continuación de la mesita de noche, solo tenía una pared ¡no había nada ni nadie más! Aquellos débiles golpecitos a modo de: ¿Qué haces?, ¡despierta!, me parecieron mucho más terroríficos incluso que los fuertes golpes anteriores. Por más que lo pensaba esto no tenía explicación lógica alguna. Esta clase de energía estaba actuando de una forma inteligente y parecía estar jugando conmigo. Casi sin darme tiempo a reaccionar algo volvió a golpear el colchón, pero esta vez con muchísima más violencia. Me encogí muerto de miedo, cerré los ojos y empecé a rezar. Me había vencido, me rendía, ¿Qué podía hacer ante esto?, ¿a quién podía contárselo?, ¿quién podría ayudarme? Unos quince minutos después sonó el despertador que me recordaba en medio de toda aquella angustia que debía de ir a trabajar. Juro que jamás me sentí tan contento de tener que levantarme para ir al trabajo.

Una vez me encontraba ya en el trabajo, después de pasar las tres primeras interminables horas en las que como un zombi, tras la noche tan movida que había tenido, deambulaba de un lado a otro “mareando la perdiz,” haciendo tiempo para meterme en el coche y poder dormir la media hora que tenía para el almuerzo, me crucé de camino a los aseos con un compañero, con el que la verdad, a pesar de que le conocía hacía ya dos o tres años no tenía mucha relación. Era ese tipo de personas de las que decimos que son un poco raras por su peculiar forma de vestir. Además de llevar esas ropas, combinaba a la perfección una melena de escaso pelo salvaje y canoso, algo descuidado, con una larga y rizada barba tan reconocida en el rostro de uno de esos náufragos cansados de tanta espera y al borde de la desesperación. Apenas había hablado un par de veces con él, y mucho menos de algo que no estuviera relacionado con nuestra faena. Era un hombre solitario de escasas y contadas palabras, pero sin saber porque sentí una fuerte e incomprensible necesidad de contarle todo lo que me había pasado hacia tan solo unas horas antes. Así es que sin pensármelo dos veces me acerqué hacia él con total decisión, como lo haría con alguien al que aprecio y con el que tengo toda la confianza del mundo, y le pregunté si quería tomar un café conmigo. Después de esperar unos silenciosos e incómodos segundos, con una cara un poco de sorpresa, este me contestó llanamente: —no bebo nunca café—, y cerró esos labios que apenas asomaban entre su abundante barba, para volver a quedar en silencio otros pocos e interminables segundos más. Entonces, cuando ese silencio me hacía pensar que debía dar la vuelta y marcharme por donde había venido, de repente, mirándome fijamente, volvió a abrir su boca para seguidamente decirme que estaría encantado de tomarse conmigo la infusión de plantas medicinales que bebía todas las mañanas. Al llegar a la cafetería pedimos en la barra mi café y una taza grande de agua bien caliente para él, y permanecemos sentados durante unos minutos, una vez más, en medio de ese incómodo silencio, mientras esperábamos a que nos sirviera el camarero. De nuevo, por fortuna para mí, él se decidió a romper ese embarazoso mutismo con una pregunta que me haría escupir todo lo que llevaba quemándome tan adentro: -¿Qué es lo que te atormenta?, me dijo mientras sumergía lentamente en el agua caliente una y otra vez la bolsita de hiervas preparadas que había sacado del bolsillo interior de una antigua y gastada bandolera de cuero.

Aquel hombre, del que solo sabía su nombre y muy poco más, permaneció atento en todo momento, con cara de saber perfectamente que es lo que me estaba pasando, durante los siguientes veinte minutos que duró mi relato. Nada más terminar de contarle todo y hasta el más mínimo detalle (me gusta enrollarme más que a un locutor de radio) se quedó pensando detenidamente mientras miraba cabizbajo hacia su taza, y seguidamente, tras darle un par de sorbos a aquella olorosa infusión, empezó a decirme que creía saber con certeza que es lo que pasaba en mi casa, para después inmediatamente aconsejarme lo que debería hacer. Me dijo, con una de esas voces que si uno escucha tumbado sobre la cama le hace dormir instantáneamente, que al parecer se trataba de un alma atrapada en lo que seguramente había sido su casa, y que este espíritu, que no le gustaba lo más mínimo nuestra presencia, haría todo lo imaginable para expulsarnos de allí, como ya suponía él que habría hecho con otras personas en el pasado. Me aconsejó que no le prestásemos la más mínima atención, pues a su modo de entender tantos años de estudios que había invertido en ese mundo de la parapsicología que tanto le gustaba, “lo que no se nombra no existe”, y que al contrario de lo que yo pensaba, el haberle hablado directamente, en vez de disuadirle en su empeño, lo que habría hecho es cargar más su energía y hacerle mucho más fuerte. Continué diciéndome, que debíamos procurar tener todas las estancias muy bien iluminadas y llenar cada rincón con nuestras fotografías, recuerdos, y toda clase de objetos personales. Que cambiáramos todos los muebles, cuadros u objetos que pudiesen haber pertenecido a los dueños anteriores, haciendo todo lo posible para que no reconociera su casa y así hacerle sentirse como un extraño. Por último y lo más importante de todo, que colocáramos un vaso de agua en una de las esquinas de cada habitación, haciendo la forma de una cruz a la vez que vertimos sal dentro del vaso (el agua y la sal actúan como una especie de esponja espiritual que absorbe toda clase de cargas negativas) sin olvidarnos de repasar todos los días cada uno de los vasos para ver si se había secado el agua y necesitábamos volver a rellenar (se dice que a mayor número de vasos vacíos más cantidad de energía ha sido absorbida). Que aquello en teoría debía hacer que esta alma en pena poco a poco se alejara de nosotros, y que al final, tras verse vencido, abandonaría nuestra casa para siempre.

Esa misma tarde, al volver del trabajo, decidí sentarme a hablar con mi novia para contarle todo detenidamente. Si bien es verdad que ella no creía mucho en todas esas historias de fantasmas, accedió a colaborar conmigo, mostrándome todo su apoyo. Hicimos al pie de la letra lo que mi compañero de trabajo, ahora mi nuevo amigo, me había aconsejado hacer. La verdad es que durante el tiempo que tardamos en prepararlo todo, me sentí como el que acude al médico y le diagnostican una grave enfermedad, que al final resulta que está más sano que una manzana, pero que ha vivido unos días angustiado por el error de un cruce de informes médicos. Un gran alivio recorría todo mi ser, que solo fue interrumpido durante unos minutos al entrar en la siniestra habitación para poner uno de los vasos de agua con sal.

Con cada minuto que pasaba de reloj el sol se escondía para ir dejando paso a la temida noche. Yo esperaba tan ansioso a meterme en la cama, que aquella noche sería la primera en mucho tiempo atrás que me acostaba sin cenar. Caí rendido al poquito tiempo de tumbarme, como si una especie de opiáceo me hubiese inducido forzosamente al sueño, y desperté al día siguiente, después de pasar una noche en la calma más absoluta. Aparentemente había dado el resultado esperado y me sentía con muchas fuerzas para seguir luchando contra aquel ser. Esa misma mañana, apenas me encontraba aparcando a la puerta del trabajo, mi teléfono empezó a sonar. Mi pareja me había llamado para decirme con una voz asustada y algo entre cortada, que había salido de casa corriendo tan rápidamente que olvidó las llaves en su interior. Me dijo muy nerviosa, que

mientras se encontraba limpiando en la cocina escuchó un fuerte ruido en el pasillo de la casa, y al asomarse para averiguar que había podido pasar, vio que el espejo de la entrada estaba desquebrajado, y que delante de él, en el suelo, yacía un pobre pájaro herido que al parecer acababa de chocar con el cristal. Parece ser que había entrado por la ventana muy desorientado, volando rápidamente en busca de una salida, hasta que impactó contra el espejo, quebrándolo por la mitad. Algo bastante espeluznante al más puro estilo de una de las grandes películas de Hitchcock. Lo que para muchos parecía un simple accidente, a mí, será por todas esas raras experiencias que había vivido, me daba la impresión de que podía estar directamente relacionado con aquella habitación. Pero esto era solo una simple opinión sobre algo que no se podía demostrar. Al margen de este acontecimiento tan extraño, durante los siguientes dos meses no volvimos a vivir o sentir nada que podamos encasillar como algo para-normal. Aparentemente, estos consejos de aquel nuevo y peculiar amigo parecían funcionar, aunque yo me mantendría en todo momento como se dice vulgarmente; con la oreja puesta y la escopeta bien cargada.

Luces, cámara y... ¡agua bendita!

¿Alguna vez has podido ver una de esas raras esferas de luz blanca que aparecen tanto en videos como en fotografías flotando por el aire? Yo sí, ¡muchas veces!

Desde el punto de vista de la parapsicología se trata de pequeños mensajeros espirituales de otros planos; energías inteligentes que se han podido fotografiar, filmar, e incluso ver a simple vista en muchísimas ocasiones. Si eres de los que nunca pudiste ver uno, o no escuchaste alguna vez hablar sobre ellos, te será muy fácil encontrar en la red todo lo que quieras saber si escribes en tu buscador la palabra ORB. Muchos de los testigos de estas esferas afirman que se trata de personas ya fallecidas (yo soy uno de ellos). Algunos optan por seguir fieles a la teoría de que son ángeles; guías espirituales en la tierra que llevamos con nosotros y que nos protegen contra todo mal. Seres de luz que muestran un movimiento sensitivo e inteligente, que se están haciendo cada vez más visibles debido al cambio de vibración que está atravesando el planeta. Mientras que otros tantos apasionados de la ciencia que estudia todo lo relacionado con las estrellas, están absolutamente convencidos de que se trata de diferentes entidades extraterrestres en proyección. Y hablando de estrellas, me gustaría compartir una de las creencias que desde niño he tenido en cuanto a ellas: Siempre he pensado que cuando morimos, esa energía que llevamos dentro sale de nuestro cuerpo para empezar un viaje que recorre todo el cielo, hasta llegar a ese precioso e infinito firmamento plagado de incontables estrellas. Pensaba que cada uno de esos puntos luminosos, que brillan tanto, que a pesar de estar tan lejos podemos ver perfectamente con solo mirar hacia arriba, es cada una de esas personas que un día habitaron esta tierra, y que las que más brillo desprenden son todas las personas buenas que con sus grandes acciones hicieron de este mundo un sitio mejor. Casualmente, he podido leer recientemente una publicación, en la que uno de esos “científicos locos” asegura que en el universo hay el mismo número de estrellas que personas han existido desde que se formó este increíble planeta. La verdad es que me parece igual de imposible contar todas esas estrellas del cielo, como el poder averiguar el número de seres humanos que hasta hoy han pasado por la tierra.

Después de este pequeño apunte y siguiendo con el tema anterior, contradiciendo a todos los que defendemos la posible inteligencia de estas raras esferas, cabe destacar, que existen algunos estudios realizados por expertos del mundo de la fotografía que intentan explicar este fenómeno como algo natural. Estos expertos se empeñan en demostrar que se trata de posibles fallos en las lentes de las cámaras digitales producidos por pequeñas partículas de aire en movimiento cercanas a los objetivos, o que simplemente son rastros de polvo en movimiento que, al recibir la intensa luz del flash de una fotografía, actúan de una manera reflectante. Como bien dicen, las partículas de aire están en un movimiento constante, sin embargo, se han tomado numerosas fotografías con segundos de diferencia, en la que muchos de estos orbs mantienen una misma posición en cada una de ellas. Las partículas de polvo o agua son arrastradas libremente por las corrientes de aire, por el contrario, se han podido filmar a algunas de estas esferas moviéndose a una gran velocidad en direcciones opuestas a estas corrientes. Algo realmente sorprendente que va en contra de toda lógica y que desmonta completamente la teoría anterior.

Aunque casi siempre estas formas redondas se presentan de color blanco, también se han podido apreciar de algún que otro color, siendo los más comunes colores claros o de un rojo intenso. Esta extraña clase de energía casualmente suele presentarse muy a menudo en todos esos

lugares que gozan de una gran actividad para-normal. A si es que después de muchas horas de trabajo invertidas en el estudio de algunos de estos lugares, podemos encontrar numerosa documentación sobre el comportamiento de estas singulares esferas.

Según las leyes de la ciencia, más concretamente la ley de conservación de la energía, nos explica que: la energía no puede ser nunca destruida, simplemente se transforma. Algunos parapsicólogos, tras una serie de exhaustivos trabajos de investigación y apoyándose en esta sagrada ley universal, han llegado a la conclusión de que los seres vivos mantenemos en nuestro interior una fuerza contenida, que al morirnos se libera para volver a su estado natural de energía pura. Para mí esto es algo muy fácil de entender si nos paramos a pensar que al final, el contenido principal que se encuentra en todo ser vivo y que forma parte de nuestro alimento, por muy raro que parezca, es la energía; las frutas y los vegetales que a diario consumimos se alimentan del sol, fuente de energía, que pasa directamente a nuestro organismo tras ingerir estos alimentos; los animales que se encuentran dentro de nuestra dieta, además de nutrirse del sol, se alimentan de vegetales, que a su vez y como ya he mencionado antes, su alimento indispensable junto con el agua sigue siendo el sol, fuente de energía. Sin los preciados rayos del sol que todo ser vivo necesita para poder vivir no habría ni rastro de vida en el planeta. De esta forma podríamos entender, que toda esa energía que un día perteneció a un ser humano, después de liberarse, puede llegar a quedarse muy cerca de sus seres más queridos, en lugar de continuar con su camino hacia una dimensión superior. Algunos han llamado a esto la liberación del alma.

Muchas personas afirman que durante la presencia de una de estas esferas han llegado a recibir en su mente, de manera telepática, una serie de mensajes muy significativos. Otros aseguran, que tras avistar alguno de estos raros círculos luminosos, han podido comprobar con sus propios ojos como se dividían en decenas de partículas más pequeñas, hasta llegar a desaparecer completamente. Como también podemos encontrar algunos testimonios de personas que han sido testigos de una de estas presencias, que en un principio se han mostrado de un color claro y brillante con forma ovalada, y al cabo de unos segundos sorprendentemente han comenzado a cambiar constantemente de forma y de color, como si de un juego se tratara. Yo nunca fui testigo de ninguna de estas dos últimas afirmaciones.

De esta manera podemos llegar a entender, que estas esferas son almas que quedaron vagando en todos esos lugares donde un día tras fallecer fueron liberadas, y que decidieron permanecer allí para estar más cerca de sus familiares; bien por qué se encuentran tan confundidas como perdidas, o porque les quedó algo pendiente. Y esto claramente podría explicar, que al ocupar otras personas esos espacios que anteriormente les pertenecieron, invadiendo lo que un día fueron sus hogares, reaccionen contra nosotros intentando intimidarnos de distintas maneras, dando lugar a toda esa clase de fenómenos para-normales.

Pero la presencia de estas esferas no tiene por qué ser siempre algo negativo. Muchísimas veces se muestran a nosotros intentando hacernos llegar todo tipo de mensajes; bien sea algo que no terminaron de resolver, o simplemente ponernos en alerta sobre algún peligro. Recuerdo el relato que me contó un conocido, que este a su vez sabía perfectamente al ser un familiar directo del protagonista de este increíble suceso, en el que uno de estos orbs, durante un periodo tiempo, estuvo entrando en su cabeza para dejarle una y otra vez un enigmático mensaje. El padre de esta persona era un anciano muy serio que había vivido toda su vida en el campo. Un tipo de esos a los que la soledad les hace desconfiar de todo el mundo, no hablar por no gastar, y tener la misma simpatía que un vikingo en el momento de un saqueo hacia cualquiera que se le ocurriera intentar dirigirle la palabra. Tras vivir una adolescencia realmente dura en tiempos de guerra (la guerra

civil española) se había convertido en el hombre más detestable, ruin y avariento, que alguien pueda imaginar. Solamente tenía un hijo, el tío de mi amigo, con el que no tenía una buena relación, y al que a pesar de tener muchísimo dinero nunca habría querido ayudar, por mucho que a este le hiciera falta. Incluso había sido capaz de negarse a prestarle una pequeña cantidad de dinero para impedir que le embargaran el único coche que tenía para poder ir al trabajo, que al final tuvo que perder por no poder hacer frente a las últimas letras que le faltaban por pagar de uno de esos préstamos personales. A pesar de este incomprensible comportamiento, su hijo, cada día al salir del trabajo pasaba para verle y hacerle las tareas de la casa, ya que el anciano solo y enfermo era incapaz de realizarlas por sí solo. Había días que en el transcurso de esas visitas no era capaz de dirigirle ni una sola palabra de más que no fuese un simple sí o no. A pesar de la difícil relación que existía entre los dos, no podía abandonar a su suerte a su enfermo padre, que no tenía a nadie más que a él en este mundo. Así es que continuó sufriendo durante años toda clase de insultos y menosprecios de ese neandertal que tenía por padre, haciéndose cargo de él hasta el mismo día de su muerte. Muerte que ocurrió justo un día después de confesarle, en medio de lo que resultó ser una lenta agonía, que le había dejado toda su fortuna y hasta la última peseta a las ancianas hermanas del Convento que había en las afueras de la ciudad. Poco tiempo después, para su sorpresa, tras recibir una llamada y acudir a la lectura del testamento, se enteró de que al menos le había dejado en herencia aquella casa de campo vieja y alejada de cualquier rastro de civilización, en la que sus padres habían vivido durante toda la vida. Así que después de pensar que no quería tener ningún recuerdo de su “amado padre,” y todo el sufrimiento que los recuerdos de aquella casa le supondrían, decidió ponerla inmediatamente a la venta. Aunque sabía que no iba a conseguir mucho dinero por ella, por el estado en el que se encontraba y el lugar tan apartado en el que estaba ubicada, lo poco que le dieran le serviría para saldar algunas de sus numerosas deudas de juego. Apenas dos días después de ponerla a la venta, inesperadamente, recibió un par de ofertas considerables. Y una noche, tras terminar de atender una llamada en la que se había acordado una cita al día siguiente para señalizar la venta de la casa, mientras se dirigía hacia la cocina para preparar algo para la cena, vio una esfera blanca y muy luminosa del tamaño de una bola de billar, que circulaba a una considerable velocidad desde el interior del pasillo hasta donde él se encontraba, parándose después en seco enfrente suya a la altura de sus ojos, mientras este la observaba fijamente a la vez que intentaba contener sus piernas temblorosas por el miedo. Después de permanecer totalmente inmóvil delante suya durante varios segundos, desapareció tras esfumarse al igual que lo hace el blanco humo de un cigarrillo. Lo siguiente que recuerda es que en su cabeza había escuchado repetidamente una única frase que decía: “Ten cuidado con el sofá”.

Conmocionado por lo que había pasado pero sin apenas prestar mucha atención a que podía significar aquella enigmática frase, se metió en la cama para intentar dormir. Esa misma madrugada tuvo un sueño, en el que su padre, a diferencia de cómo durante toda la vida le había tratado, le decía en un tono cariñoso y con cara muy sonriente “ten cuidado con el sofá”. Tras despertarse e inmediatamente recordar el extraño sueño que acababa de tener, se convenció a sí mismo, que había sido infundido al caer profundamente dormido mientras pensaba demasiado en aquel increíble suceso que horas antes de irse a dormir había presenciado. Y ahora mucho más confuso, comenzaba a dudar si había ocurrido de verdad o no. Después de señalizar la casa y durante el mes y medio que duró el proceso de la venta, continuó teniendo toda clase de extravagantes sueños en los que él se encontraba en medio de distintas situaciones, pero con la curiosa coincidencia de que en todos esos sueños, que parecían tan reales, siempre aparecía una

única persona, su padre, para repetirle una y otra vez esa misma frase: “ten cuidado con el sofá”. En medio de esas repetidas pesadillas se despertaba repentinamente, y al abrir los ojos podía ver como una esfera blanca que parecía ser similar a la que él recordaba haber visto, al encender la luz, salía disparada a una velocidad vertiginosa de la habitación, al igual que lo haría una de esas naves extraterrestres que aparecen en las películas de ficción y desaparecen tras ser descubiertas. Así es que muy asustado por el estrés que le estaba generando todo esto, decidió acudir a un médico especialista para poder descartar cualquier tipo de enfermedad mental.

Exactamente el mismo día que se hizo la entrega de las llaves de la casa, hacia la media tarde, recibió una llamada de los nuevos propietarios en la que le pedían encarecidamente que por favor se personase en la vivienda lo antes posible. Este, tan asustado como intrigado y sin perder el tiempo en lo más mínimo, tras colgar el teléfono se dirigió rápidamente hacia la casa. Al llegar a ella le estaban esperando con la puerta abierta, y agarrándole ambos dueños de las manos, tiraron de él haciéndole entrar por la fuerza en el salón. Entonces, sin dejarle hacer ni una sola pregunta, le señalaron un feo y viejo sofá de color verde intenso que parecía tener no menos de cien años, para seguidamente empezar a contarle lo que les había pasado. Sorprendentemente, mientras quitaban los cojines de aquel horrible sofá para cargarlos en el camión que debía llevar todos esos antiguos enseres al vertedero, habían encontrado debajo de uno de ellos un hueco, en el que en su interior se encontraba un extraño paquete; una caja del tamaño de las corrientes cajas de zapatos, pero un poco más profunda, cerrada perfectamente con montones de vueltas de fuerte precinto. Al sacarla y abrirla para comprobar que podía ser, quedaron totalmente sorprendidos al ver que en su interior había una gran cantidad de billetes. Entre los fajos de billetes de cinco mil y diez mil pesetas que encontraron había un total de medio millón de las antiguas pesetas.

Aquella esfera de luz tal vez sería el alma de su padre, que había intentado comunicarse una y otra vez con él para advertirle de la cantidad de dinero que tenía escondido allí. Los nuevos propietarios demostraron ser las personas más íntegras con las que alguien se pueda topar. Para que te hagas una idea de lo buenas personas que eran, basta con decir, que nadie sabía de la existencia de aquel dinero, y que al estar en su casa no tenían por qué dar parte de ello a nadie. Solo tendrían que haber esperado por un tiempo y si nadie lo reclamaba sería totalmente suyo. Pero lo más sorprendente aún sería, que pagaron por la casa cuatrocientas mil pesetas más del total del dinero que encontraron en aquel sofá.

Este es el testimonio real de como una de esas esferas luminosas interactuó durante un tiempo telepáticamente con una persona, un familiar directo en este caso. ¿Porque su padre que nunca le había ayudado y le había casi desheredado en vida ahora había intentado hacerle saber de la existencia de aquel dinero escondido? Esto es una gran incógnita que puede tener varios puntos de interpretación, pero que seguramente podremos resolver cuando dejemos atrás este imperfecto cuerpo y todo lo material que tanto necesita. Puedo dar fe de la existencia de estas esferas que actúan de una manera inteligente, y sé, con toda seguridad, que este mundo está repleto de complejos seres que conviven a diario con nosotros... Aunque en esta ocasión yo no fui testigo directo, como sí lo sería en el suceso que podrás descubrir si sigues leyendo a continuación.

Mi experiencia con orbs

Desde siempre he tenido muchísimas inquietudes y una gran atracción por cualquier forma artística de expresión. Me gusta la pintura, pinto un poco, ¡pinto fatal! Y es por esto, por lo que

para mí consuelo, he creado mi propio estilo, refugiándome al amparo de la infravalorada pintura abstracta, en la que puedo reflejar toda clase de “obras” que, al estar únicamente en mi cabeza y tras plasmarlas en todo tipo de superficies inimaginables, solo puedo entenderlas yo. Así es que en lo que a pintura se refiere, soy uno más de los tantos “pintores” frustrados, que aun sabiendo lo mal que pintan se empeñan en conservar algunas de sus mejores obras, negándose así a depositarlas en un contenedor para que más tarde alguien con muy buen gusto las rescate para disfrutarlas. Aunque quizás, lo más importante de esta afición tan compleja, podría ser los beneficios que uno puede llegar a conseguir mentalmente, mientras se empeña en la imposible tarea de intentar mezclar los colores de una manera tan inteligente como lo hacía el mismísimo Monet en cada una de sus extraordinarias obras. Y es que esta tarea, es una de las pocas y efectivas maneras, en las que en contadas ocasiones consigo mantener a raya parte de esos miles de billones de pensamientos, que compiten velozmente entre ellos durante la mayor parte del día en el interior de esta inquieta cabeza. También me gusta muchísimo la música, seguramente lo que más. Cuando era pequeño, un día, mi padre que venía de trabajar de un edificio que iban a derribar, llegó a casa con un montón de juguetes entre los que se encontraba una vieja guitarra, y al dejarlos en el suelo, mientras mis hermanos peleaban unos con otros por hacerse con algún cochecito o peluche, yo me abalancé instintivamente hacia esa guitarra. Tras regalar horas y horas de martirio a mis pobres vecinos, y después de perder un par de guitarras más que habían sufrido el casual accidente producido por los nervios que provocaban mis desafinadas canciones en el cerebro de mi pobre madre, aprendí con la única ayuda de la tozudez adquirida por mi signo Tauro, y como se suele decir de oído, algunos acordes de guitarra. Con ellos, a lo largo de los años he logrado componer más de treinta canciones. Mis canciones, esa pequeña parte de mí que muestra muchos de los sentimientos que los de este signo tan complicado escondemos detrás de una fuerte coraza. Algunas de estas canciones, no hace mucho tiempo, las grabé un poco a lo loco y sin prepararlas como se merecían, en el estudio medio improvisado de un genio de la música amigo mío. Y tras registrarlas, creyendo que podrían ser buenas y que le podían gustar a alguien, me animé a compartirlas (un poco empujado por la mujer que tengo hoy a mi lado, que hace con ese don tan especial que tiene que mis desgracias de esta vida se conviertan en toda clase de increíbles oportunidades) con el resto del mundo a través de un canal de YouTube. Una auténtica locura para alguien tan inseguro y vergonzoso como yo. Aunque jamás imaginé que una de ellas alcanzaría la increíble cifra de ¡doce mil reproducciones! Pero soy consciente que es solo por el título de esta canción que dediqué a todas esas personas que al igual que yo están pasando por esta inentendible enfermedad. Por eso, al escribir en el buscador la palabra FIBROMIALGIA hace que sea muy fácil de encontrar esta canción, mi canción. Y es ahora, después de estos primeros siete años de lucha, en los que la enfermedad me ha robado por completo toda la energía, las ganas de vivir, y la poca voz que tenía para seguir componiendo, cuando en el intento de continuar manteniéndome vivo, he elegido esta complicada y atrevida manera de expresarme y de sacar parte de lo que llevo tan adentro. Obligándome a ello al hacerme sentir que si no lo hago algún día explotaré. Así es que aquí me encuentro ahora, luchando constantemente contra mi cerebro, que intenta a cada segundo disuadirme de mi empeño, noqueándome por completo para privarme de esa escasa lucidez que a veces tengo, enviando hacia mis nervios las habituales e incomprensibles señales de dolor que me hacen recordar que sigo enfermo. Y me sigue puteando sin aviso alguno, sumergiéndome cuando le viene en gana en esa angustiada niebla, que me impide por momentos, tan siquiera recordar el nombre de mis amados hijos que tanto echo de menos; Dani, Aarón y mi complicada Naima, aunque tenga que resignarme a quererlos desde la distancia y en silencio. Y

sufrir esas lagunas que me hacen avergonzarme al tener que preguntar a alguien que es lo que un segundo antes estaba yo haciendo. También soy un apasionado de la fotografía y por esta razón, continuando con el hilo de esta historia, decidí comprar una cámara fotográfica de una calidad medianamente profesional. El mismo día que la compré estaba tan entusiasmado con ella que de camino a casa, cuando se ponían los semáforos en rojo, me embobaba como un niño girando y tocando todos esos botones de la cámara que eran tan nuevos para mí. Hasta el punto en que me llevé la reprimenda de más de uno de los conductores cabreados que no dejaban de pitarme y hacerme toda clase de gestos, no muy amables, por mi indiferencia al ponerse el disco en verde y seguir totalmente despistado y trasteando mi nuevo juguete, quedándome completamente parado en el semáforo como si no fuese conmigo la cosa. Al llegar a casa me senté en el sofá del salón, y con la poca batería que tenía empecé a hacer un montón de fotografías a todo lo que se me podía ocurrir. Jugando desde lejos con el aumento, cambiando escenarios, tamaños, luces, parte de detrás desenfocada, retoques... hasta ahí nada excepcional que contar. Pero la sorpresa llegó al ponerme a examinar las fotos que hice mientras se las mostraba a un amigo que acababa de llegar a casa, que había venido a enseñarme como debía utilizar aquella cámara que era la misma que él también tenía. Empezamos a ver que en muchas de las fotografías que había hecho, se veía con total claridad una esfera del tamaño de una pelota de tenis, que tenía un color blanco opaco y parecía flotar a sus anchas por toda la estancia. Lo más extraño, que a mi amigo que defendía la teoría de las manchas de polvo y/o reflejos en el objetivo le dejó un poco dubitativo, fue lo que capté al activar sin saber muy bien lo que hacía el botón de ráfaga repetida de disparos, que servía para hacer una de esas secuencias de fotos que al juntarlas se podía ver las dos estancias de la casa en una sola. Sorprendentemente se veía como aquella extraña esfera, que en la primera foto aparecía junto a la puerta del pasillo, a medida que veíamos las demás fotografías iba apareciendo en cada una de ellas como si tuviese vida propia y cruzase de un lado a otro del salón, describiendo un recorrido similar a las pronunciadas subidas y bajadas de los raíles de una montaña rusa. Aquello parecía tener vida propia y mostraba una autonomía inteligente, al contrario del recorrido que suele hacer una partícula de polvo cuando es arrastrada por cualquier tipo de corriente. Después de ver esto, fuimos cuarto por cuarto haciendo fotos en todas las direcciones para intentar volver a captar aquella esfera tan rara. Por desgracia para nosotros esta vez no pudimos encontrar nada, y no conseguimos volver a cazar aquella bola brillante. Ni siquiera al repetir la foto en la misma estancia en la que antes sin quererlo la había fotografiado.

La casa parecía estar más en calma en cuanto a actividad para-normal, a excepción de pequeños sucesos puntuales que ocurrían de cuando en cuando. Una madrugada, sobre las tres de la mañana más o menos, nos despertamos repentinamente con un fuerte ruido que venía del salón, y al levantarnos a mirar que había pasado, encontramos que se había caído al suelo un antiguo papiro egipcio que tenía enmarcado en un cuadro de cristal, rompiéndose este por completo. La verdad es algo de lo más extraño. ¿Cómo puede caerse un cuadro que se encuentra perfectamente colgado con un cáncamo cerrado metido en una alcayata, que por el efecto de la gravedad hace que sea algo imposible y que se necesite de la acción de una fuerza hacia el lado contrario para sacarlo? Igual de extraño era que, tanto el cáncamo como la alcayata seguían después del fuerte golpe perfectamente colocados en su lugar. Pero esto no era algo lo suficientemente contundente para poder afirmar que se tratara de un fenómeno sobrenatural.

Otra cosa muy curiosa que sucedía era que todo por alguna extraña razón se rompía. En un mismo mes cambié casi todos los electrodomésticos de la casa; la nevera dejó de enfriar, la lavadora no volvió a enchufarse, se desprendió la cuchilla de la batidora, el tostador no calentaba,

la vitrocerámica amaneció un día con un golpe en el centro y se había partido el cristal, en la secadora dejó de girar el tambor... y todo esto eran electrodomésticos bastante nuevos que no tenían mucho tiempo. Un día regresamos a casa después de hacer unas compras, y al entrar al baño descubrimos que el mármol que sujetaba el lavabo se había partido por completo. Los vasos también caían como moscas de una manera muy extraña; de repente caía el culo del vaso al suelo como si lo cortaran de un golpe seco con una catana muy afilada, y te quedabas con el resto del vaso de una sola pieza en la mano. A pesar de todo esto no podíamos pensar otra cosa que no fuese que estábamos atravesando una mala racha. Aconsejados una vez más por mi buen compañero de trabajo, decidimos acudir a una de esas curanderas que “curan” el mal de ojo, para ver si se podía tratar de uno de estos casos. Al llegar al sitio donde vivía esta curandera, que era tan importante y conocida en el lugar que tenías que solicitar antes una cita previa, y aun así esperar junto con otras personas más en una sala de espera que había improvisado en el comedor de su casa, empecé a encontrarme muy mal. Sentía el estómago descompuesto y un fuerte mareo, como cuando entro en una de esas casas rebosantes de una gran actividad negativa y me hace enfermar repentinamente. Finalmente, después de aguantar el tipo durante más de cuarenta minutos, nos tocó el turno a nosotros. Tras entrar en una habitación que estaba repleta de montones de tallas religiosas iluminadas por las luces de las llamas de una veintena de cirios color rojo, y las paredes totalmente empapeladas con toda clase de fotografías y carteles de las distintas vírgenes que esta anciana tan devota veneraba, nos encontramos con una señora muy mayor de una estatura realmente baja, que curiosamente se parecía muchísimo, o a mí me lo parecía, a la persona que interpreta el papel de médium en la famosa película de terror Poltergeist. Me miró a los ojos fijamente con una mirada muy dulce pero intensamente penetrante, y me dijo que me sentara en una vieja silla que había en el centro de la singular habitación. Después de sentarme intenté hablarle para contarle porque estábamos allí, pero esta inmediatamente me interrumpió ordenándome de una manera un poco brusca que me callara. Al poner sus manos sobre mi cabeza y bajarlas hasta mi nuca, comenzó a decir con una voz susurrante y extrañamente diferente a la que hasta el momento habíamos oído salir de su boca: “Me dice que te diga que estés muy tranquilo, que lo que tienes es un simple ardor de estómago porque cenas demasiado tarde y te acuestas con el estómago lleno... que te observa todas las madrugadas en las que te levantas a tomar un vaso de agua con bicarbonato. Dice que no está el solo, que su mujer también está allí y que lo único que quieren es que los dejéis en paz”.

Después se quedó en silencio durante unos segundos para luego decirme que lo que estaba sintiendo era normal, que yo tenía una gran luz y que si quería podía conectar con cualquier espíritu. Que cuando me siento tan mal, con esa angustia y mareado, es porque estoy notando la presencia de uno de ellos. Al preguntarle yo quien le había contado lo de mi ardor de estómago, me dijo que se lo había contado José, el dueño de la casa. La verdad es que salí de allí con una sensación muy contradictoria; por una parte me había dicho algunas cosas que me asustaban muchísimo porque nadie podía saberlas con tanta exactitud, pero por otro lado con el nombre del antiguo propietario había fallado por completo, o eso es lo que yo pensaba.

No llevaba mucho tiempo viviendo allí como para andar tocando puertas en busca de información, así que tuve la brillante idea de intentar hacer amistad con alguno de los vecinos y así poder averiguar algo de lo que podía haber pasado en aquella enigmática casa. Decidí preguntar a un señor mayor que vivía en el piso de más abajo, que a diferencia del resto de vecinos de vez en cuando nos saludaba y tenía cara de ser muy simpático. No podía lincharle a preguntas a la primera de cambio, así que fui poco a poco ganándome su confianza. Después de

unas semanas, en las que el abuelo ya me había contado una y otra vez todo lo que había sufrido viajando de un lado a otro en su juventud en busca de trabajo, y todas las calamidades por las que había pasado, me animé a empezar con una simple pregunta. Al preguntarle por los antiguos dueños, este empezó a reírse a la vez que me preguntó de cuál de todos ellos quería saber algo. Por lo visto, ese charlatán tan bien vestido que me había enviado el banco me había hecho olvidar con toda esa palabrería uno de mis principios; el que me hace desconfiar de todas esas personas trajeadas, demasiado simpáticas y que sistemáticamente te dan siempre la razón. Me había mentido, como era de esperar. Le dije que yo solo sabía algunas cosas sobre la pareja portuguesa que se divorció, que sabía que el banco les había quitado la vivienda por impago. Pero antes de dejarme terminar la frase este volvió a reírse a carcajadas para después otra vez sorprenderme diciéndome que allí, en esa misma casa, se habían divorciado al menos dos matrimonios más. Me quedé sin habla y absolutamente alucinado. Después de esto continuó diciéndome que este piso lo había comprado un matrimonio mayor por primera vez. Una pareja tan entrañable que los veían ir a todos lados agarrados de la mano, que se querían tanto que, tras apenas vivir allí unos cuatro años la señora repentinamente falleció mientras dormía en su habitación, y el dueño, que se llamaba José, (¡cómo me haba dicho la curandera!) estuvo muriéndose de pena durante el siguiente año, mientras miraba a todas horas por la ventana como esperando a que volviera la mujer que tanto había amado, y hasta que un día su corazón también dejó de latir. Según el anciano, después de ellos y hasta llegar yo habrían pasado por allí tres matrimonios más, que curiosamente habían terminado todos de la misma manera; divorciándose poco antes de abandonar aquella encantada y destructiva casa.

Con todo lo listo que yo siempre he creído ser me habían mentido como a un niño, y no tuve la más mínima idea de por lo menos antes de comprar el piso haberme informado bien preguntándole a los vecinos. Hoy es algo que suelo hacer sin ningún tipo de reparo, aunque he tenido que caer alguna vez más en la misma piedra para empezar a ponerlo en práctica. Tus vecinos lo saben todo sobre ti. Incluso a veces, algunos vecinos saben más de lo que uno mismo pueda saber de lo que pasa en su propia casa.

Ahora sí que tenía un verdadero problema. No podía perdonarme el haber comprado esa casa, y lo peor aún, después de haber tenido aquel extraño sueño revelador en el que sentí que el estar allí me causaría mucho dolor. Entre toda esta angustia y el malestar que me producía aquella situación tan complicada, casi no recordaba ya que en poco más de una semana tenía una intervención programada en el hombro, para quitarme un lipoma que había crecido considerablemente hacia adentro y que al trabajar me causaba bastante dolor. Yo, que con el paso de los años había dejado atrás ese muchacho intrépido que tanto le gustaba sentir la emoción de lo arriesgado, lo imposible, lo desconocido, circulando siempre en el sentido contrario a toda acción sensata y prudente, me encontraba muy nervioso ante la proximidad de aquella intervención. Así que cada día que pasaba y que me acercaba más a la fecha programada, me hacía sentir mucho más nervios y no podía conciliar el sueño por las noches. Entonces llegó esa última noche antes de la operación. Al día siguiente tenía que acudir al hospital para ingresar y no podía dormir. Me levanté y me fui al salón para ver la televisión tumbado en el sofá. Cuando me encontraba casi a oscuras con la única luz de la televisión, pasando de un canal a otro en busca de algún programa para ver entre tanto anuncio de teletienda de los que emiten a esas altas horas de la madrugada, me pareció ver algo que cruzaba rápidamente por delante de la puerta del salón hacia el pasillo. No pude ver que era y continúe mirando la tele sin prestar mucha atención a lo que había pasado. Tenía la cabeza demasiado ocupada con todo lo que me esperaba a la mañana siguiente, cuando de

repente, instintivamente volví otra vez la cabeza hacia mi lado izquierdo y ¡allí estaba esa cosa delante de mí! Quedó unos segundos suspendida en el aire a escasos centímetros de mi cabeza, para después desplazarse rapidísimamente en dirección hacia el televisor. Juro que le vi entrar en la televisión y nada más hacerlo esta se apagó. Quedé sentado un momento totalmente a oscuras, temblando de miedo, intentando asimilar aquello que acababa de suceder. La misma esfera luminosa (o eso es lo que yo creía) que había podido grabar semanas antes con mi cámara, había pasado delante de mí y estaba escondida en el televisor. Me levanté y encendí todas las luces que tenía a mi alcance sin perder de vista la televisión. Me acerqué hasta ella y miré por todas partes a ver dónde podía estar, pero ni rastro de aquel ser tan extraño. La sorpresa mayor fue cuando decidí encender el aparato otra vez pensando que esto podría asustarla y hacerla salir de su interior, que es donde pude ver que se había metido. La televisión, que apenas tenía tres años ya no funcionaba. No podía enchufarse, ni hacia luz, ni emitía sonido alguno. Aquella esfera la había estropeado. Sé que es muy difícil de entender pero juro que fue así como sucedió. Después de unos días, tras recuperarme de la operación, llevamos la televisión al servicio técnico de la marca. Tras examinarla a fondo nos dijeron que había sufrido una sobre carga de energía que había calcinado el interior y que teníamos mucha suerte de que esto no hubiese provocado un grave incendio.

Esta era la gota que terminaba de colmar el vaso. Estaba tan enfadado que decidí enfrentarme a aquella cosa. Me pasaba el día gritándole e intentando provocarle con toda clase de frases desafiantes. Cualquiera que me viera hablando solo por las habitaciones y por el pasillo habría pensado que yo estaba totalmente chalado. Entonces una idea me vino a la cabeza. Dejé a un lado la vergüenza que me producía hablar de aquello con alguien y me fui directamente a una iglesia de mi barrio. A pesar de no creer en las iglesias (creo en dios no en el hombre) y de que había oído que aquel “sacerdote” parecía haber estado envuelto en algún que otro escándalo sexual con algunas señoras casadas del barrio (por habladurías de los vecinos que nunca se llegaron a demostrar) pensé, que de la misma manera que en mi niñez había presenciado como un cura entraba en el colegio para resolver un caso de espíritus malignos, este podía ir a mi casa para intentar echar a aquella alma en pena que me estaba atormentando. No podía recordar la última vez que yo había entrado en una iglesia, pero me atrevo a decir que sería con total seguridad la segunda vez en más de treinta años. Al entrar me encontré en medio de una “misa”, y me quedé bastante sorprendido al descubrir quien se escondía detrás de aquella túnica. Yo tenía en la cabeza la imagen del típico señor arrugado, de sesenta y pico años, con gafas de culo de vaso, medio calvo y barrigón, pero para mi sorpresa resultó ser alguien que conocía muy bien desde la niñez y que tenía mi misma edad. Este hombre había cursado algunos años en el mismo colegio que yo y le recordaba perfectamente por que formaba parte del equipo contrario de fútbol con el que me había enfrentado en el recreo durante tantos años. ¡Qué casualidad! Después desapareció del colegio y ya nunca más volví a saber de él. Una vez finalizó la misa, me acerqué hasta él para pedirle que me escuchara unos minutos. Este me reconoció enseguida. Incluso se acordaba de mi nombre, al contrario que yo, que por más que pensaba y pensaba mientras le miraba a la cara no lograba recordar el suyo. Después de contarme por qué se había marchado del colegio y como le había ido la vida durante estos años, me cedió el turno para que le hiciese un breve repaso de lo que había sido hasta ahora la mía. Me estuvo escuchando muy atentamente y sonriendo hasta que llegué a la parte que me había hecho entrar allí. Entonces pude ver, que a medida que le relataba los sucesos que me habían pasado en aquella casa, su cara empezó a cambiar a modo de preocupación. Al terminar mi relato le pedí por favor que si podía venir a casa para de alguna manera ayudarme.

Este me dijo, que lo único que podía hacer por mí era ir a mi hogar para bendecirlo, pero que no sabía hasta qué punto esto podría ser eficaz. Por intentarlo no perdimos nada, así que quedamos en que al día siguiente a las seis de la tarde estaría allí.

Llegó a casa un poco antes de las seis, vestido con ropa de calle y en su mano portaba una mochila. Me pidió un lugar donde poder cambiarse y tras unos minutos salió vestido con una de esas túnicas, una biblia en la mano y un pequeño bastoncito; como la empuñadura de una espada que terminaba en forma de corona. Después de preguntar que era aquello, me dijo que se trataba simplemente de un esparcidor de agua bendita, y en ese momento sentí un fuerte escalofrío aterrador que jamás he vuelto a sentir, ni quiero. Me invitó a marcharme, haciéndome entender que él no podría asegurar mi seguridad mientras realizara aquel ritual. Pero aunque estaba temblando de miedo, decidí permanecer a su lado para comprobar por mí mismo todo lo que pudiera acontecer.

Empezó desde la primera habitación del interior de la casa a salpicar todos los muebles y cada rincón con el agua que emanaba cada vez que agitaba aquel bastón, al mismo tiempo que recitaba toda clase de pasajes de su biblia en voz muy alta. Todo transcurrió en la calma más absoluta, hasta llegar a la siniestra habitación. Una vez que entramos, pudimos escuchar los dos claramente una serie de golpes extraños que recorrían toda la estancia. Entonces me dijo que abriera rápidamente la ventana, y así lo hice. Después de terminar con aquella habitación, en la que estuvo mucho más tiempo que en las demás estancias, continuó hasta llegar a la puerta de la entrada de la casa, y una vez allí me arrojó a mí también agua bendita, al mismo tiempo que en su oración pedía para mi protección. Al terminar me dijo que había ido todo muy bien, que no había que preocuparse demasiado, que aquello que había allí no creía que pudiera ser tan malo como en un principio él presumía.

Después de aquel día la casa volvió a gozar de muy buena armonía. No volví a ver, escuchar, o sentir nada extraño. Pero curiosamente en menos de un año enfermé, perdí mi trabajo, terminé mi relación de pareja y acabé firmando un acuerdo de dación en pago con el banco. Hoy viven allí muy felizmente, o al menos eso es lo que parece, un matrimonio con sus dos hijos pequeños. Cada vez que paso por debajo y miro hacia las ventanas sigo sintiendo escalofríos.

Las señales de mi padre

No sabría decir que fue peor: si perder tanto dinero con aquella casa, o todo el tiempo que había malgastado intentando vivir en ella. El caso es que al final, después de todo lo que había pasado y cuando comenzaba a sentirme un poco más a gusto, mi suerte cambió de tal manera, que tuve que volver a empezar desde el principio, una vez más. Casi al mismo tiempo en que yo buscaba desesperadamente un lugar donde guardar mis cosas para poder entregar las llaves al banco cuanto antes, mi padre, que acababa de separarse, gracias a la ayuda de un buen vecino encontró un piso en alquiler, y me propuso que me fuese a vivir con él. De esa manera compartiríamos todos los gastos, lo que nos vendría a los dos, dada la situación tan delicada en la que ambos nos encontrábamos, francamente bien. Aquello me vino como agua de mayo y enseguida llevé mis cosas y me instalé en una de las tres habitaciones que tenía. La verdad es que a primera vista no era una casa en la que te podías sentir muy cómodo, porque además de lo antigua que era, estaba completamente amueblada con muebles tan viejos que parecían ser de antes de la guerra civil. Y a pesar de que soy un gran amante de toda esa clase de objetos que superan los cien años, esto me hacía pensar en cuantas personas habrían pasado por allí, pero peor aún, después de todo lo que había sufrido en mi anterior casa, con qué tipo de energías podía llegar a encontrarme. Pero si bien es verdad, que cuando estaba yo solo en la casa no lograba apenas descansar, manteniéndome siempre en alerta a la espera de que pasara alguno de los tantos fenómenos tan extraños, que a lo largo de mi vida me han acompañado por donde quiera que voy, nunca llegué a ver, ni llegó a suceder allí nada que me hiciera perder la calma. Aunque verdaderamente no me dio casi tiempo a comprobar la salud energética de aquella vivienda, en la que finalmente, después de un trágico acontecimiento, por desgracia para mí, tan solo fueron unos meses los que pasé, y como vuelvo a repetir, no hubo ni rastro de actividad para-normal.

La relación que tuve con mi padre durante su corta pero intensa vida no fue muy buena. Él, por cuestiones varias de la vida, nunca estuvo pendiente o más bien no pudo ejercer de padre de ninguno de sus siete hijos. No es que fuese una mala persona, más bien lo contrario, pero quizás el barrio lo engulló de tal manera que no supo ser el hombre que en realidad era, ni pudo vivir la vida que esa persona que escondía tan adentro hubiese merecido. Probablemente puedo contar con los dedos de una única mano los buenos recuerdos que tengo con él. Pero si me tengo que quedar con solo uno, por raro que pueda parecer, mi recuerdo más feliz sería durante la infancia, un día en el que me llevó a un campo de cultivo para “coger” alguna cosa que llevar a casa para poder comer. No sé si yo tendría diez u once años cuando me subió en su Bultaco y me llevó por unas estrechas carreteras llenas de baches y piedras, que discurrían entre los abundantes huertos de frutas y hortalizas que había en las afueras de la ciudad. Cuando llevábamos un buen rato de recorrido, nos detuvimos en la entrada de un estrecho camino para bajarnos de la moto y seguir andando, mientras mi padre la empujaba con el motor parado para así evitar hacer ruido y que alguien nos pudiese ver. Continuamos andando hasta llegar a unos altos matorrales que había debajo de unos frondosos árboles muy descuidados y dejados de la mano de cualquier jardinero, separando en dos enormes mitades aquellos extensos bancales de hortalizas que había justo en el final de ese estrecho camino. Entonces mi padre, con mucha destreza y rapidez escondió la moto entre aquellos arbustos, y me llevó de la mano por una pequeña senda que bordeaba el interminable lateral de aquel terreno, después de advertirme en repetidas veces que no podía

volver a hablar hasta nueva orden. Llegamos casi al centro de un extenso bancal de alcachofas y se quitó la camisa formando con ella una especie de saco, para seguidamente entregármelo a mí. Mientras yo le sostenía aquella bolsa improvisada, él cortaba a toda prisa todas las alcachofas que podía sin perder de vista el principio del camino. En menos de un minuto ya no había ni una alcachofa más, así que volvimos corriendo hacia el lugar donde teníamos la moto bien escondida. Apenas faltaban unos metros para llegar hasta ella, cuando de repente escuchamos un fuerte estruendo que nos hizo parar en seco. Al mirar atrás vimos a lo lejos a un hombre que nos gritaba mientras en sus manos sostenía lo que parecía ser una escopeta de caza. Casi sin darme cuenta, mi padre, después de tirar al suelo todo lo que “habíamos cogido prestado”, me agarró por la cintura echando a correr con la misma entrega que lo hace uno de esos atletas de cien metros lisos que se encuentra en la final de unos juegos olímpicos, pero soportando además el peso de mi cuerpo entre sus brazos, y hasta por fin llegar al final de aquel camino. Incluso después de arrancar la moto y salir de allí a todo puño seguimos escuchando los disparos de aquel loco. Quiero pensar que intentaba asustarnos y que nos tiraba con cartuchos de fogeo, porque no veo a nadie capaz de matar a un padre con su pequeño hijo por un puñado de míseras alcachofas. Aquella noche la pasé llorando de felicidad mientras recordaba la fantástica aventura que había vivido con él. Mi padre, al igual que me pasa ahora a mí con las personas que más quiero, no había sido nunca capaz de demostrar sus sentimientos hacia nosotros. Aquel acto de protección que había tenido hacia mí y la increíble y divertidísima aventura que me había hecho pasar esa misma tarde, me hizo sentirme muy querido por él. No recuerdo un solo beso suyo anterior a los pocos que me dio durante los últimos tres días de su vida.

Una mañana, después de haber pasado toda la noche buscando a mi padre, que como de costumbre había salido a tomar algo, recibí la llamada de uno de mis hermanos que me decía que le habían encontrado en el hospital. Estaba ingresado en la unidad de cuidados intensivos, porque había sufrido lo que en un primer momento parecía ser una grave intoxicación por exceso de alcohol y medicamentos en su cuerpo. Nos dijeron literalmente que estaba muy grave, y que tuviéramos a mano el seguro de defunción. Ojala hubiera sido así. Tras practicarle una serie de distintas pruebas médicas, se dieron cuenta, que lo que en realidad le había ocurrido no era una intoxicación por el alcohol y los medicamentos que se estaba tomando por una fuerte neumonía que no terminaba de curar, y que a consecuencia de esa asquerosa enfermedad que todos tememos tanto que no voy ni a nombrar, sus vías respiratorias se habían cerrado tanto que el oxígeno no podía llegar hasta su cerebro, lo que le hizo caer en un coma profundo. Después de una complicada intervención y una durísima recuperación volvió a casa para seguir con el tratamiento que había decidido tomar, a pesar de que ya sabíamos exactamente el tiempo que le quedaba de vida. Fue algo realmente duro para todos. Mi padre fumaba tres cajetillas de tabaco negro al día y aun así a veces le faltaban cigarrillos, y en la madrugada salía de casa para buscar algún lugar donde poder comprar más tabaco. Él no respiró ni un solo segundo de su vida sin que aquel humo venenoso recorriese sus pulmones contaminando cada milímetro de ellos. Mi padre no murió por la enfermedad, se suicidó lentamente con cada una de las tóxicas caladas que inhalaba con la ayuda de sus labios amarillentos, por el alquitrán y la nicotina del peligroso tabaco negro que le acompañó durante tantos años allí a donde él estuviera. Finalmente, cuando ya no se podía hacer prácticamente nada por él, le ingresaron en un hospital de cuidados paliativos. Este hospital se encuentra a unos veinticinco kilómetros de mi ciudad y cada uno de los días que permaneció ingresado hice ese recorrido dos veces para estar a su lado. Por las noches se quedaba a dormir con él un hermano mío, (el valiente que cuidó también cuando solo era un niño de mi enfermo

abuelo) que nada más salir de trabajar, cansado y sin pasar ni por su casa, venía para relevarme a mí. El resto de mis otros hermanos iban a menudo, aunque menos de lo que ellos querían, ya que no podían dejar sus trabajos para poder estar con él. Aunque siempre que alguno libraba se pasaba el día entero con nosotros acompañándonos. Así estuvimos los tres duros meses que continuó mi padre luchando para seguir respirando, hasta por fin rendirse a la naturaleza para poder sucumbir y descansar en paz. Hasta en tres ocasiones en las que los médicos estaban certificando su muerte él se levantó de la cama ante el asombro de todos. Algunos médicos decían que era alguien extraordinariamente fuerte y que nunca habían presenciado algo parecido. Recuerdo la penúltima vez que entró en coma, y tras avisar al médico de guardia, que enseguida se presentó para examinarlo, este se despidió de nosotros dándonos el más sentido pésame. A la mañana siguiente, cuando estábamos esperando a que todo terminara de una vez, se sentó sobre la cama dando un fuerte impulso para seguidamente pedirnos que le lleváramos rápidamente a hablar con el cura del hospital. Él, que se había pasado toda la vida maldiciendo al cielo, acordándose con feas palabras de todas las vírgenes y santos que puedan existir, nos dijo que Dios, en uno de los tantos sueños que durante esos días críticos había tenido, le había dicho que antes de morir debía confesarse. Y así lo hizo. Dos días después de esto volvió a entrar en coma por cuarta y última vez. Ese mismo día me regalaría una increíble e inolvidable experiencia paranormal que jamás podré olvidar.

Eran las ocho de la tarde más o menos, todos se habían marchado y yo acababa de terminar de lavarle los pies. No sé por qué lo hacía, pero cada vez que nos decían que iba a morir sentía la fuerte necesidad de lavarle los pies a mi padre. Me había sentado en una silla mientras hablaba con mi madre por WhatsApp de todo lo que había sucedido durante el día. Era el mes de marzo y allí siempre tenían puesta muy fuerte la calefacción, así es que como hacía tanto calor la mayor parte del día la pasaba con una fina camiseta de manga corta. De pronto, de una manera tan repentina como inexplicable, empecé a sentir un fuerte frío polar. Inmediatamente se lo dije a mi madre y esta me aconsejó que saliera lo antes posible de allí. Me fui hacia la puerta y una vez la crucé, encontrándome ahora en el largo pasillo de aquel hospital, dejé de sentir ese extraño helor. Me dirigí a la habitación de enfrente, donde había una abuelita muy graciosa cuidando de su marido que estaba enfermo, con la que me llevaba excelentemente bien. Allí seguía haciendo el mismo calor bochornoso de todos los días, de todas horas. Regresé otra vez con mi padre y apenas entré en la habitación nuevamente me volvió a azotar hasta los huesos aquel intenso frío. A todo esto mantuve la conversación de WhatsApp con mi madre mientras le iba contando al detalle todo lo que iba sucediendo. Me quedé fijamente mirándole, apoyado con mi hombro izquierdo sobre el marco de la puerta de la habitación que estaba justo enfrente de la cama de mi padre. Mientras le miraba, podía percibir por la espalda el calor de la fuerte calefacción, a la misma vez que sentía por todo el frente de mi cuerpo aquel intenso frío. Era una sensación realmente extraña y de lo más inexplicable. Finalmente, mientras le miraba insistentemente recorriendo con mis ojos cada centímetro de su cama en busca de no sé muy bien que, empecé a ver como una especie de vapor de niebla, similar a esa gran cantidad de humo que desprende uno de esos nuevos cigarrillos electrónico, que comenzó a salir poco a poco e incomprensiblemente desde la cabeza de mi padre, ascendiendo lentamente hasta el techo para luego desaparecer a través de él. Aquello duró apenas unos segundos, en los que me quedé totalmente paralizado. No fui capaz ni de pensar que tenía el móvil en mis manos y que solo con accionar el botón de la cámara habría podido grabar algo tan increíble y extraordinario que habría dado mucho de qué hablar a todos esos grandes defensores de la ciencia. Cuando por fin pude reaccionar se lo conté inmediatamente a mi

madre, y ella enseguida me contestó que sin ningún lugar a dudas mi padre acababa de dejarnos para siempre. Al mismo tiempo que perdí de vista aquel extraño vapor la habitación recobró por completo su temperatura normal. El cuerpo de mi padre continuó respirando hasta el día siguiente en el que falleció, cuando estábamos todos a su lado. Y digo bien el cuerpo de mi padre, pues desde ese mismo momento en el que salió de él lo que parecía poder ser su alma, la cara le cambió completamente y allí ya no estaba él. Por más que le miraba no podía reconocerle.

Ese mismo día en la sala del tanatorio la gente también era incapaz de reconocer la cara de mi padre. Creo que esto es algo que todos hemos comentado alguna vez sobre algún familiar o algún allegado que ha fallecido, y que siempre justificamos con el exceso de maquillaje que generalmente suelen emplear los profesionales que se encargan del preparado y el aseo de los difuntos. Pero vuelvo a insistir, yo dejé de reconocer en esa cara a mi padre en el mismo segundo en que terminó de desaparecer aquel extrañísimo humo de la habitación del hospital.

Nunca antes pude saber cómo de buena persona era, ni cuanta gente le quería, hasta ese mismo día en el tanatorio. La sala que nos “cedieron” estaba repleta de familiares y amigos, y en la corta ceremonia de despedida de antes del entierro no cabía ni un simple alfiler, hasta el punto en que la gente se agolpaba de pie junto a las paredes de detrás de los asientos de la capilla. Y no es que yo haya asistido a lo largo de mi vida a muchos velatorios, (porque me suelo poner muy malo) pero sí puedo decir que nunca vi algo parecido a lo de mi querido padre. Estuvimos toda la noche a su lado hablando y riéndonos, mientras cada uno de nosotros relataba alguna de las muchas y extravagantes locuras que había hecho en su vida, y a pesar de que nos encontrábamos en un lugar tan triste y serio como este, nos revolcábamos de la risa. Bien entrada la madrugada, cuando todos descansaban como podían entre los cómodos sillones de la sala y de otros un poco más duros que se encontraban en los pasillos, me dirigí hacia ese gran cristal que nos separaba de él, y empecé a hablarle. Esperaba que me contestara de alguna manera. Le buscaba, buscaba alguna señal que me indicara que su alma rondaba por allí. Puede que esto te parezca una locura, pero para mí, que en todos estos años me han pasado tantísimas cosas que me demuestran que hay vida después de la vida, era una esperanza real el poder contactar con él. Al día siguiente, después de haberme pasado toda la noche en vela repasando lo que había sido mi vida con él, mientras buscaba algo que me hiciera saber que había aceptado esta transmigración del alma y que se encontraba bien, me marché a casa para ducharme y poder cambiarme de ropa para el entierro. Después de terminar de asearme me hice un café bien caliente, y como no había cenado nada y el estómago me rugía como cual rey de la selva, decidí conformarlo mojando unas cuantas galletas. Justo en ese momento, mientras únicamente me centraba en no dejar que se mojaran demasiado para que no cayeran en el vaso, una imposible corriente de aire (todas las ventanas de la casa estaban totalmente cerradas) que desprendía un fuerte olor a mi padre, atravesó todo mi cuerpo y pude sentir que él estaba allí y que me abrazaba. Todos tenemos un olor diferente, un olor tan nuestro que es imposible que se repita en cualquier otra persona, al igual que las propias huellas dactilares o las típicas e irrepitibles rayas de las cebras, que hacen que cada ejemplar sea único. ¡Era él!, ¡era su olor! Y esta sería la manera que eligió para despedirse de mí.

Después del entierro no pude seguir viviendo en aquella casa, así que a los pocos días de su muerte alquilé una habitación con baño compartido en la que hoy en día aún sigo viviendo. Unos días después me encerré en el baño para que nadie me viese llorar. Cuando mi padre murió apenas tuve tiempo de pensar en nada, porque tenía que encargarme de arreglar todo lo que le había

quedado pendiente, además de cumplir con la incómoda tarea de contestar a todas las preguntas de los operarios de servicios funerarios. ¿Sabes a que me refiero?, ¿no?, espera, te lo cuento y así lo saco de una vez:

(Antes de empezar tengo que aclarar que esta es la manera en la que yo viví ese momento de mi vida y que es simplemente una opinión basada en una propia experiencia. Que estoy totalmente seguro de que en esta profesión, como en toda otra, hay buenas personas muy profesionales... y otros tantos personajes).

Te sientan en una sala en la que un señor con una cara de amargado y vestido como un banquero (no me gustan nada las personas que visten con traje y corbata, son de las que menos me fio) después de soltarte de carrerilla el mismo ridículo discurso que aprenden para todos y que tienen grabado a fuego en su cerebro de: “Cuanto lo siento, bla, bla, bla...” (Forma parte de su apasionado trabajo) te saca un muestrario con toda clases de ataúdes como si de un coche se tratara, intentando convencerte de que te decidas por el más caro, que es el que lleva todos esos inútiles extras: ataúdes refrigerados que mantienen más tiempo el cadáver, ataúdes biodegradables para evitar una excesiva contaminación, ataúdes con el interior tapizado con materiales muy lujosos, ¡ataúdes con patas desmontables! Ataúdes que finalmente y para su “desconocimiento” acabarán podridos en un corto espacio de tiempo. Todo esto sin mencionar dato alguno y haciendo oídos sordos a todo lo que te pueda alertar en cuanto a sus precios, claro está. Y tú, que estas tan conmocionado en ese mismo momento, que eres capaz de firmar cualquier contrato que te ponga por delante sin pararte un solo instante para leer que es lo que vas a firmar, te dejas llevar por la buena voluntad de este señor igual de simpático que un guardia de aparcamiento que aún no ha alcanzado el tope de multas del mes, y terminas por “escoger” lo que a él más le interesa. Flores; quieren venderte todas las coronas de flores que tienen allí, ¿Tienes hijos tú o alguno de tus hermanos?, pues tenemos una corona que dice: de tus queridos nietos que no te olvidan. ¡Cómo lo van a olvidar si ni tan siquiera saben que se ha ido! ¡No tienen edad para saberlo! De tu mujer, de tus hijos políticos, de tus sobrinos, de tus cuñados, de tu equipo favorito de fútbol, de lo que sea... Hay que vender las flores que no sirven para nada y que acabarán en un par de días en la basura. Luego vienen las preguntas sobre los taxis que necesitas para el entierro, si quieres que la limpiadora pase más veces por la sala en vez de las que tienen por norma por que sois demasiados, las diferentes cruces de adorno que puedes poner sobre el ataúd, si quieres contratar el cura y la sala para la misa... La lápida: ¿cómo la quieres?, ¿cuántas fotos ponemos?, ¿qué epitafio grabamos?, ¡por dios!, ¿no ve usted que lleva solo unas horas muerto? Y después de todo este follón de antes y después del entierro y de tener que escuchar montones de veces la típica, ridícula e inservible frasecita de: “te acompaño en el sentimiento”, hay que acudir a los bancos para cancelar las cuentas y una serie de sitios más en los que hay que comunicar su defunción. Unos días más tarde, cuando empiezas a relajarte y piensas que ya todo ha terminado, suena el teléfono con la grata sorpresa de que el que se encuentra en el otro lado es ese hombre del tanatorio tan agradable, que te recuerda amablemente que tienes que pasar por su oficina para satisfacer el importe que queda pendiente de pago, al haber superado en unos cuantos cientos de euros el presupuesto del seguro que tu padre tenía contratado. Como puedes ver, estos señores de traje acaban siempre cumpliendo muy bien con su trabajo. Finalmente tuve que acudir a la oficina del consumidor porque me sentía estafado, aunque al final todo quedó en nada, y lo único que conseguí fue perder un poco más de mi valioso tiempo.

Una vez terminas con este indeseado proceso es cuando te das cuenta de que no está y que ya nunca volverás a verle. Entonces empiezas a sentir un vacío tan grande que eres incapaz de

rellenar con nada ni nadie. Te has pasado este último año cuidando cada día de él, has ido a visitarlo todas las tardes después del trabajo para ver cómo estaba y que le podía hacer falta, le has acompañado en todas esas largas esperas para pasar consulta en el hospital, recorgiéndole muchas de las madrugadas en las que se ponía muy malito y había que llevarle a urgencias, y tantas otras cosas más. Lo único que te queda y que puedes hacer entonces es tratar de consolarte mirando y tocando cada uno de esos objetos personales que él tenía.

Como era incapaz de deshacerme de todas sus cosas, guardé durante años en cajas apiladas todo aquello que me pareció ser importante para él. Tenía toda su ropa empaquetada y todos sus objetos personales, que muchas veces sacaba de las cajas para mirarlos y tocarlos mientras le recordaba. Hasta hace unos meses he tenido guardados todos los informes médicos, las libretas bancarias, sus papeles del juzgado de un par de juicios pendientes que no llegaron a celebrarse, apuntes en libretas de su puño y letra en los que recogía todo lo que durante ese año le pareció importante de anotar, y un montón de trastos más. Y lo que sigo guardando a día de hoy con mucho cariño por ser la prenda que más había usado en sus últimos días de vida : una bata que tiene tres bolsillos; uno en la parte de arriba en el que guardaba su teléfono móvil junto con la billetera que siempre portaba bien rebosante de billetes, (no es que mi padre tuviese mucho dinero, todo lo contrario, pero él no se fiaba mucho de los bancos y solía llevar siempre encima casi todo su dinero) y dos bolsillos en la parte de abajo, en los que acumulaba además de numerosos pañuelos, toda clase de curiosos objetos que se encontraba cuando andaba por ahí, en los que él veía una belleza especial. De esa pequeña manía al final terminé por contagiarme yo también, hasta el punto de que soy capaz de bajarme del coche para recoger un trozo de metal brillante que acabo de ver junto al borde de la acera mientras espero parado en un semáforo. Colecciono toda clase de objetos extraños que expongo como si de un museo se tratara sobre las lejas de un viejo armario, como no. Tengo desde un clavo enrobinado y partido por la mitad, del que me dijeron que pertenecía a una viga que sostenía el tejado de una casa señorial del siglo XVII, pasando por un huevo de mármol con una mezcla de colores raros que mide unos ocho centímetros y que considero mi huevo de la buena suerte, hasta un llavero roto y viejo de la torre Eiffel que se encontraba entre las piedras de la ladera del río por el que a menudo camino junto con mi pareja mientras paseamos a nuestros perros. Todo esto mezclado con decenas de antiguos y raros libros y toda clase de monedas obsoletas que pueda encontrar por ahí. Y mi última y más reciente adquisición: una preciosa y tan necesaria mano de maniquí, porque, ¿a quién no le viene bien de vez en cuando una mano?, ¿y si tengo que echarle algún día una mano a alguien?

Como ya he dicho antes no soy capaz de mostrar mis sentimientos a nadie, así es que ninguno de mis hermanos sabía que yo tenía tantos objetos y pertenencias de mi padre, y mucho menos que de vez en cuando los sacaba en la más triste soledad para mirarlos y así recordarle. Cuando lo hacía, me ponía tan triste, que había días que me acostaba sin cenar, con un gran nudo en el estómago que me impedía tomar ni tan siquiera un poco de agua. Un día, en el que la tarde anterior había estado sacando del bolsillo de la bata de mi padre su cartera para mirar y remirar la fotografía de su DNI, mi hermana me llamó por teléfono para decirme que había tenido un extraño sueño. Me dijo, que en ese sueño mi padre le decía que se sentía muy triste de verme así, y que guardara de inmediato la billetera y el móvil en su batín y que no lo volviera a sacar nunca más. Me quedé totalmente helado y enseguida le expliqué a mi hermana el significado de este sueño y el mensaje que me había hecho llegar mi padre a través de ella.

Estoy casi seguro de que conoces a alguien que afirma haber visto en un sueño a un familiar suyo el mismo día en el que falleció. Esta es la manera más frecuente que suelen utilizar para

despedirse de nosotros. Es muy común encontrarse con toda clase de testimonios relacionados con estas particulares despedidas. Especialmente esto suele suceder entre los más pequeños de la familia. Sin ir más lejos, la misma noche que falleció mi querida abuela, mi hermana, que era muy pequeña y que al estar dormida no se había podido enterar de nada, a la mañana siguiente al despertarse, lo primero que hizo fue ir en busca de mi madre, para decirle que la abuela la había visitado en la noche para darle un beso y despedirse de ella. Esto es algo de lo que yo fui testigo y que recuerdo perfectamente como si hubiese ocurrido ayer mismo.

Los sueños son puertas abiertas a las numerosas e incalculables dimensiones desconocidas para el ser humano. Mientras dormimos tenemos la increíble capacidad de comunicarnos con otros tiempos, con otros universos. En estos pequeños viajes por sendas desconocidas, incluso podemos adquirir conocimiento real de algo que aún no ha sucedido pero que probablemente sucederá. Muchas personas, especialmente los niños, por medio de sueños pueden llegar a predecir sucesos que están a punto de ocurrir. Hay una extensa cantidad de información acerca de estas predicciones que podemos encontrar fácilmente en los numerosos artículos que hay subidos a internet. Uno de los casos más extraños que circulan por la red, que a mí personalmente me parece de lo más relevante que se puede encontrar, nos cuenta como un niño americano que sufría una enfermedad tan grave que lo mantenía en estado vegetativo, al despertarse repentinamente un día del profundo coma en el que se encontraba inmerso desde hacía ya muchos años, lo primero que salió de sus pequeños y débiles labios fue una impactante frase: –El presidente ha muerto.

Sorprendentemente solo unas horas después de haber pronunciado estas palabras, todos los medios de comunicación del mundo recogían la triste noticia de como aquel peculiar presidente había resultado muerto al caer abatido por los disparos de un loco.

Un niño es un buen médium que puede llegar a ver, oír, oler e incluso tocar a toda clase de espíritus. Es por esto que hay niños que han sido encontrados hablando con un amigo imaginario al que podían describir con todo detalle y que al final ha resultado ser, para el asombro de sus padres, un familiar fallecido al que nunca conocieron. También tiene la capacidad psíquica de comunicarse con espíritus mediante sueños. Soñar con personas fallecidas es algo de lo más común que no siempre tiene por qué tener un mismo significado. Los sueños son uno de los varios medios que utilizan los “no vivos” para poder comunicarse con nosotros. En ocasiones, ellos acuden a nosotros para decirnos que se han dejado algo pendiente, o simplemente para poder comunicarnos que se encuentran bien. En el mundo de los sueños existe un enlace de comunicación espiritual entre los vivos y el más allá, que es la manera más recurrente que tienen los espíritus para hacernos llegar toda clase de mensajes. Incluso algunos casos de asesinato sin resolver llegaron a poder cerrarse después de que una “persona con luz”, uno de esos médiums, conectara en un sueño telepáticamente con el espíritu del asesinado, para que este finalmente terminara por revelarles quien fue su asesino y todos los detalles de su muerte.

La historia está llena de sucesos tan fascinantes como estos de los que estoy totalmente seguro de que has podido escuchar hablar antes en más de una ocasión.

Mi primera psicofonía

Sobre la casa en la que actualmente estoy viviendo de alquiler desde hace ya unos cuatro años puedo contar varios sucesos, que aunque no son tan extraordinarios como los anteriormente citados, a mí me parecen bastante interesantes de compartir. A pesar de que hemos llegado a experimentar en ella algunos fenómenos de difícil explicación, por no decir imposibles, la verdad es que nunca nos han causado ninguna inquietud, ni han resultado ser para nosotros ningún tipo de inconveniente. Apenas unos sucesos aislados, pero que en ningún caso han producido malestar alguno en nosotros que fuese más allá de lo que puede ser el sobresalto producido de ese mismo momento.

Esta antigua construcción de unos ochenta años, construida con los escasos y deficientes materiales que se podían encontrar en la posguerra, solo tiene dos pisos más de altura por encima de la planta baja. Aunque en su origen se construyó para una sola familia, actualmente se encuentra dividida entre varias viviendas que están destinadas a su alquiler. Cuando me vine a vivir aquí yo era el único inquilino en el edificio, así es que me encontraba la mayor parte del día, y mucho más por las noches, totalmente solo. Al principio, y como digo, sobre todo por las noches, andaba siempre investigando y muy alerta ante cualquier tipo de ruido. Comencé a vivir en la planta de arriba, en la que únicamente hay dos habitaciones con un baño compartido, además del reducido recibidor de la entrada, y un estrecho y oscuro pasillo en el que solo hay una pequeña ventana interior. Como en aquel tiempo yo ya no podía trabajar, ni cobraba pensión alguna de la enfermedad que a día de hoy padezco, solo me alcanzaba para alquilar una de las habitaciones, y la verdad que pasando serios apuros para no faltar al pago del alquiler. Entre tanto conocí a la que hoy y después de cuatro años sigue siendo mi compañera. Al principio de la relación, cuando todavía no habíamos empezado a vivir juntos, ella venía casi todos los días para comer y se quedaba toda la tarde aquí sola esperándome, durante las aburridas horas que yo me marchaba a estudiar a una escuela de adultos en la que cursaba, como he dicho al principio de este libro, para conseguir obtener el dichoso graduado en secundaria.

Al margen de unos pequeños ruidos que yo escuchaba algunas veces, mayormente durante las madrugadas, y que parecían provenir del pasillo, me sentía muy a gusto y tranquilo en esta antigua vivienda. No sentía nada que me indicara que pudiera haber algún mal en ella. Pero una tarde, en la que yo llegaba a casa al terminar mis clases del colegio, encontré a mi pareja en el portal de enfrente. Enseguida pude ver que algo no iba bien, al comprobar que agitaba su pierna nerviosamente mientras fumaba un cigarrillo sentada sobre el primer escalón. Me estaba esperando y parecía estar muy asustada. Había bajado corriendo a la calle porque decía que había visto como un manojo de llaves muy antiguas, de las que yo colecciono y tengo siempre sobre la leja de una vieja librería junto con otras muchas antigüedades, increíblemente había salido disparado hacia el suelo, casi llegando a darle a ella en los mismos pies. Había una distancia de más de dos metros entre esta vieja librería y el sofá donde ella se encontraba medio dormida mientras estaba viendo una de sus series de televisión favoritas. Así es que te puedes imaginar el susto tan terrible que se llevó, y más aún alguien como ella que nunca antes había presenciado ninguno de esos acontecimientos para-normales. No obstante, creo que es imposible acostumbrarse a este tipo de manifestos sin llegar a aterrorizarse, aunque uno sea el mismo **Iker Jiménez**. Me afirmaba muy nerviosa una y otra vez, sin tan siquiera dejarme hablar para intentar explicarle que podía haber

pasado, que no había ninguna posibilidad de que esas llaves hubiesen caído de aquella manera por sí solas. Yo ya la había puesto al día de lo que había sido mi vida y mis frecuentes contactos con el más allá, así que este suceso me serviría como una buena prueba para demostrarle a ella y al resto de la gente, que lo que yo había contado en cuanto a esta especial sensibilidad que poseo, era toda y nada más que la verdad, sin exagerar en lo más mínimo. Después de este suceso, durante los siguientes días, alguna que otra vez cuando estábamos viendo un programa de televisión o alguna película, la tele se apagaba o se cambiaba de canal, mientras nos quedábamos mirándonos el uno al otro sin mediar palabra y completamente desconcertados, que era lo único que podíamos hacer ante aquella incomprensible situación. Ahora que ella empezaba a ser testigo de todo yo me sentía realmente aliviado de que alguien pudiera comprobar por sí mismo, que lo que yo algunas veces contaba a mi gente más allegada no se trataba de invenciones mías. Aunque la verdad no tengo por qué convencer a nadie de nada, ni tampoco es mi intención hacerlo ahora aquí.

Lo más sorprendente que me ocurrió en esta casa, muy al principio y hasta la fecha, fue una noche en la que no podía conciliar el sueño por culpa de este insomnio que padezco. Como no podía dormir y estaba harto de subir y bajar canales con el mando de la televisión en busca de algo que amenizara las largas y aburridas horas de la madrugada, decidí seguir “pintando” uno de mis particulares cuadros. Cuando estaba todo totalmente en silencio y acababa de empezar a mezclar colores, mi perro se fue muy enrabiado hacia una de las esquinas de la habitación, y mirando fijamente para arriba empezó a ladrar fuertemente. Por más que lo intentaba no lograba hacerlo callar, así que me tocó ponerle un bozal que había comprado para que cuando tuviese que dejarle solo no ladrara y así evitar las posibles quejas de los vecinos de enfrente, hasta que se acostumbrara a esta nueva vivienda. Fue entonces cuando nada más dejar de ladrar pude escuchar claramente como algo o alguien golpeaba la pared una y otra vez. Eran unos ruidos muy extraños. Unos golpes secos como cuando alguien toca una puerta para que le abran o quiere hacer notar su llegada. En la habitación de al lado no había nadie, por lo que era prácticamente imposible que estos golpes fuesen hechos por una persona. Sin hacerle demasiado caso, por que como he dicho antes no me producía la más mínima sensación de malestar, y después de todo lo sufrido anteriormente en mis otras casas esto sería en su comparación algo de lo más “light”, continué con mi tarea durante unas horas y hasta casi amanecer. Entonces me acosté sobre la cama y me puse a dormir. En la madrugada del día siguiente se repitió la misma situación, pero esta vez el ruido era mucho más fuerte e insistente. Así que como se lo había contado ese mismo día a mi pareja, decidí grabar aquel ruido con mi móvil para poder mostrárselo después. Al día siguiente, sobre las nueve de la mañana, le envié por WhatsApp lo que había captado en el audio a mi novia. Como al recibir mi mensaje llevaba los auriculares puestos, como cada día, para oír algo de música mientras iba de camino al gimnasio, pudo escucharlo inmediatamente. Nada más terminar de escucharlo me llamó muy alterada, para enseguida decirme que se podía oír en aquel audio como alguien me hablaba. Cuando comprobé la grabación, esta vez prestando mucha más atención con la ayuda de unos auriculares, pude escuchar algo muy raro que antes no había podido apreciar. Durante la grabación, al mismo tiempo que yo estaba grabando se me ocurrió hacer varias preguntas como: ¿Quién eres?, ¿qué quieres?, ¿qué pasa?, y a esta última pregunta sorprendentemente me había contestado alguien con una extraña voz que decía claramente: –no pasa nada, no pasa nada-

¿De dónde había podido salir aquella voz tan singular? Enseguida empecé a compartir el audio por WhatsApp con todos mis familiares y amigos, que tras oírlo me contestaban

rápidamente muy desconcertados. Después de escucharlo uno de mis hermanos más pequeños, se le ocurrió la idea de mandarlo a varios de sus amigos. Y casualmente entre ellos se encontraba un aficionado a toda esa clase de música electrónica, que tenía en su casa varios de los equipos de sonido profesionales que se utilizan para componer y mezclar todas esas nuevas “canciones” que están tan de moda (así es como me lo explicaron a mí). Este, después de analizarlo minuciosamente durante un largo periodo de tiempo, respondió a mi hermano con un audio de WhatsApp que más tarde escucharía yo también, en el que nos explicaba muy sorprendido, que lo que yo había podido recoger en aquella grabación casera se trataba sin ningún lugar a dudas de una psicofonía, una voz de ultratumba.

Aunque era evidente que me encontraba ante una situación muy parecida a la que pude vivir tan solo un año atrás durante mi estancia en la casa que finalmente entregué al banco, a diferencia de esta y como ya he repetido varias veces antes, en ningún momento pude sentir el más mínimo miedo o sensación de que lo que tenía delante de mí se tratara de algo maligno o que pudiera ejercer cualquier efecto negativo en nosotros. Hoy en día sigo pensando que más que asustarme lo que pretendía y sigue pretendiendo, cuando le apetece, es de alguna manera hacerme saber que está ahí, que existe, y que sabe que yo le puedo sentir.

¿Pura coincidencia o señal?

Mi padre siempre fue un gran apasionado de las aves. En casa tenía decenas de canarios separados por parejas en unas jaulas grandes, a las que les dedicaba varias horas del día a su mantenimiento y limpieza. Cada año, muchos de estos pájaros le proporcionaban como mínimo un par de pichones más, que después de venderlos en las diferentes tiendas de animales que conocía, le aportaba una pequeña cantidad de dinero que más tarde volvía a invertir en cada uno de sus ejemplares más preciados. Entre los recuerdos más felices de mi infancia se encuentran todas las diferentes clases de aves que pasaron por mi casa; tórtolas, palomas, gorriones, verderoles, abubillas... Incluso llegamos a tener unos días en adopción un pequeño halcón que con mucho ingenio y paciencia mi padre capturó en la misma ventana de su habitación, después de haberle matado unos cuantos canarios y cuando intentaba también matar a una de sus palomas favoritas. Pudimos disfrutar de la belleza de este ejemplar hasta que los miembros de la Seprona, unos días después de que mi padre les diera el aviso de la captura, vinieron a casa para hacerse cargo de esta preciosa rapaz.

Como quería tanto a sus pajaritos que había tenido que dejar solos en el momento de su ingreso definitivo en el hospital de cuidados paliativos, se encontraba un poco triste. Pero se consolaba mirando por la ventana de la habitación que daba a una gran arboleda de grandes pinos, en los que anidaban varias parejas de tórtola turca, tan distinguibles por ser unas aves un poco más grandes que las palomas europeas, de un precioso color grisáceo y una característica lista negra que rodea los laterales y la parte posterior de su cuello a modo de collar. Un día, tuvimos la ocurrencia de abrir la ventana para dejarles unas migas de pan en la repisa del miradero. Nos alejamos hasta el final de la habitación y al momento teníamos allí varios de estos ejemplares comiéndose el pan. Así es que pusimos también un poco de agua y conseguimos tenerlos con nosotros cada uno de los siguientes días, haciendo de aquello un gran entretenimiento para mi padre y rompiendo un poco las largas y lentas horas de hospital. La verdad es que no me había fijado nunca en estas tórtolas, ni recordaba haberlas visto antes. Después de verlas ese primer día, como suele pasar cuando te fijas en algo por primera vez, por donde quiera que vaya allí que me las encuentro. A todo esto, un año después de la muerte de mi padre, faltaban pocos días para el día 1 de noviembre, que es el día de los difuntos. Yo andaba fantaseando con la idea de que ese día mi padre se me anunciaría de alguna manera. Llegó el 31 de octubre y esa misma noche de brujas, en la que se suele hablar de toda clase de historias de ultratumba, le mencioné a mi pareja aquel pensamiento sobre mi padre que me rondaba la cabeza durante varios días. Inmediatamente me dijo que me callara, que no le dijera nada de eso ni de broma porque le producía un auténtico terror escucharlo, y mucho más después de recordar las cosas inexplicables que ella misma también había podido presenciar en esta casa. Nos fuimos a dormir de madrugada y nos dormimos enseguida. La noche fue de lo más tranquila. A la mañana siguiente, 1 de noviembre, al abrir la puerta de la habitación, sorprendentemente nos encontramos con una tórtola turca agarrándose con sus delicadas patas como podía sobre el marco de la puerta. Y al mismo tiempo que salíamos por la puerta de la habitación, comenzó el vuelo dando un gran impulso con el fuerte aleteo de sus alas, para salir rapidísimamente y como pudo entre los estrechos barrotes de la reja que tiene la única ventana que hay en el pasillo. Una verdadera coincidencia que a mí me parecía no serlo tanto. ¿Cómo había podido colarse aquel animal allí?, ¿qué hacía posado encima de la puerta de

mi cuarto?, ¿durante cuánto tiempo habría permanecido allí?

Debido a la enfermedad que padezco todos los días al despertar necesito muchísimo tiempo para poder levantarme de la cama, así que suelo encender la televisión o suelo poner en mi radio bien alto un programa matinal que escucho de vez en cuando para aprender inglés. Esa mañana, además del fuerte ruido de la televisión, hicimos bastante alboroto mientras recogíamos el cuarto y arreglábamos a los dos perros que tenemos para sacarlos a la calle. ¿Por qué la tórtola no se asustó al oírnos?, y si son animales tan asustadizos, ¿por qué se quedó encima de la puerta escuchándonos hasta que por fin la abrimos para salir? Casualmente había elegido la mía de entre otras tres puertas más que hay en la misma planta. Además, para mayor incompreensión, la única ventana que tenemos da a un patio techado casi por completo en el que me parece bastante difícil que cualquier ave pudiera entrar por si sola. De hecho, en los cuatro años que llevamos viviendo en el lugar no hemos visto jamás ni tan siquiera un pequeño gorrión entrar por allí. Y la pregunta más importante para mí: de la gran variedad de especies de aves que existen, ¿por qué una tórtola turca?... Puede que esto sea una simple casualidad pero son tantos los interrogantes que hay en esta historia que me parecía muy interesante compartirla con vosotros.

Una última señal: 1 de Noviembre 2019, 04.18 de la madrugada

Llevo dos días intentando darle forma a este manuscrito. Repasándolo una y otra vez con la tan agradecida como necesaria ayuda de mi compañera, mi ángel, mi todo, Laura. Ni te imaginas lo difícil y frustrante que resulta para mí el tener que luchar contra este cerebro estropeado a cada letra que pulso en el teclado de mi ordenador: donde escribo pero, aparece peor, y donde leo regalo hay escrito arreglo. Pero lo más grave es, que en las ocho veces que he repasado palabra por palabra este libro, todavía ella consigue encontrar más errores como estos. Y ahora, cuando ya parecía que estaba a tan solo unos días de darle forma física a este compendio de sucesos, ocurre algo muy especial que no he podido dejar fuera de estas páginas.

Como he contado en este capítulo, sección, o como se pueda llamar, en el que voy a incluir este último acontecimiento al estar estrechamente relacionado con el anterior, lo que para algunos puede parecer una simple coincidencia para mí se trata de una clara y contundente señal. Así es que he decidido prolongar un poco más este impaciente deseo de compartir con los míos, y con todo aquel que le pueda interesar lo que reza en estas letras, para incluir este reciente suceso que viene a continuación:

El pasado sábado se casó mi hermano pequeño. Fue una boda preciosa, emotiva, muy intensa, en la que estábamos casi todos, solo faltaba él... o no. Los dos últimos días anteriores a esta boda fueron realmente difíciles. Por un lado atravesé una de las frecuentes crisis que tengo que soportar varias veces durante el año, en la que hasta mis pestañas podían sentir el intenso dolor que recorre todo mi cuerpo cada vez que me enfrento a una de estas respuestas irracionales de mi sistema nervioso, que solo es un síntoma más de esta desconocida enfermedad para algunos, e incomprendida por casi todos. Y por otro lado no podía dejar de pensar en mi padre, a la misma vez que sentía su presencia. Al final, horas antes de la ceremonia, alguien le mencionó, y pude dejar salir algunas de las lágrimas que conformaban ese apretado nudo de mi garganta. Luego pude sentir que él estaba allí y todo lo feliz que se sentía al vernos a todos juntos. Puedes llamarme loco pero te puedo asegurar que durante toda la boda escuchaba en mi cabeza toda clase de disparates de los que él soltaba en vida, cuando presenciaba algunas de esas situaciones que requieren algo de seriedad y formalidad, y que solo él sabía romper de una brillante manera para hacernos morir de la risa. También estuvo pendiente de todos, y de alguna manera me obligó a intentar transmitírsele al resto, aunque finalmente decidí mantenerme algo discreto. Sé lo feliz que se puso al ver esa foto de todos juntos, que él, en sus últimas horas de vida, me hizo saber que necesitaba tener.

La noche del 31 de octubre, ayer, como siempre nos fuimos a la cama bien tarde. Estuve leyendo unas páginas, mientras repasaba en mi cabeza algunas de las correcciones que debía hacer. Al final apagué la luz sobre las tres de la madrugada, y como siempre, después de luchar con mis parpados para mantenerlos cerrados y poder dormir, caí en esa fase previa al sueño en la que ni duermes ni estas despierto. Después de una hora más o menos, como es frecuente en mí, me desperté. Eran las 4.18 de la madrugada, todo estaba a oscuras, y en el pasillo, que tiene unos 3 metros de largo o así y que se prolonga desde la habitación hasta la puerta de la calle, empecé a escuchar esos ruidos frecuentes que algunas noches puedo oír, que en ocasiones continúan como describiendo un rutinario recorrido hasta llegar a tocar mi propia cama. Entonces, como ya los conozco perfectamente, y como he repetido varias veces no me producen ningún malestar, giré mi

cuerpo hacia la izquierda para cambiar de postura y volver a intentar conciliar el sueño. Apenas habían pasado unos segundos cuando noté en mis pies, por encima del edredón que los tapaba, como alguien me tocaba de la misma manera que yo solía acariciar los pies de mi padre, cuando él, inducido por los potentes opiáceos que le suministraban en el hospital, permanecía profundamente dormido. Lo primero que hice fue buscar la posición de los perros, pensando que alguno de los dos podía haber sido el causante de aquel contacto: uno, mi Nene, lo tenía dentro de la cama pegado a mi cintura, por lo que era imposible que hubiese sido él. El otro, Noa, dormía profundamente en el lado contrario, sobre el suelo de debajo de la cama, emitiendo ese peculiar ronquido que solo ella tiene. Mi pareja estaba muy pegada al borde de su lado de la cama, y sus pies los tenía también por debajo del edredón, así que era imposible que hubiera sido ella. Entonces, después de pensarlo un poco, decidí dormir.

Al día siguiente, inmediatamente al despertarse mi compañera, con los ojos medio cerrados, me agarró por el brazo para enseguida decirme: -he soñado con tu padre, lo veía como en la foto pero mucho más joven y guapo (ella no lo llegó a conocer), estaba en una sala muy grande de un blanco brillante, y me sonreía. Luego se acercó hasta mí, me cogió de la mano y me dijo: -cuida mucho de mi hijo y dile que le quiero muchísimo.

¿Pura coincidencia o señal?

Para terminar

Como has podido ver, durante muchas partes de mi vida he mantenido un estrecho contacto con lo inexplicable. Son muchas las historias que he tenido que dejar a un lado y otras tantas igual de importantes, sino más, que seguramente recordaré cuando esté finalmente impreso este libro, si es que esto llega a suceder algún día. El único objetivo que tengo al contar todas estas experiencias es hacer saber a quien quiera que esto pueda interesarle, que soy un testigo vivo de que hay vida después de la vida. No tengo ni idea de que tipo, ni como, ni donde, pero puedo asegurar que todas estas vivencias no tienen ninguna explicación científica, lógica o racional, y que la única forma que tengo de entenderlas no es otra que apoyándome en la certeza de haber comprobado en primera persona la existencia de estas otras formas de vida. Con esto no quiero alarmar a nadie, ni decir que todos tengamos que estar siempre preocupados en saber bien donde vivimos o en donde dormimos cada noche. Pero sí, que para aquellas personas especiales que al igual que yo tienen esa extraña capacidad de sentir, soñar, intuir, adivinar, o cualquiera de las habilidades extrasensoriales que posean, es de lo más importante el conocer que tipos de energías o de actividad pueda haber en aquellos lugares donde decidan habitar durante el transcurso de sus vidas.

Vivimos en un mundo cargado de energías negativas que son tan fáciles de atraer como por el contrario desechar de nosotros. Tenemos la luz, el orden, el amor, la paz, la educación, la verdad, la fe, humildad, la calma, la felicidad, la caridad, y tantas otras cosas más que son el mayor enemigo de todo lo que abunda en la parte contraria. Porque si hay algo de lo que estoy totalmente seguro es que existe una fuerza, energía, o como quieras llamarlo, que intenta a diario dejar su malvada influencia en cada uno de nosotros. Vivimos en un mundo en el que la mayor parte de las personas caminamos sobre él sin pararnos un solo segundo a prestar la más mínima atención a los más desfavorecidos, a aquellos que sufren ante cualquier dolor, (odio el dolor en todas sus formas) a los que no tienen nada que llevarse a la boca y ni tan siquiera el mísero techo que todos en teoría deberíamos tener para cuando llega la noche poder descansar. Levantamos toda clase de muros para darle la espalda a los débiles, a aquellos que más lo necesitan, a los que huyen aterrados de las asquerosas guerras provocadas en mayor parte por los daños que ejerce entre todo ser humano el venerado capitalismo. Seguimos alimentado y haciendo más fuerte cada día con nuestras acciones las diferencias entre clases sociales, religiones, nacionalidades, razas, condiciones sexuales, y tantas otras que abundan entre la gran variedad de personas que formamos el conjunto de este planeta. El dinero y la avaricia son los grandes culpables de todo mal, de todo este dolor. ¿Se puede ser feliz sabiendo que nuestro alrededor está repleto de dolor? rotundamente no. Tengo la triste certeza de que de aquí nadie se va sin pagar y que para algunos será un pago ligero e insignificante, pero para otros, muy a mi pesar, acabará siendo el pago más angustioso que alguien pueda imaginar. Al final todos somos quien decidimos ser, y todo lo que hagamos en nuestra vida te aseguro que sin ningún lugar a dudas tendrá consecuencias muy importantes para nosotros, cuando llegemos a nuestro final... A nuestro principio.

Cuando Jesús nos enseña que hay un único mandamiento que resume a todos los demás que no es otro que el amor hacia el prójimo, cuando nos insiste en que el amor cubrirá multitud de los tantos pecados, nos está mostrando con toda claridad cuál es el camino a seguir y que es lo que debemos hacer por encima de cualquier otra cosa... AMAR.

“Ni con un billón de gracias podría pagar el tiempo que le has dedicado a estas letras. Espero que me hayas podido entender, y si en alguna parte no me he explicado bien o te he podido llegar a ofender en algo, te pido perdón por qué no fue nunca mi intención”... Espero que te haya gustado tanto como para que también quieras leer lo que me hace seguir adelante cada día:

NUEVA CIUDAD

Nota

Cómo has podido ver, entre los extraños sucesos que me han ido sucediendo hasta la fecha, se encuentran algunos de los testimonios de otras personas de mi entorno, que he intentado contar como a mí me los hicieron entender. Aunque estas historias provienen de fuentes muy cercanas, no puedo asegurar la totalidad de la verdad que pueda haber en ellas. Pero en las que yo fui testigo directo, al formar una parte importante de mi vida, las he contado tal y como acontecieron.